

FRAY MOCHO



"PIETÁ"

Por Quentin Massys

N.º 781

12-4-1927

Z
13135

16,781 (1927)

D. M. A. 23 A - 6



EXQUISITA,
DELICADA,

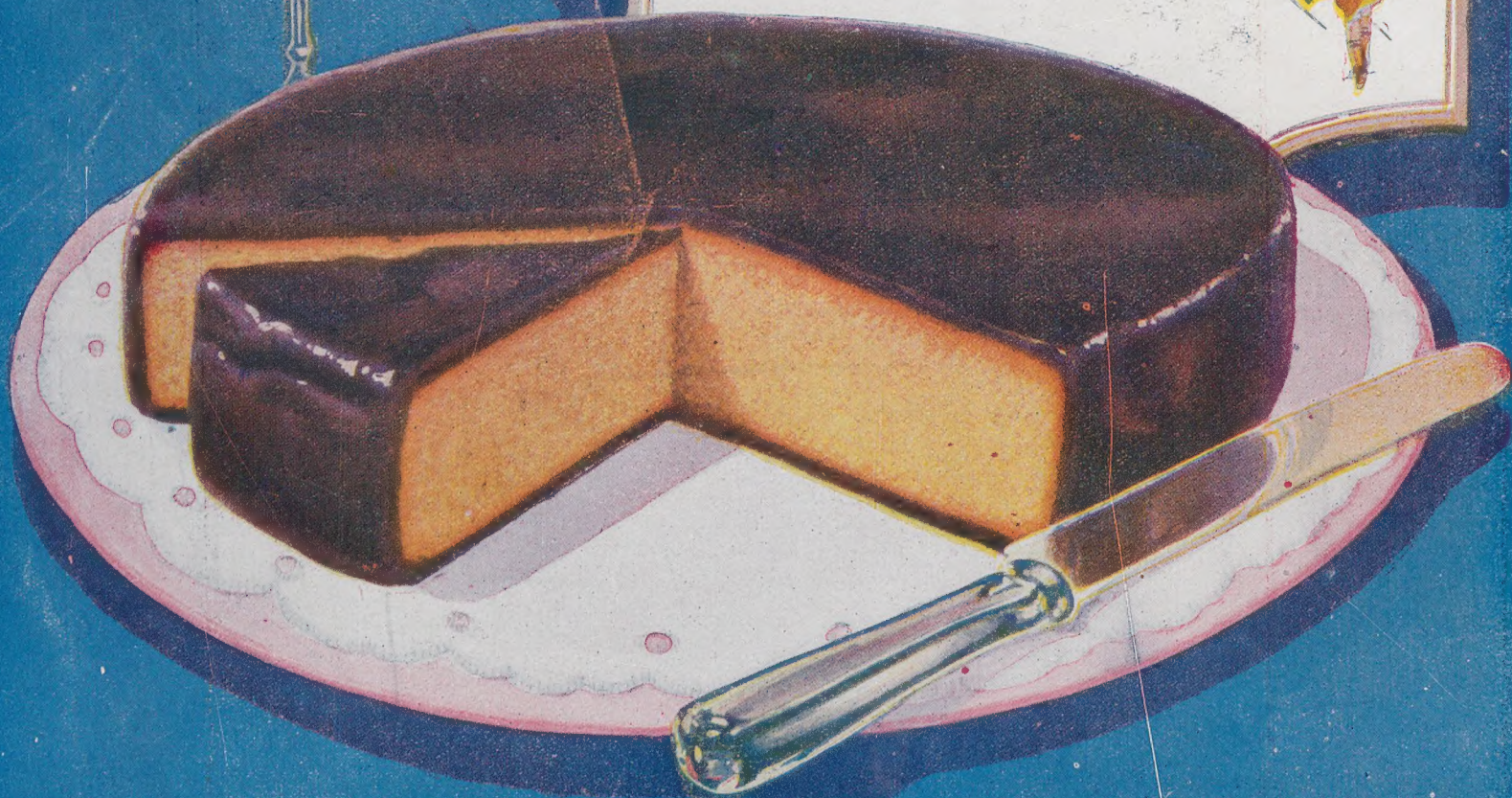
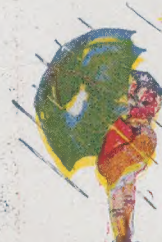
con el sello inconfundible de los
productos de alta calidad, la

Torta Paradiso

se impone siempre, en todas las mesas
como el postre más delicioso y apeteci-
ble que pueda ofrecerse a las personas de
gustos exigentes o de refinado paladar.

Terrabusi Hnos. & Cia.

ESTABLECIMIENTO MODELO
San José 1060 — Buenos Aires



TORTA PARADISO

Reina de la mesa



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI

Buenos Aires, 12 de abril de 1927

N.º 781

De aquí y de allí, por Rojas



—En un pueblo de Europa una banda de gitanos se comían asados a los contrabandistas que caían en su tribu. El procedimiento era el siguiente: los asustaban y, como es natural, se les ponía la carne de gallina y entonces los devoraban.



—Sarmiento de Beires se ha visto negro para despegar de Pernambuco.
—Lo mismo le pasó a de Pinedo en Bolama. La causa debe ser que la cola de los aparatos se pega en el agua.



—Las noticias de la guerra de China no hablan más que de Chang-Tso-Lin, Chin-Kiang, Cheng-Chew, Yeng-Heng, Kingiang y no sé cuántas cosas terminadas en chin. ¿Usted no conoce ninguna ciudad de esas?
—Yo no conozco más que Cata-pum-chin-chin.



—En Shanghai es tal el odio que les tienen a los extranjeros, que no los dejan entrar en el teatro.

—Pues aquí, en Buenos Aires, las salas de espectáculos están llenas de portugueses.



—El rey de Rumanía tiene un hijo medio loco que se llama Carol y una enfermera que se llama Carola. Siempre que oye ruido en la antecámara pregunta si es su hijo Carol.
—¿Y qué le contestan?
—Es Carola.



—¿Se habrá dormido ya?
Ella había hecho todo lo posible para que él estuviese cansado y luego fingió rendirse al sueño. A poco advirtió que él, a su vez, cerraba los ojos... Pero, ¿se habría dormido?

El brazo de él, que la rodeaba la cintura se hizo más pesado; su respiración irregular, se tornó más fuerte... Debía estar dormido...

¿Qué hacer? ¿Esperaría o se levantaría ya? Le parecía arriesgado hacerla así... Contaría hasta una cantidad elevada... Hasta mil y entonces se arrojaría del lecho.

—495... 496... 497...
El hombre parece dormir. Ella se impacienta pero se domina y sigue...

—503... 504...
¿Se levantaría? Sí. Decididamente. Pero hay que tener prudencia... Lo hará despacio, muy despacio. La habitación está alfombrada y no crujió el piso a causa de sus pisadas.

—520... 521...
Deliberadamente, sin duda, ha echado él sus ropas sobre un sillón que se halla al extremo opuesto del cuarto.

—543... 544... 545...
Cuando ella se levante marchará a gatas: a gatas se pisa menos; se incorporará suavemente, tomará el chaleco y meterá la mano en el bolsillo de la izquierda y entonces...

—588... 589...
¡Oh! Entonces tendrá al fin en su poder el famoso medallón.

Ella necesitaba saber a toda costa lo que encerraba aquella cajita de oro. No era a causa de los celos — el tiene cuarenta años y ella sólo veinte. — Tampoco es por curiosidad, sino necesidad absoluta.

Dentro de esa cajita de oro hay un retrato, el de una enemiga suya, cuya cara no conoce.

El tiene cuarenta años y ella veinte. Ella es bonita, y mucho más joven, podría y debiera, pues, hacer cuanto deseara... Desde luego que no puede tener queja alguna de él es generoso y amante con ella. Pero el verdadero placer para una mujer, consiste en lograr de un hombre, algo más de lo que razonablemente pueda él dar.

Os aseguro que ella conoce muy bien el oficio de pedir. Sabe mostrarse, según convenga, acariciadora, rencorosa, seria, exigente o desprendida. Y él por su parte es un hombre enamorado.

Pero no obstante, cuando se planteó la cuestión del medallón y ella le metió la mano en el bolsillo del chaleco e hizo saltar la tapa del pequeño estuche de oro, supo el hombre resistirse suavemente al mismo tiempo que exclamaba:

—Lo siento mucho: me cuesta gran trabajo negarte nada; pero es imposible.

Y en su mirada se adivinaba una gran resolución.

Una vez, jugándose el todo por el todo, le dijo ella.

—Escúchame bien. Te juro que no gasto bromas; si me niegas lo que te pido terminaremos para siempre... ¿Lo oyes?... Desde el momento que salga por esa puerta ya no me volverás a ver... ¿Lo entiendes?... ¡Elíjete!

Su aspecto era de hablar muy en serio y como él la quería se quedó blanco, muy blanco... Pero tomó su medallón, lo cerró, lo guardó y respondió en seguida.

—¿Cómo deseas!...
Y ella se quedó.

EL MEDALLÓN

Por Andres Birabeau

¿Qué es, pues, lo que hay en el medallón? ¿Qué imagen se encierra en él, y que tanto defiende aun contra ella misma?

¿Otra mujer?
Acaso una mujer a la que él ama platónicamente. O quizás una mujer casada con la que haya terminado y a la que ahora sigue respetando... O un hijo... Alguien muy fuerte y muy respetable para él, en todo caso.

Ella necesita saberlo. Y sigue contando.

—955... 956...
Es absolutamente indispensable que sepa...
—970... 971...
Es un medallón de oro, ovalado,

plano, bastante grande.

—998... 999... 1000!

Se levanta muy despacio. El pavimento cruje. A gatas cruza la habitación. Se incorpora suavemente... Toma el chaleco... Mete la mano en el bolsillo de la izquierda... ¡Al fin! Al fin está en su poder el famoso medallón.

El corazón le late violentamente. Va a ver, al fin, la cara de su rival. De su victoriosa rival. Aprieta con el pulgar y se abre el estuche. Dentro, hay en efecto, un retrato.

Es un pequeño retrato hecho por un aficionado, una instantánea sin retoque, mal tomada. Como fondo, un conocido paisaje del Bosque de Bolonia, un pino, un rincón del la-

go y dos sillas vacías. En primer término una mujer.

Esa mujer es vieja, está ajada, llena de arrugas, vestida de negro, con un cuaderno talonario en la mano y una bolsa puesta en bandolera. Es una cobradora de asientos.

Resulta tan imprevisto, tan sorprendente lo que ve, que no puede reprimir una exclamación... El se despierta y desde el lecho mira, comprende lo ocurrido y dice entonces.

—¿Ves la cicatriz que tengo en la frente? Me preguntaste en una ocasión de que era y te respondí entonces, que cuando tenía veinte años, me había querido matar por una mujer. Era ella hermosa y coqueta. Yo la quería como un loco. Hubiera hecho por ella los mayores desatinos. Incluso el último, el más grave; pero, no sé si afortunadamente o desgraciadamente, la bala resbaló.

Han pasado veinte años. Un día vi a esa mujer en el Bosque. Ocupé una silla; le di veinte céntimos y ella me entregó un billete. Y pensé:

—He ahí, he ahí la mujer por la cual estuve a punto de matarme...

Volvía al día siguiente y la retraté sin que ella lo notase, y compré ese medallón para guardar el retrato.

Desde entonces lo llevo siempre conmigo sobre el corazón y cada vez que una mujer, tú u otra cualquiera, abusando de mi debilidad ha estado a punto de hacerme cometer una tontería demasiado grande, me ha bastado para recobrar la sensatez y la dignidad, con fijarme en lo que ha venido a ser la mujer que antaño amé tanto como a tí y por la que una noche quise matarme...

CRISTO

Ved en la cruz el mártir de su amor infinito...
¡es el Dios del perdón!... Sangra la augusta corona del dolor sobre su frente y eternamente abiertos,
¡tiende a los hombres los amantes brazos!...

Amémonos en él, y redentora,
su dulce ley de amor haga la vida reino de Dios, de paz y de ventura...
¡Amémonos en él, hombre, hermanos!...

Amémonos, y el fuego de nuestro amor extinga
rencores miserables, diferencias de clases y de razas, de sectas y de cultos...

Borre nuestra bondad y tolerancia
todo humano delito...
¡Condene nuestro espíritu piadoso castigos y torturas y crueldades!...

Inagotable nuestro amor, conquiste la alta prerrogativa de los reyes,
y sea patrimonio de todos el perdón, que haga en los campos de abrojos y de espinas,
¡brotar hermosas flores!...

Hagamos la sencilla vida de los oscuros y el esplendor y fausto que resaltar nos haga,
estribe en que tengamos tesoros de bondad... Hermanos, hombres,
¡de la humildad y del amor, tan sólo, exista la opulencia!

¡Vedlo en la cruz!... al mundo el esplendor de su bondad, cegara...
¡es el mártir sublime de su amor infinito,
¡el Dios de la piedad!... Sangra la augusta corona del dolor sobre su frente, y eternamente abiertos
¡tiende a los hombres los amantes brazos!

Vicente Medina.

La flora de los océanos

Las plantas marinas constituyen una vegetación distinta de la de tierra y de la de aguas dulces y son, en su mayoría, algas, principalmente las feofíceas y radofíceas, que son las que dan carácter a las flores del fondo del mar. Constituyen, junto con los animales de dicho fondo, el conjunto de seres vivos que se denominan *benthos*. Las algas con sus tallos fijados al fondo o a las rocas a menudo ramificadas y con expansiones foliáceas son sumamente a propósito para formar una vegetación variadísima.

El mayor número de especies se encuentra en los trópicos. La vida de estas plantas no llega a profundidades mayores de 400 metros. En aguas más profundas no penetra ya la luz para que vivan.

A la influencia de la luz, se debe que puedan distinguirse tres series de altura para la vida vegetal en el mar. La región litoral superior, entre los límites de la marea alta y de la marea baja, la región litoral inferior, desde el límite más bajo de la marea hasta una profundidad de 20 a 30 metros y la región elitoral o más profunda, desde la anterior hasta 100 o 160 metros de profundidad.



SINTÉTICAS

APÉNDICES HISTÓRICOS

En Avellaneda, dos individuos que sostenían un altercado por discrepancias metafísicas, llegaron a vías de hecho, y uno de ellos apresando entre sus mandíbulas la nariz de su contrincante, logró ingerir en su estómago un trozo del apéndice nasal del adversario.

Requerido el dictamen del galeno de los tribunales, éste se expidió diciendo que la lesión producida en la nariz, deformaba el rostro del agredido. Ordenado un nuevo reconocimiento, otro discípulo de Hipócrates, también médico de los tribunales, opinó que la nariz mordida no causaba deformación alguna. En vista de tan opuestos pareceres, el juzgado dispuso se efectuara un nuevo examen por parte de los dos médicos aludidos y de otros dos facultativos que actuaran con aquellos. Practicado este tercer reconocimiento de la nariz "sub judice", dos médicos aseguraron que no existía deformación y otros dos afirmaron que sí la había.

Ante esta discrepancia del cuarteto de doctores, más encarnizada aún que la de los contrincantes, el juez que entiende en la causa, decidió examinar personalmente al lesionado y halló que la deformación es evidente, pues "convierte a la persona, que es simpática y atrayente del otro perfil, en un sujeto raro y que rechaza su proximidad si se le mira del perfil lastimado".

Y como consuecuencia de esta observación, el magistrado de referencia impuso una corrección disciplinaria a los dos médicos que no supieron apreciar el desperfecto de la nariz en litigio.

Después de lo que antecede, es forzoso que exclamemos:

¡Nariz conspicua en verdad,
Pues su gran notoriedad
Hará ver hasta en Sumatra,
Que ganó en celebridad
A la nariz de Cleopatra!

LOS GRANDES NEGOCIOS

Durante una subasta de títulos recientemente efectuada en la Bolsa de Comercio, de la Capital Federal, se remataron entre otros diversos, los siguientes "valores":

Ochenta acciones, serie A., de mil pesos cada una, correspondientes a la Sociedad Argentina del Nafterol, vendidas en un peso moneda nacional, cada acción. Ciento treinta acciones, serie B, de mil pesos cada una, correspondientes a la Sociedad Argentina de Nafterol, enagenadas en cincuenta centavos moneda nacional cada acción.

Es decir que un valor nominal de doscientos diez mil pesos, fue comprado por ciento cuarenta y cinco pesos efectivos.

No pocas grandes empresas,
Para las cuales no hay frenos,
Son cual cajas de sorpresas
Que convierten en pavesas
Los capitales ajenos.

"MUERTO EL BURRO, LA CEBADA AL RABO"

En vista del extraordinario incremento que la criminalidad ha alcanzado en nuestro país, donde no pasa día sin que se cometan los más bárbaros asesinatos, varios diputados nacionales se proponen presentar, en las primeras sesiones del próximo período legislativo, un proyecto de ley tendiente a restablecer la pena de muerte entre las disposiciones del código argentino.

Acertada es la medida,
Pero, según los indicios,
Cuando la ley sea admitida
Ya no habrá nadie con vida
Que goce sus beneficios.



LA LEY DE GRACIA

Por C. Navarro

Cuarenta siglos había respiegado el tiempo sobre la prevaricación del primer hombre y cundido el mal, corriendo tras las generaciones como horroroso contagio con hambre de tragarse la humanidad entera.

El mundo estaba perdido, sin noción de Dios ya ni de dignidad humana. El derecho era la fuerza, la fuerza la tiranía, la tiranía una consagración de iniquidades y concupiscencias, el predominio brutal del hombre deificado sobre el hombre embrutecido. No había justicia, ni virtud, ni verdad, ni nada más que sombras dentro y fuera de la conciencia humana. Sólo en el luctuoso velo de aquella larga y pavorosa noche brillaban como pálidas estrellas las lágrimas lloradas por los profetas de Israel, pueblo escogido por Dios para que guardara el arca de la alianza y en ella la promesa de la humana redención; pueblo grande y poderoso a un tiempo, ya flaco y envilecido también.

Pero, era menester toda la luz del cielo para disipar tales y tantas tinieblas, tinieblas de ignorancia y perversión, de ceguera de todos los espíritus; y llegando al fin la hora de Dios, hizo otra vez la luz en el caos descendiendo a la ingrata tierra el "fiat" de la nueva creación, el Verbo divino, que era luz de luz encarnada en Jesucristo.

Cumplieron, pues, las Escrituras y las esperanzas de los justos de la antigua ley, abriéndose a los júbilos del corazón y a los consuelos del alma la ley de gracia, que es el reinado de Dios.

Trajo a la tierra el Mesías la altísima misión de redimir al hombre caído, restableciendo la justicia y la moral, ahuyentando las dudas y sombras del espíritu, rompiendo las cadenas de toda esclavitud y los cetos de hierro de todas las tiranías.

No quiso nacer en un palacio para humillar a los soberbios; nació sobre la paja de un establo para enaltecer a los humildes; y a la altura ya de su soberano destino por la virilidad de sus años, por la plenitud de sus facultades, por la virtud y la abnegación de su alma, abrió victoriosamente su Evangelio despreciando riquezas, glorias y honores mundanos en la tentación de Satanás. Del monte de la tentación subió luego al de las bienaventuranzas, donde inició su predicación evangelizando al mundo. Y alzando al cielo la frente y poniendo en Dios los ojos y abriendo en cruz los brazos como para abarcar y atraer a su seno a la humanidad entera, representada en la piadosa multitud que lo seguía, pendiente de sus labios oliente siempre a doctrina, la plegaria y bendición, llamó bienaventurados a los humildes, a los que lloran, a los que han sed de justicia, a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a los pacíficos, a los que padecen persecución por causa de la justicia, a todos los perseguidos y calumniados por la causa de Dios.

Y siguió evangelizando:

Si fueres a ofrecer tu ofrenda al altar y allí te acordases de que

tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y vé primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces, ven a ofrecer tu ofrenda.

Da al que te pidiera, y al que te quiera pedir prestado no le vuelvas la espalda.

Habréis oído decir: Amarás a tu prójimo aborrecerás a tu enemigo. Pues yo, os digo: Amad a

Mas tú cuando des limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha.

Y cuando oréis no seáis como los hipócritas que quieren orar de pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas para ser vistos de los hombres.

Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cierra la puerta, ora a tu Padre en secreto, y

Ante el sepulcro de Cristo

Maquinalmente, los labios van pronunciando ante cada responsorio los nombres aprendidos de memoria. Aquí está la piedra de la unción, la divina piedra sobre la cual el cuerpo del Señor fué tendido, entre la mirra y el óleo; aquí está el lugar donde fué plantada la cruz; aquí está el sitio donde el ángel anunció la próxima resurrección a las santas mujeres; aquí está la columna donde el cuerpo del Señor fué flagelado; aquí está la tierra en la cual el Señor puso el pie en el instante de subir al cielo; aquí está el rincón en el que el Señor se apareció a Magdalena, vestido de jardinero; aquí está el calabozo donde el Señor fué encerrado algunas horas antes del suplicio; aquí está el banco donde los soldados de Pilatos se repartieron las vestiduras del Señor; aquí está la cueva donde se encuentra la corona de espinas; aquí está la columna de los improperios; aquí está la sangre que los cruzados vieron al entrar triunfantes a Jerusalén; aquí están las huellas de los pilares que lloran.

Y místicamente todo se confunde en la sombra. Del órgano, que acaba de despertarse, un gemido interminable se exhala, suave, muy triste. La angustia oprime los corazones, y una piedad infinita nos hace sentirnos casi tan piadosos como esos miserables seres de dolor que besan, con sus besos ardientes de fiebre, todas las piedras. En la cripta estrecha que un fraile griego custodia perpetuamente, la emoción religiosa es invisible. Las rodillas se doblan sin que nuestra voluntad intervenga. Nuestra boca se acerca al mármol, besado por otros millones de bocas al través de los siglos. Las preces confusas acuden a la memoria, y el dulce nombre de Jesús, como una letanía, sube a los labios, ante la tumba, maravillosa del más dulce de los hombres. ¡Creo! ¡Creo!

E. Gómez Carrillo

vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian.

Para que seáis dignos hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.

Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles?

Y cuando des limosna no hagas tocar la trompeta delante de ti como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para ser honrado de los hombres.

tu Padre que ve lo secreto te recompensará.

Ni habléis mucho cuando oréis, como los gentiles, que piensan que por mucho hablar serán oídos.

No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde orín y polilla los consumen y en donde los ladrones los desentierran y roban.

Mas, atesorad para vosotros tesoros en el cielo, donde no los consume orín ni polilla ni los desentierran ni roban los ladrones.

Porque donde está tu tesoro allí está también tu corazón.

¿Por qué, pues, ves la pajita en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo?

Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y entonces verás para

sacar la mota del ojo de tu hermano.

Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá.

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése entrará en el reino de los cielos.

No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; teme antes al que puede echar el alma y el cuerpo en el infierno.

El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí.

Venid a mí todos los que estáis fatigados y afligidos y yo os aliviare.

Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas.

El que no está conmigo, contra mí está, y el que no allega conmigo, espárase.

Y habiendo convocado a sus discípulos, les dijo:

Id y predicad, diciendo que se acercó el reino de los cielos.

Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios; graciosamente recibisteis; dad graciosamente.

No poseáis oro ni plata ni dinero en vuestras bolsas; ni alforjas para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni báculo, porque digno es el trabajador de su alimento.

Y siguió evangelizando, y predicó la fe queriéndola siempre acompañada de esperanza y caridad, es decir, refiriendo siempre a Dios todos los impulsos y movimientos de la voluntad, que por sí sola, no es sino orgullo, soberbia, vanidad, o a lo más, una fuerza ciega que apenas puede sostenerse, menos resistir, mucho menos triunfar.

Las tres virtudes juntas, la fe para creer en el honesto logro que se anhela, la esperanza para sostener la fe, y la caridad para amar siempre a Dios, al prójimo y a nosotros mismos, esas tres virtudes cristianas han sellado siempre las grandes victorias.

Sin ellas todos los empeños son dudosos y todas las fuerzas, flacas.

Y habiendo convocado a las gentes, las enseñaba diciendo:

No ensucia al hombre lo que entra en la boca, sino lo que sale de la boca, eso es lo que ensucia al hombre.

¿No comprendéis que todo lo que entra en la boca, al vientre va y de allí a un lugar excusado?

Del corazón salen los malos pensamientos y éstos son los que manchan al hombre.

Dejad venir a mí los niños.

En verdad os digo que si no fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

Y al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que en mí creen, mejor le fuera que le colgaran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran a lo profundo del mar.

¡Ay del mundo por los escándalos! Y ¡ay del hombre por quien venga el escándalo!

Si tu hermano pecare contra ti, vé y corrígelo a solas.

Si te oyera habrás ganado a tu hermano.

—Señor, ¿cuántas veces he de perdonar al hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete veces?

—No digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete veces.

Y Jesús dió el ejemplo de palabra y obra a cada paso de su adorable vida para que en sus obras y palabras aprendieran las gentes y guardaran en la memoria del alma lo que es y lo que vale en el cielo y en la tierra el perdón de las injurias, dándolo, no ya sólo como un triunfo, que triunfo es de la pasión más rebelde, sino también como un derecho al perdón de nuestras culpas.

—Maestro bueno, ¿qué haré yo para conseguir la vida eterna?

—Guarda los mandamientos.

—Los he guardado desde mi juventud. ¿Qué me falta aun?

—Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme.

Y el mancebo se fué triste porque tenía muchas posesiones.

Entonces pronunció el Salvador esta terrible sentencia:

—En verdad os digo que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos.

Y digo más: es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos.

Y luego, armó de enojo y terrible justo su brazo para echar del templo a los mercaderes. Los que van a la casa de Dios para favorecer sus intereses mundanos; los que se valen de la religión o de sus pías prácticas para hacer valer miras secundarias y fines profanos, esos fueron y son y serán siempre los mercaderes echados del templo y azotados por el mismo Jesucristo.

Después, se dirigió a los malos sacerdotes, a los doctores de la ley, a los escribas y fariseos, diciendo en son de anatema y con toda la autoridad del Juez supremo:

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el reino de los cielos delante de los hombres, pues, ni vosotros entráis ni dejáis entrar a los que entrarían!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis las casas de las viudas haciendo largas oraciones!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que rodeáis la mar y la tierra para hacer un pro-

sélito, y después de haberlo hecho, lo hacéis dos veces más digno del infierno que vosotros!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmaís la hierba buena y el eneldo y el comino, y dejáis las cosas que son más importantes de la ley, la justicia, y la misericordia!

los hombres y por dentro están llenos de corrupción y suciedad!

—Maestro, ¿es lícito pagar tributo al César?

—Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

—Señor, Herodes te persigue para darte muerte.

—Id a decir a esa raposa que yo

mejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.

En efecto, toda la ley de gracia es amor; amor divino que acompaña al hombre desde la cuna al sepulcro, y aun más allá, pues dejando el polvo en el polvo, eleva en sus puras alas victoriosas de la muerte, la esencia, el alma inmortal del hombre a las eternas claridades, donde está el arquetipo del bien, de la verdad, de la belleza, "Dios".

De aquí la eterna aspiración del hombre a ese fin supremo que es Dios por el medio único, que aunque humano, es divino también; el amor del prójimo, como quiera que se ame a Dios y en Dios y por Dios a todos nuestros semejantes.

Ved, sino, el testamento de Jesús, cuando terminada ya su divina predicación y evangelizado el mundo, se despidió de sus discípulos para avanzar a la cruz y consumar con abnegación superhumana, la gran obra de la redención.

Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a los otros, así como yo os he amado. En esto conocerán todos que sois mis discípulos.

El amor, la hipóstasis de las almas, la unión de los corazones, el abrazo y osculo de todos los hijos de Dios, dentro de la armonía universal, fraternidad necesaria para poder vivir en paz, caminando hacia su destino y todos la voluntad de Dios: he aquí la ley de gracia.

Y si el amor es la ley, ¿cómo hay un odio en los corazones y rebelión en los espíritus y guerra entre los hombres?

"Id a decir a esa raposa que yo lanzo demonios hoy y mañana, y al tercer día resucitaré."

¿No ha resucitado Jesucristo?

Sí; no desmayéis, los pequeños, los humildes, los pobres, los predilectos hijos de Dios. Pero, todavía quedan demonios que lanzar hoy y mañana.

Queda el último esfuerzo para el triunfo definitivo del amor y de la paz.

Id a decir a esa raposa que al tercer día reinará la paz sobre la guerra, el amor sobre el odio, el derecho sobre la fuerza, la verdad sobre el error, la luz sobre las sombras, encarnando para siempre la ley nueva en la igualdad, en la libertad y en la fraternidad de todos los hombres, trinidad divina y humana y sublime ideal de la ciencia, de la conciencia, de la civilización moderna.

DOMINGO DE RAMOS



LA MAMA. — ¿Quieres una palma?
EL NENE. — ¡Sí, sí! ¡Con dátiles!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis lo de afuera del vaso y del plato, y por dentro estáis llenos de rapia y de inmundicia!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes a los sepulcros blanqueados que parecen por fuera hermosos a

lanzo demonios hoy y mañana y al tercer día resucitaré.

—Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley?

—Amarás al señor, tu Dios, de todo corazón, con toda tu alma y con todo tu entendimiento. Este es el mayor y el primero de los mandamientos. Y el segundo se-

NEGACION

El cáliz del dolor hasta las heces
apuraré desde hoy en adelante,
dijo Jesús: antes que el gallo cante,
me habrás, Pedro, negado ya tres veces.

—¡Oh, cuánto diera por que tú no fueses!

—¡Yo, Señor!, habló Pedro jadeante:
permíteme, Maestro, que me espante
y que a Dios, en protesta, alce mis preces.

—¿También eres discípulo de Cristo?
a Pedro preguntóle un fariseo
cuando iba a oír Jesús el triste fallo.

Y Pedro contestó negando listo:

—¿Yo?, yo no le conozco, ni deseo.
(Entonces, con voz clara, cantó el gallo...)

Adolfo Esquivel de la Guardia



El dolor del hijo que ha muerto

Por José Romero Cuesta

Pasó por la acera de enfrente de la casa, clavando la mirada en aquel balcón de las vidrieras y las persianas cerradas, en el que, a través del cristal y de la madera se filtraba un fugaz resplandor parpadeante. Allí estarían seguramente Carmen y Rafael, junto a la pequeña cajita blanca en que se mostraría, abrigado de flores, el cuerpecito pálido de la nena. No necesitaba Julio cerrar los ojos para ver el cuadro triste de la alcoba. Tenía muy grabado en el corazón, muy profundamente clavado en el alma, el rostro de la chiquilla, aquel óvalo que enmarcaba los finos labios, la naricilla chata y los grandes ojazos negros que siempre miraban tristemente. Adivinaba el dolor de la madre, cuyo gran amor habíase cifrado íntegramente en la hija, después de convencerse de su error al haberse casado con Rafael, que no era malo, que era bueno con ella y que, sin embargo, no la supo tampoco hacer feliz; presentía la pena de Rafael, que adoraba a la niña, que se ufana de su paternidad puerilmente, al encontrar en ella una belleza de extraña irradiación espiritual. Los veía a los dos, cada uno a un lado de la muertecita, unidos en una misma desgarradura, y, sin embargo, alejados por sus eternas discrepancias. Rafael como siempre, callado, reflexivo, perdido en sus propios pensamientos, desligado de todo lo que no fuese él mismo. Carmen, con sus lágrimas y sus sollozos, vertiendo su congoja hacia afuera, tal vez bañando en llanto un tropel de palabras de angustia. En todo distintos, como habían sido distintas y antagónicas sus vidas desde la fecha de su enlace hasta entonces.

Así presentía Julio la escena, mientras pasaba y repasaba, y volvía a pasar, y a pasar otra vez, y cien veces, en aquella noche, frente a la casa, que no mostraba más luz en su fachada que la que se filtraba tras las maderas y los cristales de aquel balcón, vacilante y temblona.

Un viento afilado en cada esquina acuchillaba de hielo las calles, y, sin embargo, Julio no sentía en su cuerpo el puñal de la helada. El tiempo empujaba las manecillas de los relojes, y poco a poco iba quitándole a la noche negruras, mientras desde los campanarios caían las horas al silencio de la ciudad, y no lo advertía Julio, que tenía su mirada clavada en el balcón. ¡No quería, no podía creer que Carmencita hubiese muerto, que aquel cuerpecito querido se hubiera ya quedado inmóvil para hundirse, para reitegrarse a la tierra! Y como en una letanía monótona y absurda, sólo sabía repetir el nombre de la nena, en el que quería envolverse como en una nube de humo, para no ver, para adormecerse y cegarse. ¡Subir? Imposible. Pero él hu-

biera querido subir, sentía la necesidad de subir y arrojarle sobre el cuerpecito frío de la nena y llenarlo de besos y gritarle: "¡Mía, mía, mía...", arrojándolo todo...

Y era imposible; por Carmen, por lástima de Carmen, había de

dejar libre su pesadumbre allí, separado de las aflicciones formularias. Iban entrando en el portal, en ceremonioso cortejo, los que luego acompañarían al cadáver. Fué media hora de torturante impaciencia, la que aguardó Julio, hasta que en la doble fila de cu-

JESÚS

Genio del Amor; Profeta;
hijo de la luz y del martirio:—
bajo tu frente pálida de lirio
yo adivino tu alma de Poeta...

Tú cantaste, Señor, el gran poema
de la tristeza eterna y gemebunda
y no hay verba más trágica y profunda
que aquella de tus labios: "¡Anatema!"

La nota del dolor, la nota sacra,
la que nació en tu fúnebre odisea,
la que inunda tu frente y la sombrea,
la que vaga en tu rostro y lo demacra,

la que imprimió a tus párpados caídos
yo no sé qué evangélica evidencia,
qué fulgor, qué misterio, qué presciencia,
qué himno mudo de líricos gemidos.

la nota, en fin, suprema del dolor,
del dolor que depura y que redime
halló en tu cruz su diapasón sublime
y su estrofa magnífica de amor...

y aquella de la olímpida bravura,
la de Aquiles vencido y vencedor,
tú la diste más nítida, Señor,
exhalando raudales de ternura

en la noche del Gólgota sombría,
cuando víctima excelsa del Destino,
morías perdonando a tu asesino
trás la noche sin fin de la agonía...

Yo te canto en el verso del amante
¡oh genio eterno de los mundos amo!
yo te canto en mi libro y te proclamo
poeta excelsor y trovador errante...

Belisario Roldán.

contenerse y ahogar el impulso que le precipitaba hacia la casa y enredar su tragedia en aquella serpentina del nombre infantil que iba elevándose hacia la azul indiferencia estelar infinitamente...

Había hecho detenerse al coche-ro lo bastante lejos del portal para que su presencia no pudiera ser advertida. Ya que para las amistades y parientes del matrimonio, y aun para Rafael mismo, era desconocido, le confortaba el poder

dejar libre su pesadumbre allí, separado de las aflicciones formularias. Iban entrando en el portal, en ceremonioso cortejo, los que luego acompañarían al cadáver. Fué media hora de torturante impaciencia, la que aguardó Julio, hasta que en la doble fila de carruajes, el coche que ocupaba Julio fué a sumarse en último lugar a la comitiva. ¡Nadie hubiera pensado que aquel coche postero era el que conducía al hombre que iba a enterrar algo de carne propia en aquella carne de la carroza fúnebre!

*

No le detuvo ya ni el miedo a delatarse, ni las precauciones debidas a la madre que, tal vez desde la casa desolada y triste presentiría la escena. A Codazos, a empujones, a bandazos, como una nave sin timón en borsasca, se abrió paso hasta el féretro acabado de abrir, bajo la lluvia santificadora del hisopo. Allí estaba su nena, más palidita que nunca, con las ojazos grandes ocultos bajo la seda lívida del párpado, con los labios exangües, resecos y dilatados en el rictus de agonía. El alma, tendida hacia la muerte, parecía empujarle, como si quisiera derribarlo sobre la niña en un beso.

—¡Mí... mí...!

¡Le escocía en los labios el posesivo delator! Frente a Julio erguía, helada en el rostro la amargura, Rafael, que en vano trataba de contener las lágrimas que cargaban sus ojos. En aquel hombre, el dolor, venciendo aún a su mismo temperamento, infundía a Julio un respeto que jamás le hubiera parecido posible. Aquel respeto le ahogó en los labios el grito que había comenzado a articularse.

Tal vez, de haberse confesado públicamente, Julio hubiese herido a Rafael, más hondo que el mismo sentimiento de la traición, aquella ilusión destruida de su paternidad que había podido envolverle tanto.

La caja comenzó a descender en el hoyo abierto en la tierra... Luego, sobre ella cayeron los primeros terrones desde la pala del sepulturero, y pronto la fosa estuvo colmada. Otra vez fué la comitiva hacia la puerta del cementerio para poner el acostumbrado epílogo a la ceremonia... Allí se dirigió también Rafael, sirviendo por última vez de padre a la nena...

Julio, no... Julio se compensaba entonces de la noche en que no pudo velar a la hijita muerta, de los gritos que hubo de contener ante aquella muchedumbre, testigo del duelo... Había quedado allí, de rodillas sobre la tierra, blanda todavía, con las piernas un poco enterradas también, donde enterraron a la hija, ansioso todo él de hundirse hasta poder estrechar en su pecho a la muerta, y murmurando un "¡Mía, mía, mía, mía..." interminable, del que el viento del cementerio se reía entre los cipreses...



Las figuras menos simpáticas de la Pasión han sido, desde luego, la de Judas, que ha recibido sobre sí la execración de los cristianos, y la del débil Pilatos, que ha quedado como norma y modelo de las faltas de resolución y juicio.

Pilatos, a pesar de todo, ha sido purificado por los hombres, y merced a ciertas piadosas leyendas se le ve en los altares de algunas comunidades cristianas. Los coptos le consideran como un mártir de Calígula, y la iglesia abisinia le coloca en el catálogo de los santos, consagrándole su recuerdo el día 25 de junio; ni más ni menos que ha hecho la iglesia griega con la mujer del célebre procónsul, Claudia Prócula, cuya fiesta se celebra el 27 de octubre.

La santidad de Pilatos ha suscitado no pocas controversias; pues, si es cierto que por una orden emanada de él, Jesús fué amarrado a la columna y sufrió el suplicio de los azotes, como dicen Las Escrituras (Mateo, XXVII, 26) también es cierto que obró instigado por el pueblo, a quien no pudo oponerse abiertamente en su calidad de empleado romano. Esta diferencia de nacionalidad y lo inesperado del caso, aminoran un poco la debilidad de su conducta. El relato evangélico no dice, por lo demás, que Jesús fuera condenado por sentencia expresiva y terminante del procónsul (Mateo, XXVII; Marcos, XV; Lucas, XXIII y Juan, XIX). Pilatos se lavó las manos para no mancharse con la sangre que se le hacía derramar. Es tradición recibida por la Iglesia y lección recogida en las Escrituras, que la esposa del procónsul le advirtió que no derramara aquella sangre por haber recibido en sueños una advertencia de ello.

Se citan, sin embargo, siete u ocho sentencias de Pilatos contra Jesús en "El libro de la Pasión", los escritos de San Vicente Ferrer, Lausperg, Guillermo de París, Juan de Cartagena, "El Evangelio de Nicodemo", etc., etc.

Es verdad que cuando surgió aquella terrible furia por la falsificación de los relatos cristianos, Pilatos tampoco fué olvidado; así en el siglo IV aparecen las "Actas de Pilatos", celebrado documento apócrifo que logró sorprender la buena fe de San Epifanio y San Gregorio de Tours, que lo toma por el "Evangelio de Nicodemo", obra que gozó de gran estima por entonces.

Hasta aquí la figura de Pilatos no tiene más significación que la de un procónsul romano como otro cualquiera. La figura se va haciendo, empero, más interesante por la leyenda, aunque se la vaya rebajando en categoría. De evangelista pasa a ser un escritor que endereza sus epístolas a Claudio Tiberio y a otros personajes de su época.

Las leyendas sobre Pilatos

Pilatos santo, evangelista, depredador, gobernador en Cataluña, suicida en Roma, Ginebra y Burgos. - Sus casas.

Bien. ¿Y de dónde era Pilatos? Pues Pilatos parece, con más probabilidad que ninguna otra, que fué romano, o mejor dicho, italiano. Hacia el año 26 ó 27 de la Era vulgar fué destinado al gobierno de Judea, pero antes, si hemos de creer a la leyenda y algún histo-

de un acueducto el dinero del tesoro sagrado. La revuelta fué sofocada en sangre; pero el desprestigio del procónsul fué tan grande, que no hubo más remedio que substituirle. Llamado por Tiberio acudió a Roma, y no queriendo sufrir el destierro, se dice que se

los años en el día de Jueves Santo se ve la sombra del degredado juez flotar sobre las aguas, envuelto en su toga. Esta tradición no pasa de ser una de tantas; las mujeres y los niños más inocentes de Alapuerca (Burgos) enseñan, a quien desee verla la cueva donde Pilatos se entregó a la muerte, sitio y lugar donde hemos de creer que murió de remordimiento el más infortunado de los jueces.

Hay además una razón poderosa para suponer que esto es lo más cierto. El famoso "Monte Pilato", que pertenece a una de las ramificaciones de los Alpes berneses, entre Lucerna y Waidsteten, parece que debe su nombre, Pilato, a una palabra derivada de "pileatus", que significa cubierto con un sombrero, que es lo que parece el monte por un capricho de la naturaleza en aquel sitio.

Cerca del Dornau también, en Saint Vanner, se encuentra la "Casa de Pilatos". Es una casita de campo, y según Chorrer debe su nombre no al célebre pretor, sino a un italiano muy moderno llamado Humberto Pilati.

En Vienne el pretorio de Pilato tiene la forma de un templo, y se le ha llamado "Notre Dame de la Vie". Los jueces, siguiendo la tradición popular, han hecho poner la siguiente inscripción: "C'est ici la pomme du sceptre de Pilate."

Y sin embargo, a pesar de tantas pruebas, de tantos documentos, se ha dicho que Pilato no había existido. Pilatos no es, según esa afirmación, más que una enseñanza mística bajo un delicioso símbolo. Poncio Pilato es una gloria de "pontos pilatos" el mar espeso. El mar donde se baña el alma; donde debe bañarse todo el que ha de prepararse para el martirio.

En fin, el documento mejor, es lástima que no sea más que una resurrección, que una copia de la verdad: la famosa "Casa de Pilatos" de Sevilla. Fué continuada y casi terminada por D. Fadrique Enriquez de Rivera, primer marqués de Tarifa (habíala empezado su padre), y es fama que se empleó para hacerla materiales y tierra de la misma Jerusalem, y que el plano y la alzada del edificio es una copia de la casa que existía por entonces (1533) en los Santos Lugares, donde la vió el prócer español cuando visitó aquellos países, después de cumplir sus misiones diplomáticas en Roma y en Nápoles. Las modificaciones que ha sufrido la casa de Pilatos, de Sevilla, la han apartado seguramente de su modelo; pero ¿quién puede negarnos que el marqués de Tarifa no ha sido un precursor de Flaubert en eso de reconstruir el pasado?

Rafael Urbano.

ANTIBACTER

EL DESINFECTANTE MAS PODEROSO-INDISPENSABLE EN TODO HOGAR.

No tiene ácidos - Un niño puede emplearlo sin cuidado

ANTIBACTER para la toilette de las señoras

ANTIBACTER para las enfermedades genito-urinarias

ANTIBACTER para las enfermedades de la garganta, nariz y oídos

ANTIBACTER contra el catarro de los fumadores, para higiene bucal, etc.

ANTIBACTER para las enfermedades de la piel y en la de los ojos

ANTIBACTER para medicina y cirugía y para desinfecciones en general

Pida prospectos, que se remiten gratis, al

INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

RIVADAVIA 1745

BUENOS AIRES

Se vende en todas las buenas Farmacias de la República

riador español, fué gobernador de la Tarraconense, residiendo en Tarracona en la casa conocida todavía por el nombre de "Casa de Pilatos", destinada actualmente, a lo que creo, a cárcel de la ciudad. A los diez años de su gobierno, Pilatos hubo de dejarlo, llamado por el César para sincerarse de ciertos cargos. Entre otros, se le acusó de haber promovido un tumulto por emplear en las obras

arrojó al Tiber. Otra tradición asegura que Pilatos no murió suicidándose el año 39, como se desprende de la versión anterior, sino un año después, el año 40, muriendo en el destierro de Vienne (Delfinado), donde aún se enseña su casa y su tumba.

La ciudad de Lucerna cree que murió en ella, arrojándose al lago que allí existe, y según dicen los más sencillos lucerneses, todos

El silencio es oro

Un joven inteligente que había hecho grandes progresos en la ciencia y en la virtud, era también tan discreto, que se sentaba en las reuniones de los sabios sin pronunciar ni una palabra. Dijole una vez su padre:

—Hijo, ¿por qué no dices algo también tú de lo mucho que sabes?

Y él replicó:

—Porque temo que me pregunten algo de lo que ignoro y me hagan avergonzar. ¿No has oído decir aquello del sufi que estaba clavando unos clavos en sus sandalias, y al verlo un oficial, le dijo tirándole de la manga: "Ven a herrar mi caballo". Mientras guardes silencio nadie se meterá contigo; pero en cuanto abras la boca, correrás el peligro de que te conozcan los puntos que calzas.

Salva

Jacques Syhére escribió la dirección de Teresa Hardouin, su novia, en una cubierta que metió entre su cartera.

—La florista le enviará flores a las seis", pensó y se levantó.

—¿Vas a salir?, le preguntó su madre, que tejía delante de la ventana con los transparentes bajados.

—Sí. Voy a casa de Teresa.

—¿A pesar del calor?

—¿Por qué no?

La vieja señora se encerró en un silencio hostil. No podía ella perdonar a esa Teresa Hardouin, una muchacha sin dote y sin relaciones en la burguesía, que quisiera quitarle a su hija.

Cuando Jacques Syhére puso los pies en la acera, la elasticidad del asfalto le sorprendió. Respiró el olor tibio del alquitrán que subía del piso de madera y el exceso de luz lo deslumbró, aunque llevaba sus anteojos de vidrios ahumados...

—¿Qué temperatura!... Hace tanto calor como en las colonias!", se dijo.

Jacques Syhére había dirigido, durante nueve años, en el Congo, una explotación de caucho. En ese comercio ganó un pequeño capital, grandes desilusiones y un desgaste precoz del hígado y del cerebro.

Las amigas de Teresa le decían en el taller. "Pero vas a casarte con un viejo" porque el color del hepático, su espalda jorobada y sus cabellos plateados, acentuaban la desgracia natural de sus facciones irregulares.

La muchacha respondía a las celosas, siempre lo mismo:

—Es bueno y lo quiero! Esto es suficiente para que sea feliz con él.

Es tarde. Teresa miraba el reloj con ansiedad:

—¡Es ya bastante tarde!—Jacques está en retardo!

La impaciencia la hizo levantar-se:

—Esto sucede cada vez que se le quiere dar una sorpresa a alguien, murmuró ella.

Una sorpresa... La más bella de las sorpresas.

En efecto, Teresa no estaba sola en el cuarto... Una forma blanca se levantaba en la penumbra, una forma emanada de Teresa, una creación directa de la muchacha... "Con tal que Jacques encuentre a su gusto mi vestido de novia!"

Se lo había puesto a un maniquí de mimbre, colocado entre la chimenea y la ventana. Y era una Teresa de raso que duplicaba la Teresa verdadera, con las ojeras oscurecidas por la fatiga.

La pobreza y el buen humor corrían parejas en esa habitación. Había sido necesario que la joven disminuyera sus horas de sueño, para poder cortar y coser su vestido nupcial, cuya sola vista la llenaba de orgullosa satisfacción.

"El no se imaginaba ayer, que estuvieran tan adelantada!", pensaba Teresa... Va a sorprenderse enormemente cuando lo vea acabado, en el maniquí!" En el mismo instante Jacques consultaba su reloj y se decía:

"Estoy en retardo! Teresa debe preguntarse lo que me sucede".

Fué en ese preciso momento que una mano invisible lo agarró de la nuca y lo abatió.

Dos pasantes que lo vieron vacilar, se lanzaron y lo recibieron desfallecido entre sus brazos.

Con las piernas flojas y la cara

cubierta de gotas de sudor y pálido como la cera, Jacques Syhére pasaba como si estuviera muerto, entre las manos que lo sostenían.

—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Un médico! gritó uno de los hombres.

Una multitud de curiosos surgió de todas partes. Llevaron al enfer-

necesario transportarlo inmediatamente a su casa.

—¿Pero dónde habita?, preguntó alguno.

—Yo lo conozco de vista... Pasa a menudo por aquí... Pero de eso saber dónde vive...

El médico propuso buscarle en

El vestido de novia

Por Alberto Jean

Receptores de Radio ATWATER KENT

Hoy...en mas de
1,000,000 de hogares



Modelo 30
Un solo control

La fabricación y venta de un millón de receptores de radio en el corto espacio de cuatro años debe ser prueba que dichos receptores satisfacen. Los receptores Atwater Kent satisfacen, por eso mas de un millón de familias han elegido esta marca para sus hogares.

Se aproxima la temporada de invierno con sus noches largas y tristes; no espere más, colóque Atwater Kent en su hogar. Satisfacerá a Vd. como ha satisfecho a tantos. Pidan folletos ilustrativos.

Unica Importadores:
Cochabamba 54 DITLEVSEN & Cia. Buenos Aires

mo bajo la lona de un café mientras que benévolo enfermeros improvisados, los desembarazaban del cuello y la corbata, la cajera del establecimiento le friccionaba las sienes con vinagre aromático. El médico que llegó, fué categórico.

—Congestión causada por el calor. El estado muy grave... Es

la cartera. Metió la mano en el bolsillo interior del saco e inmediatamente halló la cubierta que Jacques había preparado para la florista: "Teresa Hardouin, 6, calle Nueva".

—Hay que llevarlo allá a esa dirección!, declaró el dueño del café, que vigilaba al mismo tiempo que la reunión de curiosos, sus

propias masas cubiertas de loza y cristal.

—Un golpe dado en la puerta de su cuarto hizo estremecer a Teresa. Y cuando vió a su novio desmadejado sobre la silla cargada por cuatro hombres robustos, como un convoy fúnebre, la pobre muchacha creyó que desfallecía también, pero pronto se rehizo:

—Aquí! ¡Aquí! Acuéstenlo en la cama!, ordenó ella.

En el acto alcanzó los sinapismos y el agua de Colonia que pedía el doctor. La desgraciada se hacía un esfuerzo supremo para no gritar de angustia, mientras espiaba hasta el menor movimiento de ese hombre desconocido, que se inclinaba sobre el cuerpo inerte de su amado... Los hombres que lo llevaron, habían partido ya, después de despedirse de la muchacha. Entonces el médico le preguntó, en tanto que aplicaba los revulsivos sobre las secas piernas insensibles.

—¿Usted es su hermana?

—No, doctor!... soy su novia.

El médico descubrió en ese momento en el ángulo del cuarto, el vestido blanco puesto en el maniquí y movió tristemente la cabeza.

—Pobre de usted, señorita!... murmuró él en voz baja.

Todo el rostro de Teresa se contrajo y sus ojos se hicieron inmensos.

—¿Está perdido?, — balbuceó.

El médico no respondió.

La cabeza sostenida por dos cojines, Jacques respiraba con horrible dificultad. Sus pesados párpados caían sobre los ojos medio vueltos. Estaba ya lejos muy lejos, entraba en lo desconocido...

De repente, la voz del moribundo hizo estremecer a Teresa. Jacques en el delirio, creía hablar con su madre y le decía:

—Teresa no llega para la ceremonia. ¡Es extraordinario!... ¿Qué es lo que dices mamá?... ¿Que ella no me quiere? ¿Que no se casa conmigo sino por el dinero?... Pues eso es falso!... ¡Si tú supieras cómo, al contrario, esa chica es desinteresada!... Piensa que ha querido hacer ella misma su vestido de novia, para evitarme gastos inútiles!... ¿Eso te causa risa?... ¿Por qué mamá?... ¿Dices que todo eso es una invención y que sólo existe el vestido blanco en mi imaginación? Teresa no miente nunca. Te aseguro que es cierto... ¡No, evidentemente yo no he visto el vestido!... Pero sé que está haciéndolo. No quería mostrármelo, sino terminado para darme la sorpresa... ¿Un cándido yo? ¡No! ¡No! No me digas que justamente ese vestido es la causa de que Teresa no esté aquí ya... en este momento... y que ella... no vendrá...

Jacques se había enderezado apoyándose sobre el codo. Su voz se ahogaba en la garganta.

—¡El vestido!... El vestido... gritó con los ojos bruscamente dilatados por la proximidad de lo invisible.

Entonces el vestido de novia se puso en movimiento. Teresa estaba quizá detrás de aquel vestido. Teresa que empujaba el maniquí hacia el lecho!...

—¡Véanla!... balbuceó él extasiado!

Y fueron las largas mangas vacías del vestido nupcial, las que abanicaron deliciosamente, para facilitarle la respiración, su último momento!

EL ADIVINO

Sentado en la plaza de cierta ciudad, discurría un adivino sobre su infalible ciencia, cuando de repente vinieron a avisarle que su casa había sido violada, y robados sus dineros y sus muebles. Levantóse el hombre con presteza, y corrió a averiguar la catástrofe; pero los mancebos le cortaron el paso diciéndole:

—¿A qué corres? ¡Demasiado sabrías tú que te iban a robar, y quién debía hacerlo!

LA MUERTE LEGAL

Por Eugenio Fourrier

Celestino Rougeot, comerciante de maderas, viudo desde hacía diez años, había resuelto volverse a casar. Puesto de acuerdo con su novia, se fué a la Alcaldía de su pueblo para sacar los papeles necesarios para el matrimonio.

—¿Qué desea usted? — le preguntó el secretario.

—Voy a casarme y vengo a solicitar los documentos que necesito.

—¿Su nombre, apellidos y circunstancias personales?

—Juan Bautista Celestino Rougeot.

El secretario hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Cómo dice usted?

—Juan Bautista Celestino Rougeot.

—Por lo visto, amigo mío, viene usted con ganas de broma.

—¿Por qué?

—Porque Juan Bautista Celestino Rougeot ha muerto.

—¿Muerto?

—Muerto y enterrado hace seis meses.

—El que veo que tiene ganas de bromas es usted.

Hablo en serio — añadió el secretario—. Su cadáver fué descubierto en un canal; registrado, se le encontraron sobre sí, documentos muy auténticos de identidad, y además fué reconocido por varios testigos. De las diligencias que se practicaron entonces, pudo saberse que el muerto se había suicidado arrojándose al agua para rehuir la acción de la justicia por un robo que había llevado a cabo en un vecino pueblo. El acta de defunción fué legal y debidamente registrada.

—Tod eso habrá ocurrido como usted lo cuenta; pero lo cierto es que yo no estoy muerto y nunca he robado ni he sido condenado.

—Se equivoca usted: Juan Bautista Celestino Rougeot ha muerto; el Registro del estado Civil da fe de ello, y yo no sé, ni puedo ni debo saber más.

Cogió un libro, el secretario y enseñó a Celestino la correspondiente acta de defunción.

Rougeot, confuso, se palpó, preguntándose si verdaderamente habría muerto sin darse cuenta. Le pareció, sin embargo, que estaba bien vivo, y recordó que al ir a la Alcaldía había entrado en el café del Comercio, donde un amigo le estrechó la mano y bebieron juntos unos bocks, y que la víspera el recaudador de contribuciones le había presentado unos recibos. No, no estaba muerto.

—Señor secretario — dijo humilde y cortemente —, sin duda hay un error.

—No hay error que valga El Registro del estado civil hace fe.

—Sin embargo...

—Es inútil que insista usted.

—¡Pero si yo no estoy muerto!

—Para mí usted ha muerto, y eso basta. El acta está ahí. Si usted cree otra cosa, pruébelo donde corresponda.

—Anule usted el acta.

—¡Anular un acta de estado civil!

El comerciante de maderas empezaba a intranquilizarse.

—Escúcheme usted, señor secretario. Usten me conoce perfectamente, y no puede haber olvidado que hasta hemos tenido negocios juntos.

—Eso es otra cosa. Usted, en efecto, se parece a Celestino Rougeot; pero eso no cambia en nada el asunto.

—¿Y qué prueba eso? Hay dos personas en mí: Estanislao Bandru y el secretario de la Alcaldía. Es posible que Bandre le reconozca a usted; pero el secretario, ni le conoce ni puede conocerle. ¿Comprende usted?

—Confieso que no lo comprendo muy bien. ¿Me reconoce usted?

—Mi persona sí.

—Entonces, yo no estoy muerto.

—El secretario de la Alcaldía no le reconoce. Son cosas distintas, compréndalo usted.

Rougeot se cogió la cabeza con las manos.

—¡Dios mío! — exclamó —. Eso es un absurdo. Yo quiero casarme.

—Imposible.

—¿Como han podido asegurar que el ahogado y yo éramos uno mismo?

—Por los documentos encontrados sobre el cadáver.

—¿Qué documentos?... ¡Ah! Ya caigo. Perdí mi carnet de identidad hace unos ocho meses; un vagabundo se lo encontraría y de ahí viene el error. No hay más que rectificarlo.

—Claro; pero no así como así. Usted ha muerto legalmente. Es necesario una sentencia del Tribunal competente para anular su acta de

defunción y otra sentencia para devolverle a usted su personalidad civil.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Eso allá usted; infórmese.

—¡Ya es demasiado! Si yo estoy muerto, ¿cómo es que pago las contribuciones?

—A mí no me importa eso.

—Puesto que no estoy muerto para pagar, no debo de estarlo para casarme.

—Pues pruébelo.

—¿Cómo?

—En el juicio correspondiente.

—Yo no estoy muerto, ¡qué caramba!

—Usted se ha muerto administrativamente — dijo el secretario, recalcando.

—Puesto que estoy muerto, ¿qué pasaba si le diera a usted un puñetazo en las narices?

—Le haría detener.

—Entonces no estaría muerto.

—Es inútil que discutamos. Hágame usted reintegrar sus derechos

-El "amor de mis amores": mi nana

Después de mamá—dice Pepita—nadie me ha querido tanto ni a nadie quiero yo con tan honda ternura como a mi pobrecita "nana." Ella nos crió a todos, pero en mí puso cuanto amor abriga su alma inocente. Yo para ella no crezco. Yo soy siempre su "nenita." Si vieran ustedes que todavía me sienta por las noches en sus rodillas, me acomoda en sus brazos como cuando estaba "chiquita", y me canta, hasta que me duermo: "Arrurri mi niña—duermete ya—porque viene el coco—y te comera"



YA en la casa no es ella una sirvienta; es una "persona de la familia", a quienes todos miman con especial cariño. Siempre fué sana y fuerte pero el otro día tuvo unos dolores en las coyunturas de las manos que casi se las paralizan y una "picada" en la espalda que no la dejaba moverse. Al principio costó trabajo aliviarla porque decía que los remedios de botica eran "cosa del Diablo." Pero desde que, a ruego de todos, se tomó las dos primeras tabletas de

CAFIASPIRINA

y vió que en un instante le desaparecía la "punzada," les puso una fé ciega y siguió tomándolas para el "reuma" de las coyunturas. Y ahora, al sentirse aliviada y otra vez con fuerzas para el trabajo, exclama con esa su sencillez de siempre "Dios proteja a mis amos que me dieron esa bendita 'medecina'"

Lo mismo que para el reumatismo, el lumbago y las neuralgias, la CAFIASPIRINA es ideal para dolores de cabeza, muelas y oído; jaquecas, y consecuencias de las trasnochadas, o los excesos alcohólicos. No AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES.



En su próxima aparición, PEPITA tendrá el gusto de presentarle a la "SEÑORITA DOREMIFA," una profesora de música interesantísima con quien usted simpatizará "a primera vista."

por una sentencia y después veremos.

—¡Dios mío! ¿Qué hacer? Yo conozco al alcalde, ¿le parece que fuese a verle?

—Vaya usted.

El comerciante de maderas salió vacilando de la Alcaldía. La duda se había apoderado de él. ¿Estaba realmente vivo? ¿No sería víctima de un estado letárgico o de una pesadilla horrible? Iba por la calle como un autómata, y así llegó a casa del alcalde. Este lo recibió en seguida.

—Buenos días, señor alcalde — dijo Rougeot.

—Buenos días señor Rougeot.

—¿Me reconoce usted? ¿Soy yo, en efecto, Celestino Rougeot? ¿No se equivoca usted?

—¡Caramba! No; usted es Rougeot, el comerciante de maderas.

Es que el secretario de la Alcaldía pretende que yo me he muerto. ¿Qué le parece a usted eso?

—Valiente broma.

—¿No me he muerto todavía?

—Naturalmente, puesto que está usted aquí hablando... Pero supongo que no habrá usted a verme para eso.

—Para nada más que eso. Yo soy viudo, como usted sabe; pienso casarme otra vez. Me he presentado en la Alcaldía para arreglar los papeles, y el secretario me ha dicho que se había inscripto mi defunción hace seis meses por causa de un granuja que se apropió del carnet que yo había perdido.

El alcalde adoptó una actitud más fría.

—¿Su defunción está inscripta en el Registro civil?

—Sí señor; yo la he visto.

—Eso es muy grave — dijo el alcalde.

—El secretario se niega a casar-

me. Supongo que le ordenará usted que lo haga.

—Imposible. El secretario ha hecho bien. Sería ilegal, y la responsabilidad caería sobre mí.

—Pero yo no me he muerto, y usted mismo me lo acaba de decir.

—Es que yo ignoraba... Pero no se puede casar a un muerto.

—¡Pero si no estoy muerto!

—Usted no está muerto; pero legalmente ha fallecido, y esa es la verdadera muerte. Ahora recuerdo perfectamente que yo firmé su acta de defunción.

—¿Y qué tengo que hacer?

—No lo sé. Hace falta una sentencia para reintegrarle a la vida civil. Consulte con algún abogado.

—¿Consultar con abogados? Tendré que pagarlos.

—¿Pero, cómo?

—¿Se equivocan los demás y he de reparar yo el error a costa mía?

—No hay otra solución.

—Su testimonio debe bastar.

—Eso no basta; yo le reconozco a usted; pero el alcalde no le conoce.

Y la primera autoridad del municipio empujó suavemente al comerciante de maderas hacia la calle.

Rougeot daba traspiés como un hombre borracho.

—Estoy muerto — decía —; es raro: yo creía que después de muerto ya no se sufría.

Pasó un vendedor de periódicos; el comerciante cogió uno.

—Son diez céntimos — dijo el vendedor.

—¡Diez céntimos! Yo estoy muerto; no pago.

El vendedor llamó a un guardia. El viudo, riendo a carcajadas, dió un empujón al guardia y lo tiró al suelo.

Fué detenido y siguió riendo. Estaba loco.

EL AMOR

En el fondo de nuestro corazón, todos hemos rezado la oración del amor. A lo largo de la vida, hasta la muerte, vamos rezando cada día una perla del dulcísimo rosario.

La vamos rezando cuando nace la primavera y el otoño, cuando nos alienta el estío y el invierno nos aturde, cuando clarea la aurora o cuando en el fondo del corazón del hombre entra la obscuridad.

La rezamos siempre que el alma despierta para levantar el vuelo; para dar vida a la vida y hacer que a la luz grane la tierra.

La oración del amor todo el mundo la reza en el vacío; la tierra la reza en el vacío; el viento la reza a las nubes, a las sierras; las olas a las playas y las playas a la salada espuma.

Rezan de amor, volando en parejas, las blancas mariposas; mecidas en el aire, rezan besándose, y a cada beso que dejan a la sombra de una planta, nace una flor.

Cantan su llanto, bajo la noche serena, las aves en los bosques; y, de aquellas quejas, hechas de suspiros y rezos, otras aves y otros suspiros nacen, rezando a coro.

El rezo de las plantas, que se lleva la brisa, es la semilla del amor que otras plantas esperan para estrechar en sus labios y cerrar las corolas con un beso.

Como el ave y la planta, el viento y las olas, recemos al amor, vivamos ilusionándonos en el eterno abrazo, que del fondo del engaño que el amor nos prepara, sale la luz.

En el fondo de nuestro corazón, todos hemos rezado la oración del amor. A lo largo de la vida, hasta la muerte, sigamos rezando cada día una perla del dulcísimo rosario.

Santiago Rusiñol

LA VUELTA DE CRISTO

EL TEMPLO

Bajo las sombras de la antigua clave, refugio de las almas pensativas, encaja, entre las góticas ojivas, el blanco altar en la imponente nave.

Se esparce en torno, perfumada y suave, la mirra en espirales fugitivas, y resuena en las cúpulas altivas del órgano la voz rotunda y grave...

Todo convida en su penumbra inerte al oscuro delirio de la muerte: el fetiche enclavado en los estucos,

la luz de las vidrieras funerarias, y el lúgubre rumor de las plegarias subiendo hacia los ídolos caducos.

JESUCRISTO

Y Jesucristo apareció: traía veladas las pupilas por el llanto, pero inefable y misterioso encanto su mirada en las almas difundía;

de sus llagados hombros descendía el talar inconsútil de su manto, y su faz, demacrada en el quebranto, bajo un nimbo de luz resplandecía.

Y era Cristo, en verdad... Su yerto labio se estremeció de horror ante el agravio: el eco de los cánticos llegaba,

y al son de pavorosos misereres, la turba de los nuevos mercaderes con sus ritos idólatras pasaba!

EL VERBO

Entonces Cristo habló. — Su voz lejana repercutió en las almas, dolorida, como en los mudos ámbitos perdida repercute la voz de una campana:

—Yo prediqué el amor (su lengua humana clamaba en el silencio), y se me olvida; resurgen desde el polvo de mi vida los viejos mitos de la edad pagana.

¡Ante el escarnio de mi fe, contemplo que pregona en los pórticos del templo, menguada voz, palabras de venganza;

y vuelvo entre las sombras seculares, a predicar un credo sin altares, apóstol del amor y la esperanza!

LA MULTITUD

Al eco de esa voz, la muchedumbre, como dormido mar que el viento azota, se estremeció en la inmensidad ignota, surgiendo de su antigua pesadumbre.

Tras siglos de cobarde incertidumbre, libre el alma y el ídolo en derrota, iba a salvar esa barrera rota como el turbión que baja de la cumbre...

La multitud, absorta en sus visiones, sentía palpar los corazones en el tumulto de una fiebre extraña;

y resonaba el verbo del profeta sobre la vasta muchedumbre inquieta, como un nuevo Sermón de la Montaña!

Ricardo Rojas.

Cinco años de dicha

Por Alberto Acremant

Cuando cumplió los setenta años, el señor Varnit llamó a su vieja criada y le dijo:

—Eugenia, estoy enfermo. Siento que me queda poco de vida. Está usted a mi servicio desde hace treinta años, y aunque no siempre vivimos en la mayor armonía, quiero dejar asegurado su porvenir.

—Se lo agradezco mucho, señor.

—Sabe usted que soy rico. Le dejaré dinero cuando muera; pero para usted temo más la soledad que la miseria.

—Cuando falte el señor buscaré otra casa.

—¡No hará usted eso! Tiene usted cincuenta años, y a esa edad ya no se busca una nueva ocupación. Usted ya tiene sus costumbres y sus manías a las cuales ya me he acostumbrado yo al cabo de los años; pero otros señores no se habituarían tan fácilmente.

—¿Y qué he de hacer entonces, señor?

—Casarse.

—¿Casarme!

—Sí.

—¿Y con quién?

—Con mi amigo Termont.

—¡Pero el señor Termont no aceptará!

—Esa es cuestión mía. ¿Le agrada a usted?

—¡Ya lo creo! ¡Un señor!

—Entonces yo lo arreglaré.

Varnit veía a su amigo Termont todas las tardes en el café, donde los dos jugaban invariablemente su partida de dominó.

—Escucha Termont.

—Ahí va el seis doble.

Luego lo pondrás. Escucha ahora.

—¿Qué pasa?

—Vas a casarte.

—¿He?

—Que he decidido que te cases.

—¿Yo?

—Sí. Tienes cincuenta años. Eres pobre; cástate y serás rico.

—¿Pero que broma es ésta?

—Te hablo en serio. Soy viejo y estoy enfermo. Puedo morir de un momento a otro. Cuando falte te aburrirás. Con tu carácter endemoniado no has logrado tener más amistad que la mía, y para que no seas desgraciado cuando yo muera te ruego que te cases.

—¿Con quién?

—Con Eugenia.

—¡Ah, no! Déjame, si quieres, tu fortuna, pero no me impongas la criada.

—Pues es la condición que te impongo. Las mismas preocupaciones que tengo por tí tengo por Eugenia. He encontrado el medio de conciliar mis dos deseos.

—¿Qué capital tienes?

—Seiscientos cincuenta mil francos.

—Ya sé que vives con esplendidez. Buena mesa, buena bodega, veraneo a los puertos de mar. No me disgustaría el régimen.

—Eugenia se conserva todavía frescota.

—Sí; con el atractivo de tus seiscientos cincuenta mil francos no está mal.

—Entonces, de acuerdo. Os casaréis dentro de dos meses, y antes de un año seréis mis herederos, porque yo estoy cada día más débil. Y ahora pon el seis doble; yo no pongo el seis cinco.

Mes y medio después se celebraba la boda. Eugenia y Termont, que no habían simpatizado nunca, hubieran aplazado con gusto la fecha fatal; pero Varnit se había impuesto.

Parecía que Varnit no iba a poder asistir a la boda; pero la alegría, sin duda, le dió fuerzas y pudo firmar el acta como testigo.

En el almuerzo dado a los invitados su alegría fué grande. Nunca había estado tan contento.

—Me siento revivir — dijo a los postres.

Los señores de Termont, salieron en viaje de bodas, y el anciano aprovechó la ocasión para elegir una nueva criada joven, bonita y agradable. En el café se procuró nuevos amigos menos tiránicos, más alegres.

Cuando los recién casados regresaron les preguntó:

—¿Sois felices, verdad?

—Sí... Sí...

Hay respuestas afirmativas mucho más elocuentes que la negativa más rotunda.

—¡Eugenia es insorpotable! — le confesó el marido cuando estuvo solo con su amigo.

—Termont tiene un genio insufrible — dijo luego Eugenia a su antiguo amo.

Ocho días después marido y mujer se pegaban. ¡Si hubieran podido separarse!... pero estaban atados por la futura herencia.

Así pasaron cinco años. De una parte, Varnit, tranquilo y satisfecho; de otra, los señores de Termont, peleándose como enemigos encarnizados.

Una noche les avisaron que Varnit se moría. Se apresuraron a ir a casa del enfermo.

—Amigos míos — les dijo el agonizante —.

Debo confesaros la verdad. Os he obligado a casaros sólo para disfrutar unos años de tranquilidad. Tú, Eugenia, me aburrías con tus manías de solterona gruñona, y tú, Termont, me tiranizabas. Sabía que no seríais felices, pero vuestro matrimonio era mi tranquilidad y os casé. Desde hace cinco años respiro y soy feliz.

Como pensaban en la herencia próxima no protestaron. Se contentaron con suspirar:

—¡Pobrecillo! ¡Delira!

Después de su muerte, y abierto el testamento, se vió que el difunto Varnit no dejaba nada. Había vendido todos sus bienes por una renta vitalicia.



— “Erase una vez...”

Profundamente simpático, rodeado de una aureola de bondad, de dulzura inefable... incansable, animoso... ¡Admirable anciano, hermoso ejemplo de energía y vitalidad!...

En muchos casos este estado depende de factores que, por ser en apariencia de poca importancia, no siempre son observados; uno de ellos es la alimentación. Merecen ser incuestionablemente preferidos aquellos alimentos que se caractericen por su poder nutritivo y fácil digestión.

Por la pronta y total asimilación de sus inapreciables valores nutritivos y por sus magníficas propiedades tónicas naturales, costaría en verdad hallar para esas circunstancias un elemento de más mérito que la Malta Palermo.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires



Malta
PALERMO

Publ. P.A. Weber

El cadáver de don Juan

Por R. Blanco-Flombona

Mi amigo don Pablo y yo teníamos la costumbre de pasearnos juntos, casi todas las tardes, por los alrededores de Caracas. Aunque de más edad que yo y de más experiencia, nos placíamos en sociedad el uno del otro, no tanto por similitud de carácter como por afición a huronear en las antiguas crónicas del país, en las crónicas de la época boliviana, en las que a menudo salían a colación abuelos suyos o abuelos míos.

Dirigímonos una tarde hacia el norte de la ciudad. Pasamos el puente del Guanábano, dejamos a nuestras espaldas las últimas desgranadas casucas de Caracas, por aquella extremidad, y nos enderezamos hacia las primeras estribaciones del Avila. Desde la planicie eminente, al pie de tan majestuosa cadena de montañas como aquella que separa a Caracas del mar, divisábamos la ciudad entera, tendida sobre el río Catuche y el río Guaire, desde el puente del Guanábano al norte hasta el puente de Hierro del sur.

Los techos de la ciudad rojeaban a la suave luz de la tarde, y los mil jardines caraqueños desplegaban la copa verde de sus acacias, el abanico de sus chuguaramos, o la elegante arquitectura vegetal de sus araucarias, entre las cúpulas plomizas y las torres blancas, por encima de los tejados purpúreos.

Ascendimos un poco más. De pronto nos encontramos con una pared descascarada y leprosa, sobre la cual empotrabanse, de distancia en distancia, altas verjas cubiertas de herrumbre.

Aquello era el antiguo y abandonado cementerio de "Los hijos de Dios". La hierba crecía entre las tumbas. Cruces de hierro, tomadas de orfí, yacían por tierra. Sobre las lápidas de mármol, llenas de polvo, se borraban las inscripciones.

—¡Qué incuria! — observé a mi compañero. — ¡Y pensar que los nietos de casi todos estos muertos ríen o sufren, es decir, viven, a unos cuantos pasos de las tumbas de sus abuelos, sin curarse lo más mínimo de esos muertos, a quienes quizá deban, los unos la miel de la vida, los otros la cicuta!

Objetóme don Pablo que eso era casi inevitable, y añadió:

—Voy a referirle, a propósito de muertos, un caso curiosísimo.

Nos habíamos sentado en sendos poyos de mampostería que sirvieron tal vez antes a funerales y plañideros cipreses. El sol descendía al ocaso. La ciudad, a nuestros pies, se envolvía en un crepúsculo de oro.

Don Pablo empezó a referirme:

—Siendo yo prefecto de Caracas, años atrás, presentóse una tarde en mi despacho una agraciada mujer, vestida de luto. La enlutada me dijo: "Señor prefecto: vengo a po-

ner en conocimiento de usted un asunto muy grave. En el cementerio del Sur ha sido sustraído un

cadáver de su fosa". El caso, en efecto, era grave; y, una hora después del denuncia, tomé un coche

ES CUESTION DE DEVOCION



—¡Hombre! Yo que usted me iría a visitar los Santos Lugares y Galilea, la tierra de Jesús.

—¡Pues yo prefiero irme a Sevilla, que es la tierra de María Santísima!

LA SABIDURÍA HUMANA

La sabiduría hindú tiene razón cuando dice: "Trabaja como trabajan los que son ambiciosos. Respeta la vida como lo hacen los que la desean. Sé feliz como lo son los que viven para la felicidad de vivir".

Y este es el punto central de la sabiduría humana. Proceder como si todo acto trajese por consecuencia un fruto extraordinario y eterno y saber qué poco representa un acto de justicia frente al universo. Tener el sentimiento de la desproporción y marchar como si las proposiciones fuesen humanas. No perder de vista la gran esfera y moverse en la pequeña con tanta confianza, gravedad, convicción y satisfacción como si contuviese a la grande.

¿Tenemos necesidad de ilusiones para mantener nuestro deseo del bien?

Si fuera así habría que declarar que ese deseo no está conforme a la naturaleza humana.

No es prudente imaginarse que el corazón crea largo tiempo en algo que la razón no cree. Pero la razón puede creer en cosas que se encuentren en el corazón, y acaba por refugiarse allí sencillamente cada vez que las sombras invaden sus dominios.

Porque la razón es, respecto al corazón, lo que una hija inteligente, pero demasiado joven, con respecto a su madre; necesita a menudo de sus consejos.

Llega un momento en la vida en que la belleza moral se hace más necesaria que la intelectual; en que todas las adquisiciones del espíritu ceden el paso a la grandeza de alma, so pena de morir miserablemente en el desierto como un río que no encuentra el mar.

Mauricio Maeterlinck.

y me encaminé al cementerio.

—¿Qué sacó usted en limpio?

—Va a saberlo. El cadáver había sido sustraído. Era el cadáver de un hombre de la clase media. Me informé lo mejor que pude y averigüé que el hombre en cuestión, ni muy joven ni muy guapo, había muerto de tisis pocos meses atrás. Tenía este sujeto dos queridas: la querellante, Marcela X, y otra mujer llamada Ana Luisa.

—Ya comprendo — interrumpí a mi amigo.

—Pues bien — dijo riendo; — es usted más perspicaz que yo: yo no comprendía... Para aclarar la cuestión hice venir a mi despacho a las dos mujeres. Procedí al careo. Del careo saqué que el amante vivía con Marcela, la denunciante, y que, apenas sintióse enfermo, la abandonó y se fué a vivir — a vivir y a morir — en casa de Ana Luisa. Marcela no se quejaba de la conducta de su amigo. La disculpaba más bien:

"—Fué — decía indicando a su rival, allí presente — porque la señora gozaba de mejor posición económica que yo. El necesitaba cuidados de mucho precio. Por eso lo perdoné."

"—No — rugía la otra mujer; — se fué a vivir conmigo porque me prefería, porque me amaba, como yo lo amaba a él y como amo " amaré su memoria."

Mi amigo advertía la impresión que me causaba el relato y continuó diciéndome que él tuvo que interrumpir aquellos arrebatos pasionales para que lo informasen pronto y claro respecto a la sustracción del cadáver. Entonces Ana Luisa, la rica de las enamoradas, le refirió la verdad.

"—Fulano estaba en una tumba que la señora — dijo volviéndose a la denunciante — conocía; tumba que yo pagué y que yo cuidaba. Todos los domingos iba yo al cementerio y encontraba sobre aquella tumba un ramo de flores. Siempre arrojaba fuera aquellas intrusas flores y a cada semana encontraba sobre la tumba un nuevo ramo. Sospeché desde el principio que serían de la señora; pero quise convencerme, y me convencí. Entonces, infeliz o loca, no sé, soborné a un empleado del cementerio e hice cambiar de fosa al cadáver de Fulano. Por eso la señora, celosa y todavía enamorada del hombre que la abandonó, ha puesto el denuncia."

Cuando mi amigo don Pablo terminó su relato, no pudo menos de exclamar, con sonrisa pícarona:

—¡Qué virtud poseería aquel diablo de hombre para hacerse querer tan hondamente de un par de bellas y jóvenes mujeres!

Ya había caído la noche. A nuestros pies, Caracas se iluminaba. Cuando empezamos a descender, mil focos eléctricos parpadeaban en la sombra. De la ciudad emergía como un vapor de luz.



Quién fué la Verónica

Los Evangelios no dicen una palabra de la Verónica, la Iglesia no ha llegado a contarla en el catálogo de sus santos.

Verónica no viene de la raíz híbrida, latina y griega, como se dice comúnmente, de "verus eikon", que "significaría la verdadera imagen", sino que es una corrupción del nombre de Berenice — la portadora de la victoria —, nombre de la célebre hija de Ptolomeo Filadelfo, que enamorada de su esposo Ptolomeo Evergetes, sacrificó a Venus su espléndida y magnífica cabellera; una cabellera tan hermosa y un sacrificio tan grande por parte de una mortal, que los dioses la colocaron en el cielo como una constelación.

La leyenda de la Verónica es una leyenda que surge a mediados del siglo XII y que se formula después en el XVI y XVII por la exaltación de la auténtica Santa Verónica, hija del milanésado, que vivió entre 1445-1497, cuya fiesta se celebra el 13 de Enero.

La primera noticia de "la mujer Verónica", como dicen los escritores antiguos, fue suministrada por San Metodio, obispo de Tiro a fines del siglo III. Los textos del santo que cita San Jerónimo no dicen nada de ella, pero es tradición que San Metodio consignaba poco más o menos lo que se lee en el "Evangelio de los Nazarenos", famoso apócrifo donde se refiere la curación de Tiberio. Encontrándose el emperador lleno de lepra e informado de los prodigios que obraba el lienzo que con la imagen del Salvador poseía una mujer de Jerusalén, hizo llamar a Roma. Toco el Cesar la imagen y se curó, y herido en su ánimo por la luz divina hizo dimitir de su cargo a Poncio Pilatos, desterrándolo a Babilonia, donde murió luego. Tiberio dice la tradición que colocó la imagen de Jesús en el "larario", el lugar donde se guardaban por los romanos los dioses protectores de la casa y la familia.

La Verónica, considerada en Roma, adquirió un gran prestigio y pasó finalmente a Francia donde murió antes de terminarse el primer siglo de la Iglesia, en la Aquitania, conservándose hoy las reliquias de su cuerpo en Souillac, así como las de su esposo, San Amador, el Zaqueo, de que nos habla San Lucas (XIX. 6.)

Sí; la Verónica que acaso se llamó Berenice y que luego fué llamada como la llamamos hoy, como Saulo fué llamado San Pablo y Cefas se llamó San Pedro, estuvo casada con Zaqueo, el famoso publicano de Jericó que se convirtió al Señor y restituyó a los pobres sus bienes. Zaqueo al pasar a Francia se llamó Amador, y hoy mismo, en Quercy se enseña la Roca de Roca de San Amador donde fué sepultado el santo, a quien otra tradición hace, no esposo, sino padre de la Verónica, por hacerla casada con Simón de Cirene, el célebre Cirineo, padre de San Alejandro, mártir en Cartago y de San Rufo, obispo de Tortosa.

Berenice, llamémosla así, cuando vió al Señor en la Vía Dolorosa, camino del Calvario, acompañado de su marido, reconoció al predicador de Jericó que convirtiéndose a su padre. Jesús iba ensangrentado, sudoroso: las mujeres que se apartaban a su paso derramaban el llanto sin poderse contener, y el Hijo del Hombre, les decía estas palabras: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos" (Luc. XXIII. 28). Y Berenice destacándose de las filas se acercó a enjugar el rostro al Señor, así por que en él reconociera como el iniciador de su padre, como por el rabí de una vez la curase con su palabra un flujo de sangre que la pobre sufría.

El paño que Berenice utilizó para enjugar el santo rostro, colocado en tres dobleces, recibió tres imágenes de la cara del Señor, y por eso son tres los santos rostros que se conservan en el mundo cristiano. Uno en Roma, otro en Jaén y el tercero... en el mar. Sí; en el mar. La tradición dice que la Verónica perdió ese lienzo en su viaje a Francia o a Roma, y que

no hay más lienzo auténtico que el de la Ciudad Eterna y el de Andalucía.

La cara de Dios de Jaén, es uno de los lienzo indiscutibles de la Verónica, y lo llevó a España hacia el año 63 un varón apostólico de los siete que fueron con Santiago a propagar el Evangelio en España: San Eufasio, cuyo cuerpo está en Samos (Galicia) donde murió después de llevar a Santiago el cuerpo del apóstol muerto en Palestina. San Eufasio, si hemos de creer lo que dicen los cronicones, condujo la imagen de la santa faz a caballo del diablo, dejándola primero en Andújar para dirigirse con su maestro a Zaragoza.

Lo cierto es que el culto a la santa faz es inmemorial en España, que la Iglesia Catedral de Jaén cuenta con una multitud de testimonios ofrecidos por la consideración de los pon-

tíficos, y que es proverbial su presencia como indiscutible. Durante muchos años la conclusión de todo juicio afirmativamente irrevocable acababa, entre los españoles, con estas palabras: "Eso, y la cara de Dios en Jaén".

El léxico castellano ha incorporado también el nombre de la santa mujer, apiadada del Señor, a la fiesta nacional española según quiere el conde de las Navas. Joaquín Rodríguez, Cosandares dio el nombre de Verónica, a esa suerte de capa en que el torero llamando al toro le ofrece el paño para darle una salida cubriendo el cuerpo. Es irreverente el título, pero ha sido una aplicación felicísima para expresar una acción. Es más, lejos de ser irreverente, acredita la reverencia, la piedad y el sentimiento cristiano de los grandes toreros.

Banco Hipotecario Nacional

25 de Mayo 245 y 263 — Leandro N. Alem 232, 46 y 260 (Bs. As.)

SUCURSALES EN TODA LA REPUBLICA

Inversión de capitales
— en CEDULAS —

Busque Vd. el título de renta, que dentro de las garantías sólidas que ofrezca, produzca el máximo y verá que la CEDULA HIPOTECARIA ARGENTINA del 6 o/o de interés anual, reúne estas condiciones esenciales.

Su triple garantía está constituida por:

- 1o. — LAS PROPIEDADES GRAVADAS EN PRIMERA HIPOTECA A FAVOR DEL BANCO.
- 2o. — LAS RESERVAS DEL BANCO (\$ 155.274.629,42).
- 3o. — LA NACION (Art. 6o. DE LA LEY ORGANICA).

A estas condiciones económicas privilegiadas, agregue Vd. la comodidad de que el Banco le recibe las cédulas en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo y procede con la renta de acuerdo con las instrucciones que recibe del interesado sin cargo alguno.

El Banco se encarga de la compra-venta de cédulas, cobrando solamente 1/8 o/o de comisión que se abona al corredor.

Tener dinero en cédulas es como tener efectivo, porque en cualquier momento el Banco anticipa casi el valor íntegro de la venta, desde una cédula de \$ 25 hasta cualquier cantidad y la operación queda definitivamente terminada en pocas horas.

Aquella noche, al cerrar el portón principal de la posada, el tío Pedro Bizcarrondo dijo al mozo que quedaba de guardia para cuidar las bestias y abrir a los caminantes que llegaban a deshora buscando albergue:

—Te digo que esta noche, aunque sientas que se viene abajo el mesón, no te menees, que soy yo el que mete ruido: Voy a dedicarme a la caza de alimañas... Abundan tanto en este lugar, de algún tiempo a esta parte, ¡que hay que estar ojo alerta! Con que a la cuadra, Francisco, y yo, donde Dios me depare, y ¡ojalá sea con buen tino!

El mozo, balanceando en la mano derecha el farolillo de aceite, cuyos cristales, más turbios que conciencia de usurero apenas dejaban percibir la luz, desapareció en el fondo del patio de la posada, sin decir esta boca es mía, que no ignoraba que el tío Pedro era hombre que gustaba ahorrar más las palabras que las monedas.

Momentos después, reinaba en la posada un silencio profundo, sólo interrumpido por el canto de algún gallo madrugador.

El pueblo de Almorabía, dormía en paz, al parecer, en medio de las lobregueces de una noche invernal, sin luna y sin estrellas.

El tío Pedro Bizcarrondo era viudo; ocho años hacía que perdió a su mujer, a consecuencia de una fiebre infecciosa que la invadió brutalmente, aniquilado en poco más de cuarenta días aquella naturaleza formidable, que le permitió desafiar impunemente las temperaturas más crudas a toda hora y dedicarse a trabajos rudísimos, para hacer a su marido más llevadera la labor diaria.

Sólo con la ayuda vigorosa de su mujer, tan fuerte de espíritu como recia para el trabajo, pudo el tío Pedro ahorrar algún dinero con el cual poco a poco fué mejorando los servicios del mesón.

Fruto de aquel matrimonio laborioso, feliz y honrado, fué el nacimiento de una niña hermosísima, Rosalía, que más tarde fué la moza más garrida y cortejada de Almorabía.

Cuando el cura — antes que el médico — anunció que la señora Gala había dejado de existir, el tío Pedro Bizcarrondo abrazó a su hija — que por aquel entonces contaba quince primaveras — y le dijo, entre el formidable estallido de un sollozo que semejó aullido de lobo de la próxima montaña.

—Si no fuera por tí, paloma, me rompía la cabeza ahora mismo contra el muro. Pero he de vivir para tí hasta que encuentres marido que se parezca a tu padre como tú te pareces a la muerta en el pensar y en el decir.

Fué creciendo Rosalía, como crecen las plantas sanas que cuentan con caudales de agua y de sol.

A coser y a bordar enseñóla primorosamente su buena madre, y a leer y a escribir, un poco deficientemente, por cierto el señor cura del pueblo, viejecito de ochenta años que muchas veces le decía:

—La conducta de tu madre en vida y el ejemplo de tu padre siempre valen más que todos los consejos que yo pueda dar en el con-

LA TRAMPA

Por Rafael Mesa de la Peña

El labriego invisible

Sembrador que en el tráfigo terreno
llevas de luz y amor el puño lleno:
abre la exuberancia de tu puño
y siembra la virtud del grano bueno
sobre la sed inmensa del terruño,
sin mirar si es el propio o el ajeno!
Que no te importe si la suerte, avara,
te dió al venir a la contienda cara
la tierra seca en vez de la jugosa,
esquiva y no feraz, y aunque recobres
tras de luenga labor dádivas pobres,
mientras otro en la veta generosa
el oro sin esfuerzo desentraña;
no contengas la luz que te rebosa:
¡pon el tesoro en la parcela huraña!
Toda labor es fértil y valiosa;
y es traspuesta la línea del sendero,
del lado inmaterial que nadie mide,
donde un valor no humano verdadero
aquilata los frutos, y decide
qué vale más en la balanza eterna:
si al surco vuelto en devoción paterna
sembrar el grano y cultivar la palma,
o si a un terruño más sutil, atento,
hacer fecunda la oquedad del alma
con la reja de luz del pensamiento...
Prosigue tú, y estima en tu tormento
hay un lauro además que no sospechas,
más allá de tu vista y de tu paso,
de los otoños y de las cosechas
para cada labor... (el tuyo, acaso,
lo envidian los profetas...) y medita
que interno en tí, magnánimo, sereno
extraño al fruto y al jornal ajeno
e indiferente al mal y a los abrojos;
pero siempre mirando en su porfía
más adelante a lo que ven tus ojos
y más allá del término del día;
como un amigo fiel en tus dolores
y un pródigo bordón en el camino,
va contigo y comparte tus labores
trabajando en silencio, tu destino!...

Joaquín Méndez Rivas.

Dijo la brizna de césped

Dijo la brizna de césped a la hoja de otoño: "Hacéis tanto ruido cuando sabéis que espantáis todos mis ensueños de invierno".

Dijo la hoja indignada: "Nacida en lo bajo y habitante de lo bajo, disciplicente cosilla sin voz. Tú no vives en el aire de la altura e ignoras lo que es la nota del canto".

Luego la hoja de otoño se tendió en tierra y se durmió. Y cuando volvió la primavera despertóse de nuevo... y era una brizna de césped.

Y cuando el otoño regresó y fué sorprendiéndola el sueño invernal y por encima de ella llenábase el aire de hojas otoñales que caían, ella murmuraba para sí misma: "¡Oh las hojas de otoño! ¡Cuánto ruido hacen! Espantan mis ensueños de invierno".

fesonario y en el púlpito, hija mía.
Y maestro y discípula dedicaban una lágrima a la memoria de la querida madre.

Rosalía tuvo tantos pretendientes como mozos había en el pueblo. Y era lógico que así fuese, porque era la moza más linda en diez leguas a la redonda.

Blanquísima, alta, negro y ondulado el pelo, que, prisionero en dos trenzas, le llegaba más abajo de la cintura; flexible el talle, azules y grandes los ojos, y dulce al par que altivo el ademán, Rosalía, reclamaba un trovador gentil que cantase las bellezas de la linda moza de Almorabía.

Rosalía comentaba la abundancia de pretendientes, diciendo:

—Yo elegiré para marido al hombre que más se parezca a mi padre. Madre, que esté en gloria, me aconsejaba siempre esto.

El tío Pedro envolvía a su hija en una mirada de inmenso cariño, y los pretendientes, hasta entonces, no pasaron respetuosas pretensiones. Era mucho hombre el tío Pedro y mucha mujer Rosalía para que a tontas y a locas se permitiera ningún mozalbete caer en aquel redal.

La tarde correspondiente a la noche en que el tío Pedro ordenó a su criado que no se preocupara de cuanto oyese en el mesón, llegó a éste, un tanto azorado, el señor cura, en busca del posadero:

—Tengo que hablarle a solas, Pedro — dijo el sacerdote por todo saludo.

—Pues dígame, padre, que solos estamos, y con buena lumbre a los pies — contestó el mesonero, liando un descomunal cigarrillo.

—Rosalía acaba de decirme algo que te importa mucho saber.

—Nada me dijo a mí, y a nadie mejor que a su padre pudiera contárselo.

—No se atrevió por tu carácter violento. Pero, en fin vamos al grano, porque la cosa urge: ya sabes que Luis, el hijo del notario, que es tan largo de malicia como desmedrado de cuerpo, corteja con insistencia a Rosalía hace tiempo.

—Lo sé. Pero no debe ir con buenas intenciones, porque no me cortejó a mi primero.

—Ahí le duele, Pedro. Luis se ha permitido decir hoy a Rosalía al salir de misa de doce que como no podía conseguir hablar con ella a solas, esta noche, ocurriera lo que ocurriese, penetraría a las doce en punto, en esta casa por la tapia baja del huerto.

El tío Pedro palideció, e instintivamente se puso de pie. Después dió dos chupadas al cigarro y dió con su frialdad de costumbre:

—Un poco altas me parecen que están para ese joven las tapias de mi huerto.

—Es que no trepará.

—¿Entonces...?

—Ahora mismo, gente cuya horadala pared con un pico, con el fin de abrir hueco para el paso de un hombre. Lo he visto yo desde el huerto, Pedro...

Una sonrisa brutalmente irónica abrió el contraído semblante del posadero.

—Bueno, padre — dijo después de reflexionar un momento —; cuando anochezca, usted me indicará el sitio. Después visitará usted al alcalde y a los señores concejales y les dirá que para un

asunto reservado y grave les espera aquí, a las once y media de la noche. Usted también vendrá, ¿eh?

—Bien, Pedro. Pero júrame que no matarás a ese joven extraviado.

—Se lo juro, señor cura. ¡Sería lástima emplear una onza de plomo en un conejo casero!

Sonoras y pausadas dieron las doce en el reloj de la modesta iglesia de Almorabia.

El huerto del tío Pedro estaba envuelto en la obscuridad. El mesón alzabase en el fondo negro y sombrío como un monstruo sin vida.

De improviso, en el silencio medroso de la noche resonó en el fondo del huerto un golpe seco y un grito angustioso, seguido de ayes desgarradores.

Inmediatamente al pie de la parte interior de la tapia formóse un grupo de nueve o diez hombres, que alumbrándose con teas y farolillos de aceite, rodeaban, silenciosos, el cuerpo desmembrado de un jovencuelo imberbe, que se retorció por el suelo lanzando dolorosos quejidos, fuertemente sujeto por el muslo izquierdo por una trampa de las llamadas de lobo.

—¡Sacadme de aquí! ¡Esto es una infamia! — gritaba el desdichado, pugnando por desasirse del férreo cepo, que le oprimía con sus dientes de metal.

Entonces se oyó la voz recia, reposada, inconfundible, del tío Pedro.

—Señores alcalde y concejales — dijo —; conseguí la caza de la alimaña; pero como no podría presentar su piel en el Ayuntamiento, porque el señor notario habría reconocido en ella la de su hijo, y se hubiera molestado un poco, he querido que fuerais testigos de que he ganado el premio que me corresponde por la ley. ¡Me lo habéis pagado tantas veces en mi juventud por lobos cazados en esa misma trampa!... ¡Y confesad conmigo que esta clase de bichos hace más daño en el mundo que los zorros, los lobos y los gatos monteses!...

El inclinándose despreciativamente, sacó de la trampa al magullado hijo del notario, y poniéndole en el hueco de la tapia por el que entrara momentos antes alegre y decidido, dijo:

—Aquí, en Almorabia a los que vivimos de nuestro trabajo, nos parecen tan despreciables los ladrones que ni siquiera nos tomamos el trabajo de matarlos cuando no pasan de intentos. ¡Vete!...

Y le asestó una formidable patada en las flácidas posaderas.

Arriba, en la casa, dentro de una habitación blanca como la nieve, mitad alcoba y mitad oratorio, escuchábase una voz argentina que musitaba oraciones dulcísimas, que siempre tenían el mismo poético comienzo:

—¡Por la santa memoria de mi madre!...

CHOCOLATE GODET EXTRA (PAPEL BRONCE)



Toda madre

que quiera ver a sus hijos robustos, no olvide que el Chocolate

GODET

EXTRA (PAPEL BRONCE)

reune excelentes cualidades nutritivas.

DANIEL BASSI Y CIA.
Bmá. Mitre 2538-54 - Bs. Aires

Una catarata en el mar.

Una catarata en el mar es fenómeno que parece imposible, y que, sin embargo, se produce diariamente, durante veintitrés horas, en las inmediaciones de Naruto (Japón).

La causa es muy sencilla: la marea, al correr de oeste a este, toca simultáneamente las entradas nor-

te y sur del Mar Interior; pero como Naruto está más próximo a la entrada norte, recibe la ola del norte algo antes de llegar la del sur. Por consecuencia, toda la fuerza de la ola de la marea, al penetrar por la angosta entrada, amontona el agua, elevándola unos cuatro metros sobre el nivel normal antes de que la ola del sur tenga tiempo de llegar allí.

Como el agua tiene que buscar su nivel, la tendencia inmediata de la pared de agua, de cuatro metros, es derrumbarse; pero llega la ola del sur y opone resistencia, y resulta que el nivel tiene que reajustarse gradualmente sus cuatro metros de diferencia durante el día

INDUSTRIAS MODERNAS



Educando gallinas para que pongan los huevos en las cajas especiales destinadas a la exportación.

siguiente, y el efecto es exactamente el de una catarata en pleno mar.

En la marea siguiente, las condiciones se invierten, y el "amontonamiento" de agua de cuatro metros se opera en el sur, descargando, por tanto, la catarata en sentido opuesto.

Banco Municipal de Préstamos.

El doctor Mario A. Carranza, con motivo de su renuncia de presidente del Banco Municipal de Préstamos, ha recibido un honroso homenaje de parte del Directorio y del personal del establecimiento, por su paso breve pero altamente beneficioso para la citada institución. Durante su permanencia, trabajó empeñosamente por el prestigio del Banco, con resultados altamente halagadores y por cierto que no se equivocaron las autoridades municipales al solicitarle su valioso concurso en momentos con que se necesitaba el prestigio de sus antecedentes intachables y de su inteligencia y ponderación bien comentada en su destacada actuación pública.

Durante la permanencia del doctor Carranza en el Banco, han sido habilitadas tres nuevas sucursales reclamadas como una necesidad pública en los barrios apartados; se ha adquirido un amplio terreno para levantar un edificio destinado a sucursal y se ha licitado la construcción de un piso más en la finca de propiedad del Banco situada en la Avenida de Mayo y que ocupa el local de exposiciones.

El doctor Carranza ha dejado así mismo, proyectada la reforma de la carta orgánica del Banco, que resulta hoy anticuada, circunstancia que impide dar mayor vuelo y elasticidad, a las operaciones en efectivo, como podría hacerse, dada la situación próspera en que se encuentra dicha institución.

Entre las varias iniciativas realizadas por el doctor Carranza, se destaca la rebaja de la tasa de interés de los préstamos, cuya resolución mereció el aplauso público.

Al retirarse del Banco, el doctor Carranza ha dejado a dicha institución un excelente estado de prosperidad y encauzada hacia grandes fines, como lo llegará a ser una vez que se reforme su carta orgánica y se amplíen las operaciones de crédito en efectivo.

El Judío Errante

Casi todas las leyendas y canciones populares que preceden de la Edad Media expresan grandes ideas morales o poéticas. El "Judío Errante" encierra un pensamiento también moral. Véase en él una alegoría del pueblo judío que sin cesar recorre todas las naciones con existencia errante para espiar un gran crimen; véase un castigo severo de Ahasvero, que por haber insultado los sufrimientos de Cristo y rehusado ofrecerle descanso en su casa, no halla en parte alguna reposo obligado a andar y vivir siempre; es lo cierto que semejante ficción poética tiene una intención moral muy decidida.

Es probable, no obstante, que esta tradición halló fundamento en una falsa interpretación de un pasaje de San Juan, capítulo XXI, versículos 22 y 23, cuando hablando de San Juan mismo dice: "Non moritur, sed sic cum volo manere donec veniam".

El testimonio más antiguo que hace referencia al "Judío Errante" es el de Mateo París, que al escribir esta leyenda, consultó una obra anónima antigua, escrita en alemán y dedicada a referir tan peregrina historia. Mateo París, en efecto, entre los acontecimientos del año 1229, dice lo siguiente:

"Por este tiempo llegó a Inglaterra, con cartas del Santo Padre, un prelado armenio. El papa invitaba en sus cartas a los obispos que manifestasen a su enviado las principales reliquias y que le hiciesen conocer el esplendor que el culto divino recibiese en Inglaterra. Muchas fueron las personas que se presentaron al prelado armenio para tener noticias fidedignas del Judío Errante, que entonces viajaba por Oriente, y se le hicieron diversas preguntas, a saber: si el Judío Errante vivía aún, en donde se encontraba, y cómo lo hacía para darse a reconocer. A estas preguntas el prelado armenio contestó que el Judío Errante se encontraba en efecto en Armenia, y uno de los auxiliares del arzobispo armenio dió los siguientes detalles. En aquel tiempo el Judío Errante era portero de Poncio Pilatos, y se llamaba Catafilo. Veía cómo conducían fuera del pretorio a Jesús y le vino la infame tentación de dirigirle un puñetazo a las espaldas para echarle más pronto de aquel lugar. Jesús le dijo: "El hijo del hombre se marcha, pero tú esperarás su venida". Catafilo se convirtió más adelante al cristianismo y fué bautizado con Ananías, recibiendo el nombre de José. Continúa viviendo todos los siglos, pues no muere nunca, únicamente cuando llegue a cumplir cien años vuelve a rejuvenecerse hasta la edad de los treinta años, que es la que tenía cuando Jesús fué crucificado. El adjutor del prelado armenio añadió a tan maravillosos detalles que su señor conocía perfectamente a José, el judío bautizado, quien había comido en la misma mesa del prelado hacía poco, y que cuando se le preguntaba acerca de los sucesos del tiempo de Jesús y de los apóstoles, contestaba con mucha mesura y gravedad.

José aseguraba haber visto salir los muertos de los sepulcros cuando expiró el Señor, y citaba sucesos relativos a los apóstoles y a los santos primitivos. Demostraba gran temor de que Jesús viniese a juzgar al género humano, convencido de que entonces terminaría su existencia. Le inquietaba mucho su comportamiento, pero demostraba al propio tiempo gran confianza en la clemencia del Salvador, porque sólo había pecado por ignorancia".

Después de Mateo París, uno de los autores más antiguos que hablaron del Judío Errante, fué Felipe Cuskes, que le hace aparecer en In-

glaterra al mismo tiempo que un arzobispo de Nicea. Dos personajes alemanes le vieron en Hamburgo en 1547, y entonces se llamaba Ahsavero, y bajo este nombre es conocido generalmente. En 1575 se le encontró en los Países Bajos; en 1603 en Lubeck; en 1604 en Francia, y en 1608 se publicó en Burdeos un folleto con este título: "Historia verdadera de un Judío Errante". Desde entonces el Judío Errante parece quiso residir en Europa, pues en 1616 apareció en Bélgica. Publicáronse relaciones y noticias acerca de él, y una de ellas declara que en 1545 residió en Hamburgo, donde le vió Pablo Van-Eitzen, doctor en Teolo-

gía y obispo de Estrasburgo; que en 1599 Ahsavero se hallaba en Viena de Austria, en 1601 en Lubeck, y en 1614 en Moscou.

De todas las apariciones que el Judío Errante hizo en Europa, la más importante y conocida fué la del 22 de abril de 1774, en Bruselas, donde le vió, según la canción, una porción de gente. Después se le encontró en Cronach, en Rotemburgo, en Windsheim y otras ciudades.

En nuestro siglo la tradición del Judío Errante es difícil de seguir. Sólo se han ocupado de ella en Francia Mr. Edgardo Quinet y Mr. Eugenio Sue, como es bien sabido.



¿Estoy linda hoy?...,

se preguntan las chicas mirándose al espejo. Es claro, hay días en que una se encuentra mejor que de costumbre.

La belleza, debe ser para todos los días y para lograrla hay que disimular pequeños defectos, utilizando un buen polvo para la cara.

Nosotros sabemos fabricar, con materias primas de primera calidad,

POLVO GRASOSO
PARA LA CARA

en diferentes tonos y perfumes, que lo vendemos, sin lujo, en paquetes de 1/8 de kilo a \$ 0.70.

Haga una prueba; la dejaremos contenta y habrá hecho una seria economía.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

CONGRESO DEL EMPLEADO PÚBLICO



El presidente de la comisión organizadora del Congreso del Empleado Público, haciendo uso de la palabra en la sesión inaugural.

Comité de la Juventud Irigoyenista



Durante el acto de la designación de las autoridades del Comité de la Juventud Irigoyenista. Resultaron electos los señores Amable Gutiérrez, presidente; doctor Guillermo Sullivan, vicepresidente y Eduardo Colom, secretario.

Demostración



Concurrentes al banquete con que los empleados de la revista "Veritas" obsequiaron a su director, señor F. Antonio Rizzuto.



Una vista parcial de la concurrencia congregada en el local del Prince George's Hall, donde se realizó el Congreso.

TEATROS



Intérpretes de "Le miserie d'Monssú Travett", obra representada con éxito por la Compañía Città di Torino, en el teatro Marconi.

Sociedad Unión de la Boca



Recepción efectuada en la Sociedad de Socorros Mútuos Unión de la Boca, celebrando el quincuagésimo aniversario de su fundación. — El señor Craviotto haciendo uso de la palabra.

MACTH DE FOOTBALL



Equipo de Boca Juniors que empató el partido jugado contra Huracán.



Cuadro de Huracán, que sostuvo el encuentro con Boca Juniors, sin que hubiese vencedores ni vencidos.



MARPLATENSES



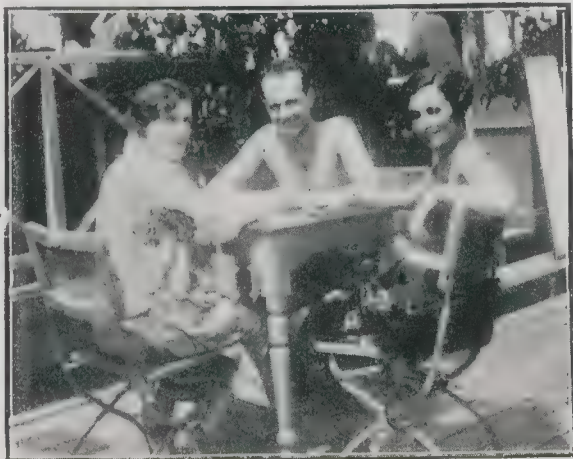
Señoritas Silvia J. Ramayón Arias y Leonor y Ana María Lovato Ramayón.



Señoras de Pegasano y de Togneri, señoritas Elsa Togneri y Delia Colesceti, arquitecto Raúl Togneri, comendador Ferruccio Togneri y señor Manuel Pegasano.



Señores Vicente Console y A. Mollo.



Listos para el copetín



Señorita de Seré



Un ingénuo poeta aprisionado por un peligroso triángulo femenino: señoritas Elena Moulis, Cecilia Soulés y Clelia Ruiz



Celia y Elsa Prada.



Reneé Mongay



Tucídides Soldano



Peggi y Carlitos Domecq García



Aristides Soldano



María Adela Soldano



Martín Goicoa Pereyra



Coquita y Chiquita Prada

La odisea de los aviadores uruguayos

El mayor Tydeo Larre Borges, piloto del hidroavión "Uruguay", su hermano, capitán Glauco Larre Borges, segundo piloto; teniente Luis A. Ibarra, jefe de ruta y mecánico José Rigoli, a bordo del cañonero español "Bonifaz", acompañados del comandante de dicho buque, del cónsul del Uruguay en Las Palmas, de las autoridades de dicha localidad y de la oficialidad del Bonifaz, poco después de su arribo a Las Palmas, procedentes de Cabo Juby. (La presente nota gráfica fué expresamente obtenida para FRAY MOCHO, por nuestro activo corresponsal fotográfico en Canarias, señor Teodoro Maiseli, quien acompañó a los aviadores en la travesía de Cabo Juby a Las Palmas).



Los valientes aviadores, durante su permanencia en Cabo Juby. A la derecha: uno de los intérpretes moros que intervinieron en el rescate.



Los pilotos del "Uruguay", en franca camaradería con la guarnición militar de Cabo Juby, a su llegada a dicha posesión española.



El mayor Larre Borges y el comandante del "Bonifaz", posando para FRAY MOCHO, a bordo de dicha nave, mientras saborean las frutas de aquella región.



Los aviadores uruguayos al desembarcar en la terraza del Real Club Náutico, de Las Palmas, donde fueron recibidos por las autoridades y por nuestro representante don José del Jesús Franco, quien los saludó en nombre de FRAY MOCHO.



Vista del fuerte de Cabo Juby y de la residencia del alto comisario español, teniente coronel de la Peña, gracias a cuyas hábiles gestiones fueron prontamente rescatados los aviadores del poder de los moros.



NOTAS EXTRANJERAS



PARIS. — El nuncio del Papa, monseñor Maglione, despidiéndose del cuerpo diplomático después de su discurso en el Eliseo.



WASHINGTON. — Los maestros Benter y Standard, directores de las bandas del Ejército y Marina estadounidenses que han ejecutado unidos varios conciertos de música sudamericana.



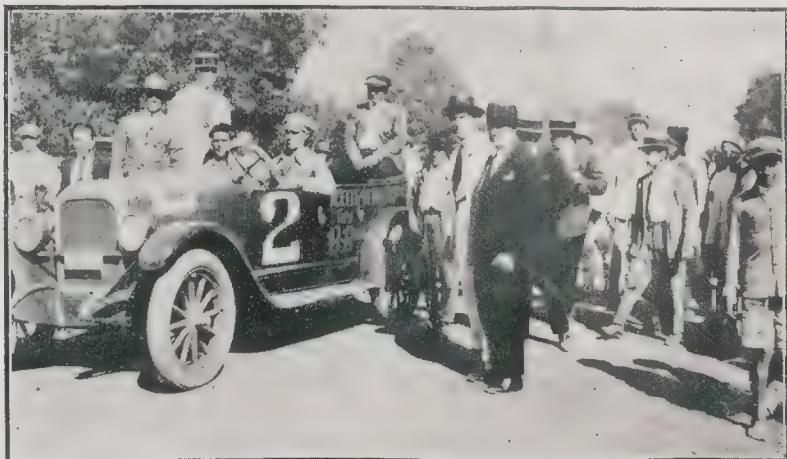
TURIN. — Carroza alegórica "El arte musical", que obtuvo el primer premio en las fiestas de Carnaval.



"Gianduja y Giacometta", con las odaliscas que le acompañaron a Trípoli, conjunto que constituyó otro éxito carnavalesco.



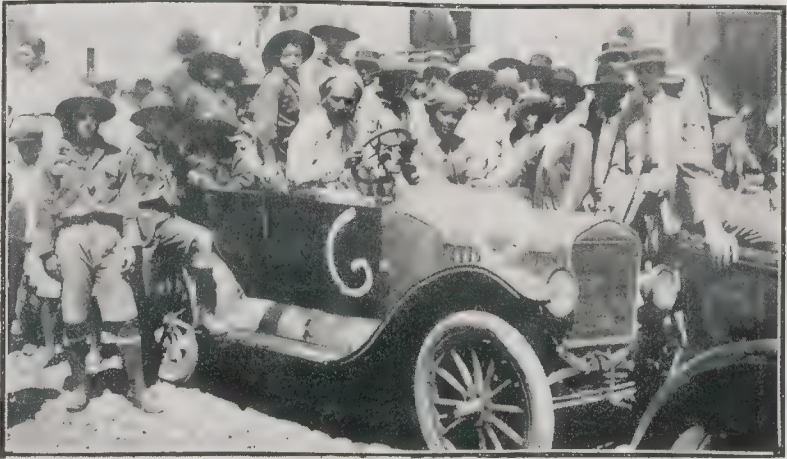
MONTECARLO. — El doctor Enrique Feimann visitando el Museo Oceanográfico, acompañado del secretario del ministerio de Estado de Mónaco, M. Mauran, y del director del instituto, Dr. Richard.



ASUNCION (Paraguay). — El automóvil Rugby, ganador de la primera carrera automovilística realizada en dicho país y organizada por el Touring Club Paraguayo.



El automóvil Ford, guiado por Atiliano Alvarez, que se adjudicó el segundo puesto en la mencionada carrera.



El coche vencedor, pilotado por Graciano Elizalde, llegando a la meta
Fots. Carron.



Actualidades cinematográficas



Tres escenas de la super-producción Warner Bros., "Don Juan", de la cual es protagonista John Barrymore, el célebre actor y galán insuperable, y que es la primera extraordinaria que ofrece la Sociedad General Cinematográfica. Su estreno ha sido fijado para el domingo 17 de abril.



Escena de "Su noche de amor", producción extraordinaria de Goldwyn para Artistas Unidos, que interpretan Ronald Colman, Vilma Banky y Montague Love y con la cual dicha compañía abrirá su temporada.

Escena de "El circo se va", comedia dramática interpretada por Viola Dana, George O'Hara, Ralph Lewis y Ralph Ince, que la New York Film exhibe desde el domingo último.



Bert Lytell y Marceline Day en "La modelo de París", que la Corporación estrenó el último domingo.

Vera Reynolds en "Rayito de sol", que Glücksmann exhibe desde el anterior domingo.

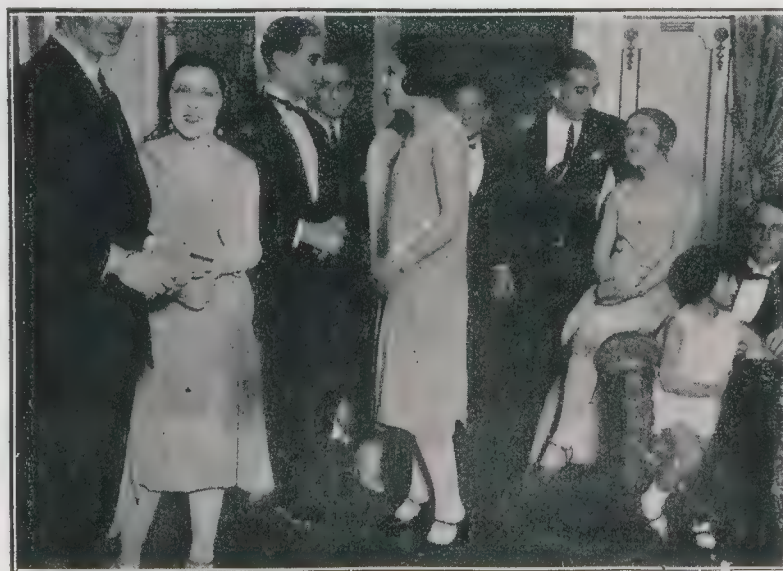
Olive Borden y Ralph Graves en "La hija de Valencia", que la Fox estrenará pasado mañana.

*La visita del Ministro
de Justicia e Instrucción
Pública a Santa Rosa.*

La señora Sara Sagasta de Sagarna, esposa del ministro de Justicia e Instrucción Pública, rodeada de las damas que integran la comisión directiva de la "Sociedad Pro Liberados", las cuales organizaron un acto de homenaje a la mencionada señora.



A la izquierda: el ministro doctor Sagarna, las señoras María Elvira Vieyra de Amallo y Sara Sagasta de Sagarna y el gobernador de La Pampa, señor Ignacio Laza, ocupando la cabecera de la mesa en el lunch que le fué ofrecido por los residentes entrerrianos en la casa del doctor Amallo. — A la derecha: otro aspecto de la mesa.



Dos vistas tomadas durante la brillante recepción ofrecida por el doctor Martín Amallo, en su residencia particular, en honor del ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Sagarna. Fots. Quiroga.

De Rosario de Santa Fe



ENLACES. Susana Puccio-Raúl Delleplane. Ercilia Miglianini-Salvador Herrera

Angelita Viana-Albino Bustinza

Adela Leger-Dr. Raúl Alberto Carré



= De Carhué =



Señor Pedro Imaz y señora.



Señoritas de Jáuregui y Prieto Cané y señor Prieto Cané



Señora Ana S. de Bearné y su hijita



Señor Antonio Anchorena, su esposa e hijo.



Señora Emma E. de Marchesi



Señorita María L. Rodríguez



Señora L. H. de Insúa



Señor José Uribe Echevarría y familia y señorita de García



Señor Luis Astorga y su esposa, señora María G. Leibene



Los que más se divierten



Doctor Mario Carranza y señoritas María Inés Noceti y Tina Miranda Naón



Doctor Emilio Zorraquín



Doctor A. E. Magariños



Señoritas Ona y Ana Pelliccioni
Fots. Carretero



INFORMACIÓN GRÁFICA DEL INTERIOR



PUFINO. — El señor José Paladino, rodeado de sus hijos y nietos en ocasión de su cumpleaños y con motivo de su jubilación en el F.C.P.



MERCEDES. — Concurrencia, infantil al baile de disfraz realizado en casa de los esposos Bustos Fernández-Tiscornia.



SAN CAYETANO. — Dos aspectos de la concurrencia que asistió al baile de disfraz realizado en los salones del Club Social.



GUATRACHE. — Señor Juan del Campo y familia.



Señor Arturo Julio Gatramonta



Familias de Rubio, Pinilla y Garcer.



BUENA ESPERANZA. — Carroza ocupada por las señoritas de Reviglio y Paredes, que obtuvo el primer premio en el Carnaval.



SANTA ROSA. — Amanda Ferreti y Nélida Alcayaga.



LOMAS DE ZAMORA. — Niños de Zangari.



Celia y Amelia Armengon

Os acordáis de esa horrible tragedia que narraron todos los diarios hace años, que puso en jaque a toda la policía, que atemorizó a toda la sociedad y cuyo autor quedó siempre ignorado? No creo que, a pesar del tiempo transcurrido, haya podido borrarse de la mente de ninguno, pues el horror que despertaron los detalles del crimen, narrado por todos los periódicos, fué intensísimo, y por mucho tiempo el misterioso autor de él fué el joco de grandes y chicos de timoratos y valientes.

Me refiero al asesinato de Claudio Monfort, en una quinta del Miguelete. El solo nombre de la víctima evocará, en los que me lean, todos los pormenores de la horrible historia. Una mañana de invierno del año 1887, el peón encargado de hacer la limpieza en la quinta de Sansené, arrendada entonces a Claudio Monfort, salió despavorido de la casa dando gritos que alarmaron al vecindario. El pobre hombre, que figuró luego en el proceso, contaba con gesto de espanto y palabras entrecortadas, que el cadáver de su amo se hallaba en una habitación, horriblemente mutilado y sin cabeza. En breve formóse un corrillo en torno de Pascual Invernizio, — así se llamaba el peón, — que escuchaba con afán su desordenada e incoherente narración. Y como prueba fehaciente de sus dichos, mostraba sus manos y sus ropas manchadas de sangre. Entrando a oscuras en la habitación donde se había cometido el asesinato, Pascual Invernizio había tropezado con el cadáver de Monfort y caído de bruces encima de él. Horrorizado, había corrido a una de las ventanas, y, al abrirla, la luz del día le había descubierto la espantosa tragedia. Claudio Monfort yacía sobre el pavimento sin cabeza, — conocíasele por las ropas, — en medio de un charco de sangre, y horriblemente mutilado.

Cuando el infeliz Invernizio recobró los espíritus y sosegó el temblor de sus nervios, comprendió cual era su deber. Los vecinos que le rodeaban se lo decían claramente hacia rato, sin que él lograra entenderlos, — tan grande era su excitación. — Enderezó, pues, a la comisaría seccional y denunció el crimen.

El señor comisario le oyó atentamente, le miró de soslayo, y, sin perder mucho tiempo, se encaminó, seguido de Pascual Invernizio, de un oficial inspector, dos agentes y numerosos vecinos, al sitio del suceso. Por el camino hizo varias preguntas al italiano denunciante del crimen, y le observó con más cuidado. Su excitación, la vaguedad de sus afirmaciones, el estado de su persona, engendraron las primeras sospechas del señor comisario. Los datos y circunstancias posteriores transformaron las sospechas en casi certidumbre, y sabido es que aquel infeliz fué por algún tiempo el presunto autor del crimen. Después se comprobó su inocencia y fué puesto en libertad.

Al entrar en la quinta de Sansené, el comisario observó que las puertas y cerraduras no presentaban muestra de violencia. Sobre la arenilla del jardín se veían las pisadas de dos hombres, que habían caminado el uno al lado del otro, desde la verja que da a la calle hasta el vestíbulo de la casa. Todo el día anterior había llovido incesantemente, y esta circunstan-

El crimen de Juan Urizar

Por Victor Pérez Petit

cia contribuía a que las huellas resultaran más patentes y claras. Sobre las piedras del vestíbulo se veían largas manchas de barro. Los dos hombres debían de haberse limpiado los pies antes de entrar a la casa. Dentro de ésta, en la primera habitación, no había nada de particular. Una puerta, situada a la izquierda, daba paso a una segunda pieza, y en ella era donde se había cometido el crimen. Era el dor-

guita al día siguiente, domingo: "Tu amiga no se aburrirá, — decían los últimos renglones, — porque..." La mano de Monfort no había podido escribir más.

El cuerpo de este yacía en medio de la habitación. El señor comisario no quiso verificar más y transmitió el aviso del caso. Algún tiempo después, llegaron el Jefe de Instrucción y el Jefe Político. Se comenzó a estudiar los detalles del

consumada su obra de destrucción, se había retirado tranquilamente. Un detalle que llamó la atención desde luego: la lapicera con que Monfort había escrito su última carta, no aparecía tampoco, por ningún lado.

Dos días después se encontraron la cabeza de la víctima y la lapicera entre un maizal, a los fondos de la quinta. Y el ensañamiento del matador se revelaba una vez más en aquel nuevo despojo. Los ojos habían sido saltados de las órbitas con la lapicera, y con la pluma de la misma se habían inferido numerosas heridas en las mejillas. Por lo demás, el hallazgo de la cabeza descubrió a la justicia cómo había sido muerto Claudio Monfort. Una terrible herida de arma contundente sobre la parte superior del cráneo demostraba que aquel había sido atacado por detrás. Se evidenciaban así la alevosía y el ensañamiento del delincuente.

¡Y bien, sí! Alevosía y ensañamiento y traición, cobardía y odio, — todo eso hubo en el asesinato de Monfort. El que le dió muerte lo hizo con toda premeditación, con toda sangre fría, obrando sobre seguro y con plena conciencia de lo que hacía. Lo mató cobardemente por detrás, porque temía a la víctima, y lo mató con alegría salvaje, cebándose en su cadáver, porque lo odiaba con toda la fuerza de su alma. ¡Y yo fui el que le asesiné, yo, Juan Urizar, yo su íntimo amigo, yo el criminal misterioso que en vano buscó la justicia, yo que realicé la venganza más hermosa de mi vida de mi vida opboeb cuentro ahora, en la hora de mi muerte, un destello de alegría y un albor de infinita felicidad! ¡Yo, yo soy el asesino de Claudio Monfort!

Pero no quiero marcharme de este mundo sin dejar escrita aquí mi venganza. Hace breves momentos, el médico se separó de mi cabecera y se detuvo un instante en la pieza inmediata. Hablaba con alguien en voz baja; pero por bajo que hablara, le oí decir: "No hay nada que hacer. No pasará del día de mañana. ¡Pobre amigo! se nos va como un pajarito, como un pajarito que ha sido toda la vida: un tímido, un impotente, un medroso... ¡Pobre amigo!" — Y otra vez dijo: "Sí, ha sido un buen hombre: si no ha hecho bien alguno, por falta de voluntad, tampoco ha hecho mal, por sobra de pequeñez". — "Así, así, — contestó el médico alejándose; — un buen hombre, un pajarito..."

¡Oh! ¡Un timorato, un impotente, un infeliz, yo! ¡Yo, que he acometido la empresa más terrible; yo, que he realizado la venganza más tremenda! ¡Un pajarito! Sí, oíd a este tímido pajarito, a este pobre de espíritu, a este medroso, a este incapaz del bien y del mal, y veréis cómo un día, en su oscura existencia, cobró alas de gavilán, y sintió que tenía garras y concibió la idea de hacer una presa! Oíd a este buen hombre, y veréis cómo por odio, por odio feroz, se transformó en fiera y derribó a su víctima, y se regocijó viendo correr su sangre, y se cebó en su cadáver con una alegría salvaje e inaudita! ¡Oíd mi historia — la historia de mi venganza — y veréis si he tenido alguna vez voluntad, si he tenido valor alguna vez, si alguna vez he sido alguien!

Pidan

"QUILMES
CRISTAL"

La mejor cerveza

mitorio de Monfort, y nada en él revelaba el desorden de una lucha. Sólo una silla volcada, cerca del cadáver, podía hacer suponer que la víctima estaba sentada antes de ser herida. La silla estaba cerca de una mesa, pero en ésta no se veía desorden alguno. Dos o tres novellitas de la colección *Demimonda* ocupaban un ángulo de la mesa; en otro, había una pila de diarios viejos, y encima de ellos una cigarrera con algunos pitillos; en el centro, al lado del tintero, una lámpara apagada, y sobre una alfombra un pedazo de papel, en el que se había empezado a redactar una carta para una muchacha de vida alegre, invitándola a que viniera a la quinta con alguna ami-

hecho. El cuerpo del desgraciado Monfort había sido horriblemente mutilado. El criminal había llenado el cuerpo de feroces cuchilladas. Sólo en el pecho y en el vientre tenía veintitrés heridas profundas. Los pantalones, desgarrados, dejaban ver sobre las piernas varias heridas, y ambas rodillas habían sido deshechas con un arma pesada y contundente. Con la misma debió triturarse la mano derecha de la víctima, que tenía las falanges de los dedos deshechas y toda la carne destrozada.

Se buscó la cabeza en vano por toda la casa. Las habitaciones y muebles no presentaban signo alguno de desorden. Evidentemente no había habido lucha, y el criminal,

Eramos con Claudio Monfort compañeros desde la infancia. No voy a hacer la historia de toda mi vida, porque no tengo tiempo para ello: la muerte me sorprendería antes de haberla terminado, y no hay cosa más simple que un viajero que, por cortarse las uñas, se olvida de abrazar a su familia y corrió desoladamente a coger el tren que se marcha. Suministraré los detalles indispensables para que se comprenda fácilmente la índole de mi carácter y el ascendiente que Monfort tenía sobre mí.

Nos conocimos en el colegio. Yo tenía ocho años y Monfort once. Yo era un chiquillo enfermizo, débil, timorato, vergonzoso; él era un muchachón robusto, alegre, atrevido y desfachatado. Yo sabía siempre mis lecciones y conquistaba todos los premios escolares; él no las aprendía nunca y se pescaba todas las penitencias inventadas por los implacables maestros de entonces. En el recreo, yo no jugaba porque tenía vergüenza de saltar y gritar delante de los demás alumnos y porque temía las discusiones y castigos que tan fácilmente se suscitan por una trampa en el juego; él, en cambio, corría y aullaba como un endemoniado, discutía con todo el mundo y a menudo, por trapisondas que él mismo combinaba para salir siempre ganador en el juego, quedaba desafiado con algún condiscípulo para la hora de la salida. Y en la esquina misma del colegio, cuando nos retirábamos todos a nuestras casas, aquel demonio de Monfort se enredaba a puñetazo limpio con su adversario, hasta quedar uno de los dos vencidos. A veces, lo amilanaba a su contricante; otras, le tocaba a él la peor parte. Pero siempre recogía con igual flema sus libros y cuadernos, y, todo desgredado, rotas las ropas, sudoroso y lleno de mojicones, se marchaba tan campaneante a su casa. Yo me hubiera muerto de miedo y de vergüenza. Tal vez yo fuera tan fuerte como algunos que me provocaban, pero mi natural timidez me hacía rehuir la lucha. Yo mismo no conocía la fuerza de que podía disponer.

Todo mi modo de ser dependía de la vida que llevaba en mi hogar. Bajo la dirección de una madre que me idolatraba (había perdido a mi padre desde muy pequeño), no encontré en torno mío sino caricias femeninas y halagos que endulzaban mi carácter. Cosido a las enaguas de mi santa madre, me identificaba con su bondad y dulzura, oía sus consejos como la revelación divina y seguía su ejemplo sin discutirlo. El amor materno que me rodeaba me hacía bueno; las costumbres, ideas y gustos que regían en mi hogar, me hacían pundonoroso, tímido y reservado; el cuidado exagerado que se prestaba a mi persona, me convertía en un ser débil y frágil.

Cuando empecé a frecuentar el colegio, el roce con las demás criaturas me espantó. Sus modales me asombraban, sus gritos me aturdí, sus movimientos bruscos me llenaban de susto, sus palabrotas hacían encender mis mejillas. Yo ocultaba mis ideas y sentimientos, mis gustos y hábitos, para que no se rieran de mí. Recuerdo que habiéndome dado una vez mi buena madre una botellita con leche para que la bebiera en el recreo, no me atreví a hacerlo delante de los compañeros y fui a encerrarme en el excusado para beberla. En otra

ocasión, mi pobre madre, con la idea de vestirme bien, me puso por corbata una hermosa cinta de raso en torno de mi cuello a la marinera, yo avergonzado de tal atavío, me lo saqué en la calle, fui sin corbata al colegio y sólo me la volví a colocar al regresar por la tarde a mi casa.

Era yo entonces un chico delgado, pálido, bastante feo. Mis condiscípulos me hacían burla, y yo me escondía en los rincones para llorar. Un día, uno de aquellos demonios me tiró del cabello, y yo no le dije nada. Al día siguiente todos tenían que hacer con mis pelos. Unos más osados que los demás, me dió un papirotazo en una oreja, y tan poco le dije nada. Entonces todos se envalentonaron conmigo. Fui la víctima de la clase; fui el hazme reír de todos.

El pan había rodado por el suelo, y yo le cogí medrosamente. Monfort se volvió hacia mí y me dijo:

—Otra vez que te dejes insultar por alguno, te pego unos coscorrones.

La ayuda de este compañero, a pesar de su amenaza, me llenó de agradecimiento. Pero los demás condiscípulos hicieron buenas migas del suceso. Sabido es que las criaturas tienen un gran fondo de perversidad. La debilidad ajena enconaba su espíritu agresivo. Experimentan un gran placer en martirizar al apocado, en afrentar al vergonzoso. En esos pequeños seres, más cercanos al ángel que al hombre, la maledicencia está tan desarrollada como en los seres más abyectos. No es de extrañar que sacaran partido de la ayuda que

NO HAY ESCAPE



El domador. — ¡No te puedo sufrir! ¡El mejor día me dejó tragar por un león! Ella. — ¡Me como al león!

En estas circunstancias, trabé relaciones con Monfort. Fué durante un recreo. Un muchacho malo y pendenciero me exigió le entregara una rebanada de pan con manteca, que yo estaba comiendo silenciosamente en mi rincón. Quise negárselo, y el tuno me acomodó un par de mojicones y me quitó el pan. Monfort, que estaba cerca, se me puso furioso.

—Porqué te dejas quitar el pan? ¿Porqué no le das unas trompadas? — me dijo duramente.

—Yo no sé... — repliqué, muerto de vergüenza y con esa estupidez propia de las criaturas débiles.

Entonces Monfort se volvió hacia el otro, y autoritariamente le dijo: —Dale el pan a ése.

—¿Y a tí que te importa? — contestó el otro.

—Me importa. Dale el pan a ése.

—No quiero.

—¿No querés? ¡Una gran...! ¡Yo te voy a dar.

Y en menos que se cuenta, cayó como un rayo sobre su contricante y le administró una serie de puñetazos, que a mí me supieron a gloria.

me prestó Monfort en aquella ocasión, y que diera en la flor de decir que si me había defendido era porque yo le servía de mujercita. Desde entonces, la calumnia ni se discutió siquiera. El mote de "doña Juanita" me quedó grabado en la frente como un estigma infamante.

Monfort conocía lo que de ambos se susurraba, y no protestó. Se reía socarronamente. Él, también me llamaba "doña Juanita", y esto concluyó por convencerlos a todos. Y, sin embargo, ¡bien sabe Dios que yo me hubiera muerto de vergüenza antes que ser lo que ellos decían! Yo era hombre, muy hombre; pero me faltaba valor para demostrarlo; y en el entretanto, con ser tan hombre para mí mismo, lloraba a solas como una mujer.

Así pasaron los abominables años escolares. A Monfort no acababa de entenderlo. No permitía a nadie que me castigara ni ofendiera; pero él se reservaba el privilegio de hacerlo. Me cacheteaba lindamente y solía decir, con aire de conquistador que yo era su mujercita. Empecé a odiarle más que a todos los otros juntos. Su bondad para conmigo me humillaba;

sus castigos me exasperaban. Tenía una manera especial de tocarme la cara que me llenaba de vergüenza. Sin embargo jamás intentó nada deshonesto. Le bastaba, sin duda, la fama que había adquirido a mi costa. Y como él era el más fuerte no me atrevía a desmentirle valientemente. A solas conmigo, se mostraba bueno y generoso; me daba sanos consejos; me animaba para que zurrara a alguno de los compañeros a quien yo odiaba; hasta me insinuaba la idea de alguna traición... Pero yo no osaba; y él, entonces concluía por sacudirme dos o tres sopapos. Yo le odiaba con todo el corazón.

Abandonamos el colegio y no volvimos a vernos durante ocho o diez años. Había yo perdido a mi madre y vivía con una tía anciana, que se había hecho cargo de mí. Estaba empleado en una casa de comercio y seguía siendo el tímido de siempre, aunque algo había progresado: ahora sabía disimular. Los compañeros de registro me tenían por taciturno, un monomaniaco. ¡Algo era algo! Dábame bromas a veces, pero no persistían viendo mi pertinacia en permanecer aislado. Yo cumplía estrictamente mis deberes, y, a la caída de la tarde, volvía a casa de mi tía. No salía a pasear de noche. A pesar de mis dieciséis años, no conocía aún mujer alguna: ruborizábame la sola idea de ir de juerga.

Así las cosas, volvió Claudio Monfort a cruzarse en mi camino. Regresaba una tarde a mi domicilio, cuando un hombrachón me interceptó el paso.

—¡Hola, Juan! ¿Qué andas haciendo? ¿No te acuerdas de mí?

Yo le miraba, cohibido, sin reconocerle. Era un hombre alto, moreno, de bigotito retorcido, bastante bien vestido.

—No tengo el gusto murmuré un tanto molestado.

—¡Cómo! ¿No me reconoces? Claudio, Claudio Monfort, hombre! Tu amigo del Instituto Varela... Dame un abrazo.

Y me estrechó fuertemente, me sacudió largo rato, me llenó los oídos con sus exclamaciones y risas. Él me había reconocido en seguida. Pero, ¿qué era de mí? ¿en qué me ocupaba? ¿me había despabilado ya?

—¡Vaya, vaya con el amigo Juan! Ya estás hecho un hombre. Conque ¿perdiste a tu mamá? ¡Pobre muchacho! ¿Y estás empleado ahora? ¡Anda! Vente conmigo, vamos a tomar un vermuth...

Y me arrastró consigo. Desde entonces volvió a mezclarse en mi existencia. Me trataba cariñosamente, con la franqueza de viejos amigos, como a un hombre. A veces se burlaba de mis ideas, pero siempre de buena manera. Yo no era el chiquillo de antes, aunque conservaba mi carácter temeroso. Él era el mismo diablo de antaño, pero tenía el sentido de las conveniencias.

Por mucho tiempo nos tratamos, sin que la más mínima sombra enturbiara nuestra amistad. Andábamos siempre juntos, sin que la menor disputa le diera ocasión para zaherirme. Yo notaba la superioridad de Claudio; reconocía mi pequeñez; no me hubiera atrevido jamás a ponerme en pugna con él. En cuanto a él, parecía no acordarse del colegio, ni de mis humillaciones, ni de su ascendiente. Era campechano, alegre, bueno. Durante este período de mi vida, llegué a es-

timarle, perdonándole todo el daño que me había hecho: tal vez era ésta una nueva forma de mi cobardía.

Pasaron luego doce años sin volverle a ver. Se había marchado para Buenos Aires, a trabajar. Yo era ya un hombre. Vivía solo. Cortejaba una señorita, Alina Monfort, una prima de mi amigo.

Bruscamente apareció Claudio. Volvía a establecerse en Montevideo, y nos encontramos en casa de Alina. Yo me sentí fastidiado con su presencia. En cuanto a él, no sé lo que experimentó al enterarse de nuestros amores; pero dijérase que recibió de mal talante la noticia.

¡Y de tan mal talante! ¡Como que le gustada la primita, según supe después, y no había de resignarse a que yo le soplara la dama!

Sin embargo, su manera de ser a mi respecto había cambiado mucho. Eramos ya, los dos, hombres, y como a hombre me trataba. Me hablaba seriamente, sin superioridad, con la llaneza común a los viejos conocidos. Pero de bromas, nada. Dijérase que la situación especial en que me encontraba, respecto a su prima, le contenía en sus avances.

Alina, mi novia, le tenía más bien fastidio. Hablando algunas veces de él, me había dicho que era un fatuo y un perverso. Censurábele también su haraganería, que le llevaría en breve a la ruina, pues no era muy grande la hacienda que le había dejado su padre al morir. Además de eso, era muy bruto: no sabía nada de nada, como no fuera hablar de su hermoso físico y de sus corbatas.

Yo asentía a todos estos respuestas, bañándome en agua de rosas; y como el tal Monfort estaba entonces en Buenos Aires y no podía desmentirme, me despachaba a su respecto y le contaba a su primita bonitas hazañas que surgían en mi cerebro hosco y vengativo. Así, por ejemplo, en cierta ocasión le conté que Monfort se las había visto muy apuradas en una rifa con un compañero, y que, sin mi intervención, hubiera sido humillado vergonzosamente. Otra vez le narré no sé que historia de un feo hurto, en el cual Monfort había llevado la peor parte, sufriendo la afrenta de todo el colegio. Pintaba su ignorancia con ribetes de estupidez y dejaba entender muy claramente que era yo quien le hacía todos los deberes de clase. El episodio aquel del trozo de pan con manteca se lo cargué a su cuenta, y yo asumí el rol de protector. ¡Sí, no había duda, la señorita Alina, con mis historias, tenía en buen concepto a su señor primo!

En cambio yo me enaltecí con esas narraciones. Mi novia me adoraba. Teníame por un hombre serio, reflexivo, valeroso e inteligente. La vida me sonreía al fin y un rincón del Paraíso se entreabría para mí.

Fué en esta época que tornó Claudio Monfort a cruzarse al paso. Alina le recibió friamente; él no pareció hacer caso. Yo le di un fuerte apretón de manos, no atreviéndome a darle una puñalada. En cuanto a él, no pareció enterarse de nada. Hablaba a su prima como le había hablado de pequeña; y aun en presencia mía le daba bromitas picarescas. Hacíase como el que no sabía de nuestros amores. No quería ver en mí un rival, sino un amigo de la casa.

Cuando me encontraba en el salón, junto a mi amada, venía a sentarse entre los dos y a aburrirnos con sus pláticas. Evidentemente, lo hacía de propósito. Yo le trataba con estima, pero cuidando de no familiarizar mucho la conversación no fuera el diablo a tirar de la manta y a hacer que se descubrieran las patrañas que le había contado a mi novia. El me demostraba cariño y no me hería de manera alguna.

Con todo, su pertinacia en interrumpirnos y molestarnos, concluyó por fastidiar a Alina. En varias ocasiones, por temor, hube de disuadirla de que le echara a paseo. Mas él insistía siempre, y un buen día, habiéndole hablado, en mi ausencia, de amor, se vió ella obligada a hablarle categóricamente.

—Demasiado sabes que tengo amores con Urizar. Déjame pues, tranquila y no me vuelvas a fastidiar con tus requiebros. Además, te suplicaría que no nos molestaras cuando estamos en el salón.

bre apocado nadie le considera ni nadie le respeta. Si tú mismo no te haces valer, nunca serás más que un triste empleadillo; y si no demuestras más valor, no te aconsejo que te cases... Hijo, no lo digo por herirte; pero tú sabes tanto como yo, que en hacienda descuidada entran mejor los ladrones. Refórmate, chico. Sé hombre. ¡Qué diablos! Golpéate con alguno, aunque te duela; pero por lo menos, sabrá el mundo que tú también golpeas cuando quieres y es necesario.

Aquella misma noche nos encontramos en casa de Alina. No recuerdo como salió en medio de la conversación el nombre de una señorita María Coblenz.

—¿Te acuerdas, Claudio, de la princesita, como la llamábamos todos? — preguntó la mamá de mi novia.

Y ésta, para no perder sin duda la oportunidad de aplicarle un alfilerazo a su primo, dijo:

—¿No ha de acordarse? Puede que aun le duelas las calabazas que

La armonía del mundo

Cuando la creación estaba nueva y todas las estrellas brillaron con su primer esplendor, los dioses se reunieron en el cielo y cantaron: "Oh, cuadro de la sublime perfección! ¡Hé aquí el goce sin mancha!"

Más, uno exclamó: "Me parece que en la corona de luz hay una fractura y que una de las estrellas se ha perdido".

Rompióse la cuerda de su arpa, calló su canto y todos exclamaron dolorosamente: "Verdad, aquella estrella perdida era la más hermosa, la gloria de los cielos". Desde aquel día se la busca incesantemente, y del uno al otro va el clamor de que, en la estrella perdida, se fué el placer del mundo.

En el más profundo silencio de la noche, las estrellas sonrien y entre ellas, por lo bajo, se dicen: "¡Qué vano es su empeño! ¡No ven acaso que la perfección sin mancha lo llena todo?"

Rabindranath Tagore

Monfort oyó la filípica, sonrió tomando a broma la cosa, y se marchó. Pero, desde entonces, su actitud para conmigo, varió algo. Me trataba más campechanamente, me demostraba mayor cariño y se permitía bromear conmigo.

Yo empecé a encontrarme nervioso con su presencia. En algunas de sus frases descubrí ironías que me helaban la sangre. Me daba palmadas en la espalda, delante de Alina, que me llenaban de miedo.

Fuera de aquella casa, Monfort no me hablaba nunca de mi novia ni me hería de manera alguna. Antes, por lo contrario me demostraba hondo afecto y solía darme consejos.

—Mira tú, — solía decirme, — el ser muy tímido: es una cosa grave en la vida. Y tú lo eres aún, tanto como en el colegio, no me lo niegues.

Yo te lo conozco por encima de la ropa. Tú nunca matarás una mosca, y por eso, precisamente, nunca serás nada. Hay crueles situaciones en la vida del hombre, y es necesario que éste se vaya haciendo una coraza para cuando lleguen aquellas. Todo es cuestión de tener un poco de voluntad. Yo te aprecio y por eso te digo estas cosas. Al hom-

le dió la tal princesita.

—¿Qué quieres, hija, — replicó Monfort, — no todos tienen la suerte ni la belleza de Juan! Si yo tuviera todo lo que a este monín le sobra, no es María la que me hubiera dado calabazas. ¿Verdad, tú?

Y aproximándose a mí, me dió un par de palmadas en la espalda que me hicieron doblegar.

—No seas grosero, Claudio, — dijo la mamá de mi novia.

—Son bromas de amigo, señora, — aduje yo, para excusar mi pasividad y demostrar que Monfort hacía aquello por pura confianza.

—Claro; son bromas, — repitió Monfort, dándome otra gran palmada aún.

Entonces yo exclamé:

—Bueno, basta de palmadas; no seas tan extremoso en tus muestras de amistad.

—¿Qué? ¿Te enojarias? — replicó Monfort, mirándome irónicamente. — ¡Calle! Cualquiera diría que vas a hacerte el malo...

—Es que esos no son modales, — interrumpió Alina; — juego de manos, juego de villanos...

—¡Bah! Estos juegos los conocía bien en el colegio, ¿verdad, Juan?

"Sarmiento"

Asociación Protectora de Animales

Santiago del Estero 649

Presidente:

JOSÉ PEREZ MENDOZA

Oficinas, Hospital y Consultorio

Horario de Consultorio:

de 9 a 11 y de 16 a 18 horas

Consultas por cartas sobre animales enfermos se contestarán gratuitamente en el día, a las personas domiciliadas fuera de la Capital.

Y fué tanto el temor que me asaltó en aquel instante, que no tuve ánimos para protestar cuando aquel miserable, al despedirse me dió aún otro par de palmadas. ¿Qué actitud hubiera yo asumido si a Monfort se le ocurre narrar alguna historia del colegio?

Algunos días más tarde, paseando por el Prado, nos encontramos con Monfort. Saludó a las señoras respetuosamente, y a mí con una gran palmada en la espalda. En seguida, dijo con retintín:

—Chico, disculpa; no recordaba que no te agrada que te trate así. Tienes tan mal genio, que cualquier día me tratas como aquel muchacho del Instituto Varela, ¿recuerdas?, el del pan untado de manteca.

Alina brincó sobre la frase, llena de malicia:

—Si tuvieras vergüenza, Claudio, no recordaría esa historieta...

—¿Qué? ¿Acaso Juan te la ha contado?

Yo temblaba como un poseído. Quise interrumpir la conversación, pero mi novia replicó sencillamente:

—Me la ha referido, sí; y en verdad que no fué muy airoso tu papel.

Claudio me miró interrogándose. Guardó silencio, mientras yo hacía esfuerzos por señalar unas señoras amigas de Alina que cruzaban en landó. Entonces Monfort, sin apartar sus ojos de mí, sonrió imperceptiblemente y empezó a hablar de una novela que había prestado a su prima.

Al despedirse, me miró burlonamente:

—Adiós, Juan; Dios te conserve la salud para repeler las agresiones, como en el caso del colegio...

Se fué, dejándome enfurecido. Evidentemente Monfort buscaba ponerme en ridículo. ¿Habría adivinado algo Alina? Nada me dijo del incidente.

Pero al volver, por la noche, a mi casa, asaltáronme mil temores. ¿Había vislumbrado la verdad mi prometida? ¿Qué pensaba de las actitudes de Monfort para conmigo? ¿No se descubriría al cabo lo que éste, sin ningún género de duda, iba tratando de revelar? Pasé la noche en ascuas, asaltado por mil ideas contrarias, soñando posibles acontecimientos. Ora veía a Monfort revelando mi modo de ser a mi amada, ora veía a ésta obligándome a repeler las agresiones de su primo. ¡Ah! ¡si yo fuera tan fuerte que pudiera coger por el cuello a Monfort y hacerle caer de rodi-

llas ante Alina para obligarle a que me pidiera excusas por sus agravios! ¡Si yo supiera tirar el sable, por ejemplo, mejor que él y podría desafiarme delante de todos y tras pasarle luego el pecho de una ferroz estocada! ¡Matarle! ¡Oh, qué alegría tan inmensa! ¡Matar a aquel vil que era mi mala sombra; a aquel miserable que me había envenenado la existencia; a aquel granuja que me había afrentado cuando chico, que pretendía humillarme aún delante de mi novia, de mi amada, de mi futura esposa!... ¡Si, matarle, matarle como a un perro rabioso, haciéndole sentir mi fuerza, mi valentía todo el peso de mi odio!

Pero, ¡era en vano! Yo nunca tendría valor, nunca tendría recursos para tanto. El era más fuerte que yo; era más osado, más sinvergüenza, más viril. En cualquier terreno me vencería, y, al repeler mi agresión, me cubriría de ridículo. No había, pues, más que el acaso. Sólo Dios podía vengarme. ¿Si una muerte repentina me lo quitara de en medio? ¿Si un rayo justiciero cayera sobre su maldita cabeza? ¿Si un accidente cualquiera, terrible y cruel, le destrozara completamente? ¡Ah! ¡Qué inmensa alegría para mi alma! ¡Qué inmenso alivio para mi corazón!

¿Cuántas novelas forjé yo aquella noche? No lo sé; pero todas tenían un mismo desenlace, dictado por el odio inmenso que iba amontonándose en mi pecho contra Monfort. Hubiera deseado hacerle todo el daño posible: enviarle con cáncer al estómago, hacerle meter en la cárcel por ladrón, deshonrarle públicamente sus hermanas, y ser el juez encargado de fallar su causa, para ordenar, implacablemente, la sentencia de muerte. Recordé los suplicios de la Inquisición, el cuento de Poe "El pozo y el péndulo", las angustias que los marcianos hacían pasar a los hombres en la novela de Wells, ¡qué sé yo! — y todos esos dolores y martirios antojábanseme pequeños para aquel hombre que yo aborrecía tanto. Y ahora, en ese mismo instante en que tales pensamientos me torturaban, en ese mismo instante en que mi Alina tal vez perdía la fe y el amor que me profesaba, él, el miserable estaría durmiendo tranquilamente o fraguaba una nueva afrenta y una nueva humillación para inferirmelas... Pero no; si llegaba el caso, yo no podía permanecer impasible. Era necesario que vigilara mi honor; que no pasara por cobarde a los ojos de mi amada. ¿Qué hacer, entonces? ¡Matarle! ¡Si, matarle; pero ¿cómo? ¡Ah! ¡no había otro recurso! Pegarle un tiro. Con mis propias manos nada lo haría. Un revólver salvaría la dificultad. Sí, era cosa resuelta. El me infería una ofensa; yo me ponía en pie y le pegaba un tiro. La justicia no podía hacer nada contra mí. Habría obrado en salvaguardia de mi honor. Era un caso de legítima defensa...

Y así quedé resuelto. Al día siguiente compré un revólver. Ya en posesión de él, me sentí más hombre. Conocí que tenía más valor. Casi estoy por decir que hubiera ido a provocar a Monfort.

El primer día que visité a Alina, no encontré en su casa a su primo. Fui luego dos o tres veces, sin encontrarle. ¿Qué se había hecho? En el fondo estaba encantado. Era lo mejor que podía acontecer. Pero, como pasara un mes sin verle, y

nada respecto a él me dijera mi novia, otro género de intranquilidad me asaltó. ¿Por qué Alina no me hablaba de Monfort? ¿Le daba rubor mentarlo ante mí? ¿Temía avergonzarme? ¿Habría sospechado algo?

Empecé a pasar días intolerables, y comprendí entonces que, sin hacerme más sospechoso, no podía dejar de preguntar por él. Pero, ¿qué iba a resultar de semejante conversación? ¿No habría el miserable narrado todo a su prima? ¿Qué le iba a replicar yo cuando ella me dijera que Monfort le había descubierto que todas las historias urdidas por mí contra él eran mentira, y que el papel desairado lo había hecho yo siempre en el colegio? ¿No llegaría tal vez el caso de un careo?

La idea de mi pequeñez tomó tal cuerpo en mi cerebro, que yo no vivía más que ajeteándola de continuo. Se me hizo insufrible. Me

chas gracias. ¡Hola, Juan! ¿Qué tal? Bueno, ¿eh? Feliz de ti... Ya hubiera podido morirme si esperaba tu recuerdo...

Se sentó jaraneando. Habló largo rato de su enfermedad; y, a pesar de que nos incomodaba con su presencia, yo me sentía satisfecho. Veíale a cien leguas de la conversación que me pudiera molestar. Cuando más lejos estaba, exclamó de pronto, volviéndose hacia mí:

—¿A qué no sabes quien se suicidó el sábado último? ¡Ricardo Monini, hombre! ¿A qué no te recuerdas de Monini?

—¡Dios mío! ¡Si me acordaba! Era aquel cachafaz que había zurrado tan bravamente Monfort en el colegio porque me había quitado un trozo de pan.

—Pues sí, un tiritito en la cabeza. Era un pillastre. No se ha perdido nada. Siempre fué un tuno. Y a

—Se agradece. Pero eso no quita que se diga la verdad... ¡Y este granuja de Juan! ¡Ah, qué suerte tienes, condenado! Vas a tener una mujercita que te envidiarán todos.

Yo empezaba a sentirme nervioso. Monfort prosiguió como en chanza:

—Pero, chico, vas a tener que cuidarla bien. Joya de tanto mérito incitará a los ladrones...

—Te prevengo, — dijo en esto Alina, — que yo sola me basto para cuidarme...

—¡Oh! será mejor así, porque este pobrecillo...

Yo salté en mi silla. El temor, sin embargo, me contuvo.

—¿Verdad, Juan? Debe ser horrible verse robar la hacienda, y no poder hacer nada para impedirlo.

—Es que yo... me parece...

—¡Oh, tú!... ¡Bah!... Eso se cuenta.

—¿Qué quieres decir?

Al hablar así, infundíame valor con la idea que tenía un revólver en el bolsillo.

Monfort me miró fijamente. Y, de pronto, una extraña luz cruzó por sus ojos. Y entonces tuve la adivinación de que, hasta ese instante, no había querido herirme, pero que ahora lo iba a hacer. Mis últimas palabras lo habían excitado.

—¿Cómo! ¿Qué quiero decir? ¡Hombre! Mejor es que no me interrogues delante de Alina.

Mi novia me miró asombrada. No entendía nada. Quiso intervenir; pero yo, tontamente, creyendo concluir la discusión con una frase, repuse:

—Alina puede saberlo todo, desde que no tengo nada que me avergüence en mi vida.

—Vaya, vaya, no te sulfures... Si todo esto es broma.

—Son bromas de mal gusto, — contesté airado.

—Peores eran las del colegio, las de aquel Monini de que hablábamos hace un rato...

—¡Cállese usted!... — exclamé con terror.

Alina intervino entonces seriamente en mi defensa; pero los duros términos con que reprochó su actitud a Monfort, lo exasperaron:

—Bueno, hija; ya he entendido... Estoy de más aquí, y si no vuelvo, mejor... Lo he oído perfectamente. Te dejo con tu Juan... No le haré daño, no te lo comeré... Anda, ricura, dale las gracias a tu novia que me echa a la calle para que no te destruya tu linda cara de bebé... ¡Monísimo!

—¡Claudio! — exclamó Alina.

—Ya, ya me voy; pero cuida bien a tu novio... A ti te tocará vigilar por él... El pobrecito no sabría defenderse contra los Moninis que un día le roban un trozo de pan con manteca y otros pueden robarle la mujer...

—Fuera de aquí, — repitió Alina, — o llamo a tía... Juan, — agregó, dirigiéndose a mí, — dígame que se marche.

Yo estaba embrutecido. Monfort me miró con compasión y repuso:

—Me voy, primita; me voy porque tú lo ordenas... Pero no lo pongas en un brete a este pobre amigo que no osaría echarme a la calle... Verdad, verdad... este... ¿cómo diablos te decían en el colegio?... ¡ah! sí... "doña Juanita"...

Alina se me aproximó. Iba a pedirme algo, llevada de su irascibilidad, pero mi mirada la descorazonó por completo.

RAZON DE PESO



—No comprendo por qué quiere usted ganar más que su compañero el clarinete.
—Por la diferencia de peso de ambos instrumentos. ¡A mí me cuesta mucho más trabajo cargar con el trombón.

martirizó constantemente. Tuve raptos de furor contra mí mismo. Me injurié mucho y lloré luego más todavía. En verdad, yo era bien desgraciado...

Al entrar aquella tarde en casa de Alina, experimenté una rara angustia. Pero no reflexioné mucho. La criada me hacía pasar al salón.

—Mamá está algo indispuesta, — me dijo Alina; — discúlpela usted.

Nos sentamos en el sofá y empezamos a hablar. De pronto, haciéndome valor, pregunté:

—Y Monfort, ¿qué se ha hecho?

—¿Claudio? ¡Cómo! ¿No sabía usted? Ha estado muy enfermo. Una bronquitis tremenda. Hace un mes por lo menos. Pero ya está repuesto. El domingo estuvo aquí...

—No sabía nada...

—Sí, eso supuso él mismo. Preguntó por usted e hizo buenas ausencias...

En esto se abrió la puerta y apareció Monfort.

—Hablando de Rosa... — exclamó Alina.

—¿Hablaban ustedes de mí? Mu-

propósito, Alina, ¿cómo va tía? ¿Se puede ver?

Se marchó para adentro, quitándose un enorme peso de encima. Durante un segundo había sentido una angustia horrible. ¿Qué iba a decir Monfort de aquel Monini? Pero cuando le vi levantarse, experimenté un enorme alivio. — "Mejor es así", — dije para mí; — "si llegara a decir algo, creo que hoy le mataría". Y recordé que tenía el revólver en el bolsillo. Esto concluyó de serenarme.

Hablaba hacía algún tiempo con mi novia, cuando volvió a entrar Monfort.

—¿Y tú, — le dijo a Alina, — no has estado enferma?

—Sí, algo constipada; pero muy poco.

—Tienes todas las suertes imaginables. Salud, belleza amor... Porque estás linda de veras... Supongo que Juan no se pondrá celoso porque te llame linda...

—Yo... no sé por qué...

—Soy yo la que no necesito de tus galanterías...

—Adiós, prima; adiós Juancito, — dijo Monfort, y salió de la habitación.

—¡Y yo no le había muerto! ¡Y cuando me insultaba no tuve valor siquiera para sacar el revólver que tenía en el bolsillo! ¡Y al pensar en matar a aquél miserable me había espantado la idea de apretar el gatillo, me había horrorizado el pensamiento de la detonación.

Hubo un largo rato de silencio. Por fin alcé los ojos y vi que Alina lloraba. Me incliné hacia ella...

—No, no... déjeme usted... Quedé a su lado, sin saber qué hacer ni qué decir... De pronto se levantó, secó sus ojos y me miró fijamente, en silencio.

—Alina, Alina mía...

—Le ha insultado a usted...

Por usted... el respeto...

—Le ha tenido usted miedo...

—Alina, escuche...

Había en sus ojos un profundo desconsuelo. Sufría con mi humillación. Estaba avergonzada por mí, Y era piedad, no amor, lo que reflejaban sus ojos.

—Váyase usted, Juan, déjeme sola... Es mejor para los dos.

Y me tendió la mano. Su mano estaba fría.

Aquella misma noche recibí una carta de Monfort. Me pedía todo género de excusas. Contábase su amor por Alina y sus desesperaciones de verme preferido a él. Había obrado en un raptó de locura. Aun no se daba cuenta de lo que había hecho; pero él iba a tratar de arreglarlo todo. Daría explicaciones a Alina que me dejarían satisfecho.

Mi furor era indescriptible; esa noche decidí matar a Monfort.

Desde entonces me obsesionó tal idea. La revolvi en mi cerebro, dándole mil formas. Todas las combinaciones me resultaban peligrosas. Era indudable que yo tenía que matar a Monfort a traición; pero ¿cómo? He aquí lo que no veía bien claro.

Y así pasó algún tiempo. Monfort me vió dos o tres veces, con arrepentimiento sincero; más yo le perdí hipócritamente. Esperaba una oportunidad, no sabía cual, pero que llegaría un día u otro.

Y llegó por fin. Una tarde me paró Monfort en la calle.

—Chico, estamos de juerga si quieres. Ya sabes que tengo alquilada una quinta en el Miguelete para ello. Si te parece, te vas mañana para allá, de noche. Yo me encargo de invitar las muchachas.

—Convenido.

No sabía yo aún lo que iba a hacer; pero lo cierto es que desde aquel instante pronuncié la sentencia de muerte de Monfort. Primeramente pensé en mi revólver; mas este medio presentaba sus dificultades. Podía marrar el tiro y el otro me desharía en sus manos. Además, es un recurso que mete mucho ruido. Luego imaginé el veneno; pero también era difícil obtenerlo y muy fácil seguir la pista. Llegó la hora y no tenía nada resuelto.

Llegué a la quinta al anochecer. Creo que nadie me vió llegar. Monfort estaba fumando un cigarrillo en la calle.

—¡Toma! ¿eres tú? Acaban de marcharse María y Rosa. No te esperaba más. Pero, no importa. Te quedas a dormir y mañana citarnos a otras dos palomas.

Hablando, nos dirigimos a la casa. Monfort me dijo que no se sentía bien, que se acostaría tempra-

no; pero que todo eso no era nada. Me refirió mil tonterías de las muchachas que habían pasado allí la tarde. Mientras hablaba, mis ojos se fijaron en una tranca de hierro para asegurar una puerta que había en un rincón. Un rayo de luz me iluminó.

—Estas distraído, — dijo Monfort; — ¿qué miras?

—Nada, te escucho... es decir, miraba ese barrote...

—¿Qué barrote? ¡Ah, sí! La tranca de la puerta. No hace falta aquí. El vecindario es pacífico.

Me levanté y fui a coger la barra de hierro. No era muy pesada, pero sí lo suficiente para descrismar a un buey. La contemplé en silencio, meditando cómo se manejaría me-

—¿Te burlas, eh?

—No, no me burlo. Constató que has nacido para hombre honrado. ¡Pobre Juan! El que sospechara en ti la predisposición homicida, sería un mal frenólogo...

Seguí riendo. Yo sentía acudir toda la sangre a mi cabeza. El odio henchía mi pecho. Y entre mi murmuraba: 'Sí, riete, burlate aún; pero dentro de poco veremos cuál de los dos es el que se ríe'. — De pronto me asaltó una duda.

—¿Y a quién vas a invitar para mañana?

—¿Cómo, a quién?

—Sí. ¿a qué muchachas?

—¡Ah! no pensaba en ello. No sé aún; ¿prefieres a alguna?

—No, preguntaba solamente.

DRAMA

ACTO PRIMERO

Asoma el apuntador,
muchacho sano, alegre y decididor;
la escena

un sótano húmedo y frío,

ambiente de pena

lúgubre y sombrío...

La acción en cualquier parte
donde se viva para el arte...

Aparecen muchos personajes

con lujosos trajes

y hablan el drama

(Aunque el drama está abajo,

en el foso, donde un mozo

todo juventud

va perdiendo poco a poco la salud).

ACTO SEGUNDO

Seis años después,

ambiente de pobreza,

está el apuntador en una pieza

y ya no es el joven alegre y bullanguero,

ahora en él, todo es tristeza...

La vida mala, la humedad del foso

lo han consumido al pobre

que ya no tiene un solo cobre

y está tuberculoso...

ACTO TERCERO

Avisamos al espectador

que debemos alterar este programa,

pues ha muerto el personaje apuntador

y así termina el Drama.

Enrique P. Maroni

jor para dar el golpe.

—Es un buen bastón, — dijo riendo Monfort. — Con él se puede dar una excelente paliza.

—Y hasta matar un hombre, — agregué yo.

—¡Ya lo creo! Con un poco de buena voluntad se puede abrir el cráneo más duro. ¿Qué te parece? ¿Matarías tú a alguno con eso?

Sentí un escalofrío. ¿Acaso adivinaba Monfort mis pensamientos? Pero, no; se burlaba, se reía de mí como siempre.

—¡Oh! lo que eres tú, no concluyes tus días en la Penitenciaría, sino por error. No eres de la pasta de los que matan.

¿Advertiste a alguno que yo vendría?

—A nadie. ¿Te conviene guardar el incógnito?

Volví a estremecerme. ¿Comprendería Monfort el móvil de mis preguntas? Le miré de soslayo y vi que buscaba unos papeles en el bolsillo. Evidentemente, no tenía sospecha alguna.

—Estoy fastidiado — dijo de pronto. — Pensaba que las muchachas se quedarían esta noche, y me he equivocado. ¿Qué te parece que nos tomemos una copita de jerez y que la emprendamos con los sandwichs?

—Bien pensado.

Fotografiados Tricromías Bicromías

Confección de clips para revistas, Catálogos, Folietos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol & Cía.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

—Lo dices sin convicción. ¿Comiste?

—Sí, antes de venir.

—Entonces lo dejaremos para más tarde. Voy al dormitorio a escribir la cartita.

Se marchó. Yo respiré con fuerza. ¿Cuándo le daría muerte? Cuando estuviera durmiendo, no hay duda. Sin embargo, se presentaba una dificultad: ¿cómo herirle a oscuras? ¿Podría entrar en su habitación sin que me oyera? ¿No le erraría el primer golpe?

Una especie de temblor nervioso agitaba todo mi cuerpo. Mil encontradas ideas bullían en mi cerebro. Tenía la boca seca y amarga. Púseme a pasear por la habitación, tratando de sosegarme un poco. En una de las vueltas me aproximé a la puerta que comunicaba al dormitorio de Monfort, y vi a éste de espaldas, sentado junto a la mesa. Habían encendido la lámpara y leía un librito.

Penetré en la habitación y me acerqué a él. No levantó siquiera la cabeza; pero, notando mi inmovilidad, preguntó sin volverse:

—¿Buscas algo? Ahora voy a escribir la cartita.

—No, me caliento los pies caminando

Entonces pensé que si hubiera tenido allí la barra de hierro, hubiera podido asestarle perfectamente el golpe. Me volví a la primera habitación y seguí mis paseos. El temblor de mis manos aumentaba. Yo me irritaba contra ellas. ¿No me traicionarían en el momento oportuno? Pasé de nuevo junto a la puerta y vi a Monfort siempre leyendo. Di algunos paseos más y cogí la barra de hierro.

Una sensación de frío me corrió de la mano por todo el brazo y llegó hasta el corazón. Seguí mi paseo con la tranca en la mano. ¿Estaba irresoluto? ¿Me faltaría valor? No; yo lo odiaba con toda mi alma. Ninguna oportunidad mejor que aquella. Recordaba los incidentes de la escena con Alina y el rencor me zumbaba en el cráneo. Avancé hasta la puerta y contemplé a mi amigo. Continuaba leyendo. Entonces, no sé por qué, retrocedí y



fui a dejar la barra de fierro en su sitio. Me acerqué a una alacena y la abrí maquinalmente. Lo primero que mis ojos vieron fué un cuchillo grande, de cocina. Me sonreí estúpidamente.

—Si tienes apetito, en el cajón de abajo, — me gritó Monfort, que habría oído el ruido que hice al abrir la alacena.

Me estremecí y un sudor frío me corrió por todo el cuerpo. Y otra vez empecé a pasearme de arriba abajo, cada vez más excitado. "Ahora, en esta otra vuelta, — me decía a mí mismo, — cojo el barrote y le doy muerte". Pero, al llegar junto a la pared, no me decidía. "No, aun no. Esperaré un momento", pensaba luego. De pronto me asaltó una idea. ¿No estaré perdiendo el tiempo? ¿Y si deja de leer y se levanta, encontraré mejor oportunidad que ésta? "Vamos, me dije, hay que concluir de una vez. Voy hasta allí y a la vuelta me armo con la tranca". Y fui y volví, y no me animé. Una lucha sorda se empeñaba dentro de mí. Tenía miedo. ¿No le mataría, pues? ¡Oh, sí! "Yo tengo que matarle", — me repetía tenazmente, para infundirme ánimos. Evocaba las humillaciones que me había hecho, para avivar mi odio. De pronto, me detuve espantado.

Monfort canturreaba una canción cilla. ¿Habría concluido de leer, Dios mío? ¿Habría perdido la oportunidad? Paseando siempre, y cada vez más nervioso, me acerqué a la puerta. En efecto, no leía: buscaba algo entre sus papeles.

—¿Donde diablos?... ¡Ah! Aquí está, — le sentí murmurar. Su voz me resonó lúgubramente en el corazón. Era la voz que me había ofendido y agraviado tantas veces.

Al pasar nuevamente frente a la puerta del dormitorio, le vi inclinado sobre la mesa, escribiendo. Entonces, bruscamente, sin saber cómo, me decidí. Fui derecho donde estaba la barra de fierro, y la cogí convulsivamente. Volví luego, como un autómatas hacia la puerta. Traspuse el umbral. Monfort seguía escribiendo. No hizo ni un movimiento al ruido de mis pasos. Y yo alcé la barra de fierro, sobre su cabeza, a dos pasos de él.

¿Cómo no oyó Monfort los latidos de mi corazón? ¿Cómo no presintió, por uno de esos extraños fenómenos psíquicos que se producen en nuestro espíritu en momentos álgidos, que la muerte le acechaba en silencio, a dos pasos de él? ¿Cómo no sintió sobre su cabeza aquella arma terrible que iba a destrozársela ferozmente?

Durante unos segundos, que parecían siglos, permanecí irresoluto, detrás de Monfort, en alto la barra de fierro, oprimido el pecho, seca la boca, los ojos fijos como un hipnotizado. Iba a matar a quel hombre: un átomo de voluntad que me animara haría descender, fulminante, mi armado brazo.

Y fué, en aquel horroroso silencio la propia voz de Monfort, la que decidió mi voluntad.

—Ya concluyo, ¿eh? — me dije sencillamente, sintiéndome detrás de sí.

—Yo también, — murmuré sordamente. Y con todas mis fuerzas, iracundo, hice caer el arma terrible.

Oí un golpe seco. El hierro tembló entre mis manos. Vi vacilar a Monfort sobre la silla, hamacarse y caer hacia un lado. En el primer segundo creí que se inclinaba para levantarse y agredirme. Le miré

rodar con terror, temiendo que no estuviera muerto y se vengara de mí. Entonces salí corriendo de la habitación y me detuve un instante en la otra pieza, cerca de la alacena. No oí ruido alguno y me serené. "Tal vez no esté más que desmayado", — me dije; y empecé a buscar febrilmente el cuchillo que había visto momentos antes. No le hallaba; mis ojos no veían bien claro. Por fin tropecé con él.

Volví lentamente a la habitación de Monfort y me arrodillé junto a él. Me pareció que se movía, y el miedo me crispó todo el cuerpo.

Entonces le puse el cuchillo al cuello y corté con rabia, sin mirar, como quien serrucha madera. Un ruido extraño me hizo volver los ojos a Monfort. Un chorro de sangre se escurría por el cuello. Empecé a reirme silenciosamente.

—¡Ah! tú te has burlado de mí, — decía mi rencor; — tú me has afrentado; tú me has hecho la vida odiosa... ¡Y bien! ¡Ríete ahora, afrentame, búrlate! ¡Ahora soy el más fuerte! ¡Ahora me he vengado! ¿Me he vengado? ¡Ah, no! La muerte es poco para lo que me has hecho sufrir. Yo tendría que

haberte torturado, para que padecieras lo que yo he padecido por tu causa. ¿Te acuerdas? Me has abofeteado en el colegio; me has llamado tu mujercita; me has escarnecido cuando hombre; me has perseguido continuamente; has asesinado mi juventud, mi amor, mi alegría. Has sido mi perpetuo fantasma; me has robado el sueño de mis noches; has descendido hasta el fondo de mi conciencia para hacerme avergonzar de mí mismo! ¡Miserable!

La ira me cegaba; no veía ya, ¡ah, no! no veía. Sí, yo tenía que vengarme, tenía que lavar con sangre las negruras que había él trazado sobre mi vida. Y loco, desesperado, sollozando casi, volví a coger el cuchillo y empecé a sepultarlo en su cuerpo, furiosa, ciega. Le hería con una alegría feroz. Cada golpe me quitaba un peso del corazón. "Toma, toma aún... Esto por lo de mujercita... esto por Aliana... esto por doña Juanita... Toma, miserable, perro, cochino; toma, maldito, maldito, maldito!" Y cada palabra era un golpe. ¡Ah, qué hermoso es herir cuando se odia! ¡Qué felicidad tan grande, Dios mío!

Me puse en pie y lo miré hosca. De pronto vi una de sus manos. ¡Ah, aquella mano! Era la que me había abofeteado. "Ahora verás, ahora verás", murmuré. Cogí la barra de fierro nuevamente y empecé a machacarla con ira creciente. "Ya no pegarás más, condenada".

Sudoroso, sin alientos, me puse en pie. Empecé a reirme como un loco. ¡Ya no me agraviaría más! Bruscamente me serené. "Ahora, me dije, debo marcharme; todo ha concluido". Sin embargo me detuve. Aquellos ojos, fijos del muerto, parecían reflejar una postrera burla. ¿Si los saltara de las órbitas? ¡Eso es! Entonces concluí de descabezar el cadáver. Se me había ocurrido llevarme la cabeza para burlarme más de Monfort. Un muerto, que ha perdido la cabeza, ¿qué cosa más chistosa, verdad? Al salir, arrojaría la tranca y el cuchillo en el pozo de la quinta. La cabeza la arrojaría más allá, en el campo. Pero, ¿con qué saltar los ojos? ¡Ah, sí! Con la lapicera. La cogí y me la eché al bolsillo.

Apagué la lámpara y salí cargado con la cabeza de Monfort y las armas. Estas las arrojé en el pozo, como lo tenía pensado, y luego me lancé a la carrera hacia el fondo de la quinta. De pronto, tropecé con un leño y caí de bruces. Me levanté furioso y seguí mi carrera, hasta detenerme frente a un maizal. Allí me senté en el suelo, y, sin vacilar, fieramente, le salté ambos ojos. Después, antes de arrojar la cabeza, le inferí varias heridas en las mejillas con la pluma. Me reía como un bienaventurado. Por fin arrojé todo lejos de mí y me quedé quieto, respirando fuertemente, lleno de calma.

El frío de la noche distendió mis nervios y despejó mi cabeza. Me levanté, sintiendo dolorido todo el cuerpo, y miré el cielo. El cielo estaba sereno, claro, hormigueando de estrellas. Bajé la vista y vi los campos oscuros, silenciosos, dormidos.

—Está hecho, — murmuré; — Dios me perdonará, porque he sido muy desgraciado.

Y me alejé en silencio, al través de la noche.

EPIGRAMA

Levántome a las mil, como quien soy.
Me lavo. Que me vengán a afeitar.
Traigan el chocolate y a peinar.
Un libro... Ya lei... Basta por hoy.

Si me buscan que digan que no estoy...
Polvos... Venga el vestido verdemar...
¿Si estará ya la misa en el altar?...
¿Han puesto la berlina?, pues me voy.

Hice ya tres visitas. A comer...
Traigan barajas. Ya jugué. Perdí...
Pongan el tiro. Al campo, y a correr...

Ya doña Eulalia esperará por mí...
Dió la una. A cenar y a recoger.
¿Y es éste un racional? Dicen que sí.

Tomás de Iriarte.

MÁXIMAS

Acuérdate que conviene que representes la parte que te ha querido dar el autor de la comedia. Si es corto tu papel representale corto, y si es largo, representale largo. Si te manda hacer el papel de pobre, hazle, naturalmente, lo mejor que pudieres. Y si te da el de príncipe, el de cojo o el de oficial mecánico, a ti te toca representarlo, y al autor el de escogértelo.

Si por acaso, algún cuervo vuelve a graznar, no te cause alteración. Haz luego en tí mismo esta reflexión: "No grazna por mí este cuervo; puede ser que sea por mi cuerdo o por el poco bien que poseo, o por mi reputación o por mis hijos y mi mujer; cuanto a mí, no hay nada que no sea presagio de dicha, porque a mí solo me toca sacar provecho y utilidad de cuanto sucediere."

Puedes ser invencible si nunca emprendes combate de cuyo suceso no estés seguro, y sólo cuando sepas que está en tu mano la victoria.

Si quieres ser dichoso, nunca repugnas a lo que no depende de tí; mas transfíere tu odio contra lo que resiste a la naturaleza de las cosas que dependen de tu voluntad. Demás de este, no desees por ahora nada con pasión, porque si desees cosas que no dependen de tí, es imposible que no te veas frustrado; y si desas las que de tí dependen, advierte que no estás bastante instruido de lo que es necesario para desearlas honestamente. Por lo cual, si quieres hacer bien, acércate a ellas de manera que puedas retirarte cuando quieras. Pero todo esto se ha de hacer con medida y discreción.

Epicteto

La ciudad del Deicidio

Existe en una población, cuyo nombre pasa de generación en generación, y su recuerdo está indeleble en el corazón de los creyentes. Esa población es Jerusalén. Su nombre, recogido por la historia de las religiones, nos evoca las escenas del deicidio cruento, de aquella tragedia que tuvo principio en las tenebrosidades del Huerto de los Olivos y terminó en la cumbre del Calvario, entre el estruendo con que la Naturaleza exteriorizaba su duelo.

Jerusalén, la ciudad elegiaca, en otro tiempo, centro religioso y político de Israel; la que movió a codicia a otros pueblos y un día cayó en manos de Tito, "que no venció, sino que fué Dios el que hizo uso de su ira contra los judíos", ofrece un interés singular para todos los que se aproximan a sus murallas deseosos de conocer los monumentos, lugares y costumbres de la Sión, que contempló las lágrimas de sus hijos y supo del dolor de ver que, en casi toda ella, no quedaba piedra sobre piedra.

Se halla rodeada de montes, de los cuales el más elevado es el de los Olivos y conserva parte de las murallas que, provista de 34 torres, datan del tiempo del sultán Solimán. De las siete puertas, por donde tenían acceso a su recinto los caminantes, no quedan, actualmente, nada más que cinco; la más conocida es la de Jaffa, que guiaba a las lejanías en donde el Mediterráneo ofrecía magnífica vía comercial.

Los alrededores de Jerusalén, que no presentan la exuberancia de los de otras poblaciones de Palestina, y en donde no es raro encontrar pedregales, estériles como campo de maldición, se encuentran las famosas tumbas de los reyes y las tumbas de los jueces; una cueva, donde es fama que Jeremías compuso sus *Lamentaciones*; el Campo del Alfarero, comprado con las monedas con que el remordimiento rechazó el precio de una traición; el Monte de los Olivos, desde donde se divisa el magnífico panorama de la ciudad que alza al viento la cabellera de sus infinitas terrazas y cúpulas; las tumbas de Absalón, Zacarías y otros personajes bíblicos...

La historia de Jerusalén nos recuerda cómo esta población fué codiciada en todos los tiempos, como si estuviera condenada a no tener reposo y a que sus habitantes no gozasen de paz. Un día las legiones de Tito cayeron sobre la ciudad y la arrasaron casi por completo.

Pasados los siglos, el acontecimiento más notable que en ella se verificó, fué la llegada de los Cruzados, de aquellas gentes que, al grito de *¡Dios lo quiere!*, habían de abandonar casa y país para ir en busca de los lugares donde se conservaba el sepulcro del Salvador con el mismo entusiasmo que siglos anteriores una santa fué en busca del madero donde el cuerpo del Redentor estuvo clavado...

Jerusalén reúne en su recinto a gentes de toda nacionalidad, y por entre el abigarramiento de sus calles y bazares, no es raro encontrar

junto al beduino del desierto, que sabe de la monotonía de las caravanas, al judío de largos cabellos, cuya mirada indica sólo interés; al lado del monje, el ulema de la mezquita; junto a la aldeana, cuyo rostro va pintado de colores chillones, las damas de Occidente, que ponen una nota exótica en la ciu-

dad, que no acaba de salir de su letargo.

El interés de Jerusalén, está, principalmente, en sus lugares sagrados, en esos lugares que contemplaran la dulce figura de Jesús, acosada por la plebe y escarnecida por la soldadesca. Esos lugares, en la llamada Vía Dolorosa, están reunidas en una larguísima calle, que va desde la puerta de San Esteban hasta la iglesia del Santo Sepulcro y son el lugar de la Flagelación, la casa de Pilatos y el sitio de la crucifixión. La tradición referente a las estaciones, ha sufrido alteraciones, y hoy, las cinco últi-

RAMO MARCHITO

IV

Al borde del camino
escueto y solitario,
por el que voy haciendo la doliente jornada
de mi vida, un viejo álamo
en esta ardiente y gris tarde plena de sol
le ofrece dulce sombra a mi viejo cansancio.

Sobre la polvorienta alfombra del camino
la sombra larga e inmóvil del taciturno álamo
parece un largo dedo
señalando Dios sabe qué límites aciagos
a mi razón que tiembla como un ave aterida
caída de su nido al pie mismo del árbol.

Solitario, impasible,
impertérrito álamo,
di a mi razón la dulce o la amarga verdad
de mi destino arcano:
¿Debo seguir la ruta que tu sombra señala
o esperar a tu amparo?

V

Aunque me canso de no hacer nada
si muchas veces quiero hacer algo,
recapacito
que bien mirado
es preferible la dulce holganza
a las fatigas que da el trabajo.

Y por lo mismo que así yo pienso
luchó y me esfuerzo por no hacer nada;
y de este modo
mi vida pasa
por sobre todas las ambiciones
sin inquietudes para mi alma.

VI

La noche es a propósito
para soñar; la noche
convierte casi siempre
la voluntad del hombre;

inspira, y de tal suerte
la razón predispone,
que en el transcurso de ella
se gestan mil horrores...

Estas dudas sombrías
que las sienes me rompen,
¿qué curso tomarán
cuando cierre la noche?

José M. Braña.

OPOTERAPIA ELECTRICIDAD MEDICA

DR MALVICINO

Cura anomalías de desarrollo.
Anemia Gracilidad Obesidad.
Trastornos de menstruación
Debilidad precoz menopausia
Excemas Ulceras Varicosas.

Corrientes 1455-De 15 a 17

mas, se encuentran en la misma iglesia del Santo Sepulcro, construida primeramente, por Constantino el año 336 y reconstruida varias veces después, pero que no ofrece gran valor artístico, pues Jerusalem carece de monumentos religiosos donde el arte muestra la pureza de líneas, ni la grandiosidad de las iglesias de Occidente, donde cada generación fué dejando el testimonio de su fe en las piedras de las catedrales y colegiatas.

La Vía Dolorosa es angosta, con edificios elevados, en su mayoría de piedra, materia de que se hizo mucho uso en las edificaciones de Jerusalem.

Los que acusan la esbeltez y elegancia con que los árabes construían, se conservan en buen estado, y de ello dan idea las fotografías que publicamos. Otros edificios dignos de mencionar son la Puerta de Damasco, cuyo magnífico lienzo de murallas a ella unido está afeado por unas edificaciones vulgares; La puerta de San Esteban, parecida a algunas que aun tenemos en nuestro suelo; la Torre Antonia, que ya presenta en sus torreones las dentelladas del tiempo; La mezquita de Omar, una de las más visitadas por los adeptos de Mahoma; La Puerta Dorada admirablemente conservada, lo mismo que las murallas a ella unidas...

Una nota peculiar de Jerusalén son esas fuentes que se suelen encontrar en alguna puerta de la ciudad, en las cuales arcadas admirables sirven de marco al modesto dilón que espera las vasijas que portan mujeres vestidas con túnicas tan ligeras, que apenas si cubren sus desnudeces, y que suelen ser del color con que se embaduran le rostro con una coquetería no muy a tono con la estética.

El aspecto de sus bazares y calles difiere poco del de las restantes poblaciones árabes, donde a lo peculiar y privativo de casta se une lo exótico que ponen los visitantes que de lejanas tierras llegan, aumentando por la variedad de trajes de los sacerdotes de las diferentes religiones que en Jerusalén abren a los fieles las puertas de sus templos.

El incentivo mayor que ofrece Jerusalem, es religioso; si en ella no se conservasen los lugares de la Pasión, sería una de tantas poblaciones que no tiene otro interés que el haber sido, y únicamente la visitarían los naturales del país; mas por haberse escuchado en sus calles los alaridos que formaron el alegato para una condena, será recordada con interés, en tanto que exista un creyente que desee conocer la población en donde Jesús sufrió Muerte y Pasión.



Una pareja de enamorados

Por Hans Cristian Andersen

Un trompo y una pelota se encontraban reunidos dentro de una caja de juguetes.

—“¿Por qué no hemos de casarnos — dijo el trompo con languidez, — ya que de todos modos da la casualidad que hemos de vivir juntos?”

Pero la pelota era orgullosa. estaba forrada de riquísimo tafilete y se tenía por señorita de alto vuelo, por lo que ni siquiera se tomó la pena de contestarle.

Al día siguiente, al muchacho, dueño de los juguetes, se le ocurrió poner al trompo, que era rojo y amarillo, una punta nueva de cobre, de suerte que cuando bailaba era una maravilla ver los destellos que producían sus magníficos colores.

—“Mírame, mírame — le decía a la pelota; — ¿qué te parezco? Vaya, ¿nos casamos? Creo que hemos nacido el uno para el otro; tú saltas y yo bailo, ¿puede darse una pareja más feliz que nosotros?”

—“¿De veras? — contestó la pelota con ironía. Ignoras que mis padres fueron unas soberbias zapatillas de tafilete? ¿No sabes que tengo el cuerpo formado de corcho de España?”

—“Esta bien — repuso el trompo; — pero ten en cuenta que yo soy de caoba, y que el autor de mis días es el burgomaestre en persona, quien en sus ratos de ocio se dedica a labrar toda suerte de objetos al torno, siendo yo, modestia aparte, una de sus obras maestras”.

—“¿Es cierto lo que dices?” — preguntó la pelota un tanto menos esquiva.

—“¿Que nunca más pueda bailar si falto a la verdad!” — exclamó el trompo.

—“Veo que sabes exponer tus méritos pero así y todo, tu proyecto es imposible: yo estoy algo comprometida con una golondrina. Cada vez que me elevo al aire, asoma su cabecita fuera del nido y me dirige una declaración muy tierna. Hace ya mucho tiempo que he concebido el secreto propósito de entregarme a ella, y en este concepto me considero ligada por un irrevocable compromiso. Así, pue, ya ves que no puedo acceder a tus pretensiones; estimo mucho tus sentimientos y aun te prometo que no he de olvidarlos en toda mi vida”.

—“Algo es esto, sin duda — repuso el trompo lleno de tristeza; — pero no basta a consolarme.”

Tales fueron las últimas palabras que cambiaron el trompo y la pelota.

Al día siguiente, el muchacho, poseedor de los juguetes, tomó la pelota y la arrojó al aire. La pelota volaba rauda como un pájaro, y se remontó que el trompo llegó a perderla de vista; pero al poco rato caía al suelo para ser despedida nuevamente. Al caer daba un sorprendente bote, ya fuese porque intentara saltar hacia el nido de la golondrina, o efecto sencillamente

de la elasticidad y porosidad del corcho de España.

A las nueve veces de elevarse, se quedó por el camino y desapareció. En vano el muchacho buscó y escudriñó por todas partes; no pudo descubrir la menor huella de su pelota y no tuvo más remedio que darla por perdida.

—“Bien sé yor por donde an-

una pasión tan grande, que desde que no podía verla. Lo que le atormentaba sobre todo, sin darle un instante de tregua, era la idea de que se hubiese casado con otro.

Sin embargo, el trompo continuó dando vueltas y haciendo “ronron”, si bien que bailando o sin bailar, tenía fijo en su mente el recuerdo de la pelota que en su ima-



—¡Hay que ver cómo varía una en cuatro o cinco años!

—¡Pero si estás lo mismo! Lo único que ha variado un poco ha sido el vestido.

da la pícara — suspiraba el trompo; — estará en el nido con la golondrina y ya se habrán casado”.

Y cuanto más pensaba en esto, más pesoso se ponía. Era que nunca había sentido por la pelota

ginación se presentaba cada vez más bella y seductora. Este estado vino a ser en él lo que ha dado en llamarse una pasión inveterada.

El trompo había perdido la juventud y un día le doraron las ra-

yas y costuras, cambiando de dueño. Jamás había sido tan hermoso: daba gusto verle dar vueltas y trazar espirales, brillante como un astro. Con qué alegría zumbaba! ¡Ah, si la pelota hubiese podido verle en su nuevo estado!

En tan sabrosas reflexiones, tropezó con una piedra y fué despedido lejos, desvaneciéndose y eclipsándose. En vano le buscaron por todos lados, hasta por la bodega, en la cual hubiera podido deslizarse por un tragaluz; no supieron dar con él.

¿Sabéis donde estaba? En el cajón de la basura, cubierto de polvo, mondaduras, desperdicios de col y otras inmundicias repugnantes.

—“¡Ay de mí! — exclamaba; — ¿qué será de mi hermoso dorado, en medio de la morralla, de la escoria que me rodea?”

Tendió la mirada a su alrededor y vió entre unas hojas de ensalada, una bola, que habría podido tomarse por una manzana podrida, y era una pelota medio consumida y saturada de humedad, por haber pasado algunos años colgada en un canalón.

—“¡Loado sea Dios — dijo la pelota al apercibirse del trompo dorado; — por fin encuentro a un ser de mi misma especie con quien me será posible conversar un rato. Tal como vez, amigo trompo, yo tengo el cuerpo de corcho de España y estoy forrada de tafilete; por cierto que me cosieron las delicadas manos de una bella señorita. Esto es tan cierto, que nadie podrá ponerlo en duda por poco se tome la molestia de examinarme. Has de saber además, que estaba en vísperas de casarme con una golondrina, cuando por una fatalidad de la suerte, me arrojaron a un canalón, en donde he permanecido colgada durante cinco años. ¡Mira, ¡ay de mí! cómo me ha puesto la lluvia! Mira que hinchada y fea me he vuelto! ¡Figúrate que suplico tan cruel no había de pasar durante este tiempo y en tales condiciones, una señorita hija de buena familia como yo!...”

El trompo no respondía una palabra; estaba meditabundo, pensando en su antiguo amor y adivinando muy bien que aquella pelota era el objeto que había inflamado un tiempo de sus deseos juveniles.

En esto se presentó la criada para ir a vaciar el cajón de la basura.

—“¡Toma! — dijo, — ¡aquí está el trompo de los niños!”

Y corrió a llevárselo, recobrando el sufrido juguete su antigua gloria. En cuanto a la pelota, fué arrojada a la calle.

Inútil es decir que el trompo ya no volvió a hablar nunca más de su antigua pasión. Su repugnancia fué tan grande, que cuando vió a la pelota inyectada en agua y lodo, pestilente, destripada y llena de arrugas, aparentó no haberla visto en su vida.

EL DON

Por todos los llantos que yo lloré, gracia de los mártires — sentimiento de paz — desciende a mí: en el fulgor de la más alta hora, aplacada y de hinojos, te recibo del cielo.

El alma clarificada se abre para acogerte y nada hay ya en ella, que de tí no sea digno.

¡Oh! don de belleza; de igual manera a veces cayeron sobre mis manos las flores del almendro, en las ventosas mañanas de marzo.

¡Oh! don de pureza; pero si bien eres candoroso como una flor, eres fuerte como la muerte.

¡Oh! don de muerte: confesa estoy y comulgada: pronta está el alma a partir contigo, para siempre jamás.

Ada Negri.



Las diferentes formas de la Cruz

El suplicio de la cruz estaba en uso desde la más remota antigüedad. Ejemplo de esto se encuentra entre los asirios, los egipcios, los ebreos, los persas, los griegos, los latinos los cartagineses y los romanos. Entre éstos, este suplicio sólo se aplicaba a los más viles malhechores. La cruz ha tenido diversas formas: en un principio no fué sino una simple viga; después se le añadió un pedazo de madera, colocado transversalmente, unas veces en lo alto de la viga, como en la cruz de San Antonio, y otras, un poco más abajo, como en la cruz latina, que, según los Santos Padres, fué la que sirvió de suplicio a Jesucristo; por últimos, a veces también, se empleaban dos pedazos de madera en forma de X, y que formaban la cruz de San Andres. En general, la cruz que tenía más elevación era la más infamante. Aman amenazo a Mardoqueo con una cruz de cincuenta codos de alto. La manera de colocar a los criminales, tampoco era siempre la misma; unas veces, se los había fuertemente, vivos sobre la cruz, colocada de antemano; otras, los clavaban por los pies y las manos sobre la cruz, tendida en tierra, que después levantaban con el paciente. En este último caso, solo un clavo servía algunas veces para fijar los dos pies, lo que, según la opinión mas probable, tuvo lugar con Nuestro Señor Jesucristo. Los griegos y los romanos dejaban a sus ajusticiados suspendidos en la cruz, hasta tanto que sus cuerpos cayesen a pedazos; los judíos los quitaban al anochecer, después de romper los huesos a los que aun vivían.

Constantino abolíó este suplicio en todo el imperio, y, por consiguiente, en toda la cristiandad, no queriendo que los criminales sufriesen su justo castigo en cruces semejantes a la que había llevado el Salvador.

Según algunos historiadores, su devoción por la señal de la redención procedía de muchos milagros. Antes de su conversión y cuando se preparaba a combatir a Magencio, vió en los aires una cruz de fuego, en la que resplandecían a su alrededor estas palabras: "Con esta señal vencerás". Asombrado con semejante prodigio, abrazó el Cristianismo, hizo estampar en el *Labarum* la cruz milagrosa, y se hizo dueño del imperio.

Poco tiempo después, Santa Elena, su madre, habiendo querido levantar una iglesia sobre la montaña en que Cristo fué Crucificado, los trabajadores encargados de hacer los cimientos encontraron tres cruces. Teniendo los judíos la costumbre de enterrar en el mismo lugar del suplicio los objetos que habían servido para él, se creyó que entre estas cruces estaba la de Jesucristo; pero lo dificultoso era reconocerla: para conseguirlo se em-

pleó el medio siguiente: Se colocó un cadáver sucesivamente sobre cada una de estas cruces; y cuéntase que, el que se puso en la tercera, resucitó habiendo tocado ese instrumento de la Pasión.

La mitad de la verdadera cruz permaneció en la iglesia del Calvario, de Jerusalén. Posteriormente, fué llevada por Korroés, y por último, reconquistada por Heraclio; la otra mitad fué enviada a Constantinó, con los clavos que habían servido para clavar a Dios hecho hombre. El piadoso Emperador qui-

sera estameña, desnudos los pies y la cabeza, con un crucifijo en la mano, y montado como su Divino Maestro sobre un asno recorrió una parte de Europa, animando a la multitud a que se apresurara a reunirse en torno suyo, para ir a rescatar los objetos, dignos del mayor culto, manchados por la presencia impia de los sarracenos.

Su poderosa voz conmovió todos los corazones: "¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!" fué el grito de nobles y plebeyos; las poblaciones enteras se levantaron para caer sobre la furia, sucediéndose las unas a las otras como olas de la mar embravecida. Para reconocerse entre sí estos guerreros improvisados, colocaron una cruz sobre sus vestidos.

Los españoles tomaron la encarnada; los escoceses, la de San Andrés; los franceses, una cruz de plata; los ingleses, de oro; los alemanes, negra, y los italianos, azul. La cruz colocada en el escudo, vino a ser una de las distinciones más

DEMENCIA

Una red de nervios punzábale la carne,
el pecho aceleraba su rítmico sonar,
impaciente fluía a sus sienes la sangre
y aleteaba en sus ojos la visión de matar.

El cerebro agotado de vigiliás continuas,
la garganta reseca de tragar tanta hiel,
inconsciente mordía su pañuelo hecho tiras
y sangraban sus dedos hecha tiras la piel.

Y los ojos... exhaustos de razón y de brillo,
no miraban, clavaban de su fuego el mirar.
Hipnóticos abismos, que trasuntan el frío
que se siente en el alma como un dardo, clavar.

Y torcida la boca por un rictus macabro,
apostrofó la vida, su existencia, su fe;
y en el loco arrebató del dolor homicida
hizo trizas la imagen de su madre tan fiel.

Y murió... Dicen unos, con amarga sonrisa,
agobiado de sombras, maldito el corazón;
mas, yo creo que ha muerto, con deseo infinito
de abrazar a su madre y pedirle perdón...

Lia Esther Damonte.

so que el hierro de los clavos fuese forjado para defender ó fortificar su casco del acero de los enemigos; en cuanto a la madera de la verdadera cruz, depositó una parte en su tesoro, y el resto, en una estatua que erigió en una de las plazas de Constantinopla, a fin de proteger la orgullosa villa que había fundado.

Los Santos Lugares habían caído en poder de los infieles, y los cristianos que iban a buscar la expiación de sus faltas, se veían expuestos a mil peligros; uno de ellos Pedro el Ermitaño, indignado de ver la media luna dominar los mismos lugares en que la cruz había rescatado al hombre, volvió a Europa, interesó al Papa Urbano II en el proyecto que había formado y, afirmado con su consentimiento y bendición, emprendió nada menos que la conquista del Occidente sobre el Oriente.

Envuelto su cuerpo en una gro-

honrosa. Tuvo diferentes formas, y llegó a haber más de cien especies. La misma Iglesia adoptó varias. La que se lleva delante del Santo Padre tiene tres barras horizontales; la de los arzobispos, dos y la de los obispos, uno. La cruz griega tiene sus cuatro cruceros iguales; se emplea con frecuencia en la Arquitectura, y sobre todo, en la planta de las iglesias católicas, a causa de su forma catángula. La cruz latina tiene el pie más largo que la cruz griega.

La cruz, en heráldica.

Desde el momento en que Constantino abrazó el Cristianismo, pudo considerarse la cruz como pieza heráldica; pero el uso de esta pieza en los escudos data del tiempo de las Cruzadas, adoptándola desde entonces muchas familias para indicar que alguno de sus miembros había tomado parte en ellas. En es-

EL WISKY
de los aristócratas
"YE MONKS"

paña, esta costumbre empezó con Pelayo, y siguió duranae el largo período de la Reconquista. Las cruces de Santo Domingo de Guzmán, con sus variante de Calatrava, Alcántara y Montesa, y la de Santiago, son piezas nobilísimas en los escudos españoles, así como las aspas de San Andres, que figuran en muchas borduras.

Los príncipes españoles ponían la cruz como arma de sus privilegios, y en los sellos reales, hasta que Alfonso VII de Leon y II de Castilla la sustituyó con los leones y los castillos.

Para distinguir entre los distintos caballeros que podían ostentar cruz, se introdujeron diferentes modificaciones, dando lugar a gran variedad de formas.

Largo sería indicar y describir cada una de las cruces heráldicas; así es que nos limitaremos a señalar solamente algunas de ellas. Cruz ancorada, que tiene las extremidades en forma de ancla; cruz animada, en forma de anillos; bastonada, la que lleva palos en su parte principal; dentellada, con los extremos en forma de dientes; pometeada, la que lleva bolas en los extremos; teutónica, de cuatro brazos iguales, que van ensanchándose hasta los extremos; trebolada, o de San Lázaro; cruces bipartidas, horquilladas, cableadas, compuesta, de Caravaca, de Lorena cruz florde-lisada, petada, ondeada, recortada y otras múltiples variedades.

La salud que
prestan los rayos
vitales.

Los rayos ultravioletas no podían atravesar el cristal común y, por tanto, sus efectos no podían producir el beneficio deseado sino en determinadas condiciones. Con la fabricación del cristal que los admite, esta dificultad está obviada.

Hace poco tiempo se realizaron en Londres diversos experimentos para demostrar las excelencias del cristal conocido como cristal vital que admite los rayos.

El inventor instaló los cristales convenientemente en las jaulas de animales del parque zoológico y en cuantas de éstas se ensayó, leones, tigres y monos, se comprobó sus excelentes efectos. Un orangután completamente baldado fué curado a poco de someterlo a la acción de los rayos.

Instalado el nuevo cristal en las viviendas, hará que se goce de baños solares adecuados y por medio de ellos podrán curarse dolencias que hoy requieren tratamientos especiales.

"El Hogar Obrero", es una sociedad Cooperativa, que fué fundada en el año 1905, por una veintena de trabajadores, inspirados y asesorados por el doctor Juan B. Justo.

Después de haber gestionado ante el Congreso de la Nación, por espacio de dos años, la abolición de la alta patente que gravaba entonces a las sociedades Cooperativas, "El Hogar Obrero" pudo iniciar sus operaciones en 1907, contando, desde ese momento, con 155 socios y un capital realizado de \$ 5.512.50 moneda nacional, de los seis o siete primeros años de su existencia, esta Cooperativa se dedicó exclusivamente a construir casas para sus socios, de un valor máximo de pesos 7.500 moneda nacional, o prestarles el dinero necesario para construir una casa habitación, cuyo valor no excediera de la suma mencionada. El desarrollo de esta sociedad fué tan rápida que pocos años después, en 1912, contaba con 2.325 socios, disponía de un capital realizado de pesos 813.535.07 moneda nacional, había prestado para construir la casa habitación de 185 socios, y había construido directamente en Ramos Mejía dos grupos de viviendas individuales: Uno de cinco casitas y el otro de veintinueve, tipo "cottage", con jardincito al frente y al fondo.

En 1913 "El Hogar Obrero", dotó a esta Capital de una magnífica vivienda colectiva, ubicada en la esquina de Bolívar y Martín García, compuesta de sótano, planta y entresuelo y 32 departamentos de dos y tres piezas cada uno, con cocina y baño, distribuidos en 4 pisos altos, cuyo precio de alquiler no excedía en 1913, de 68 pesos, y no excede hoy de 82 pesos, moneda nacional. La inauguración de esta casa colectiva, que tuvo lugar el 9 de julio de 1913, dió lugar a un interesante acto, que realizaron con su presencia, el ex intendente Anchorena, varios concejales de esta Capital y de la Ciudad de Montevideo y un grupo de legisladores nacionales.

A mediados de 1913 "El Hogar Obrero" instaló en la planta baja de su espléndida vivienda colectiva, una sección de consumos, para proveer a sus socios de artículos de almacén y menaje. El desarrollo de la nueva sección se hizo tan rápidamente que sus ventas dieron unos 100.000 pesos en el primer año, y llegaron, cinco años después, a la respetable cifra de 773.316 pesos con noventa y un centavos.

El crecimiento de esta Sección obligó a crear secciones de Mercadería, zapatería, ropería, etc., y a instalar una sucursal en la vecina ciudad de Avellaneda, a construir un galpón para carbón y leña en la estación del F. C. C. G. B. A. y a proveerse de un buen número de carros y camiones, para repartir los artículos de consumo en el domicilio de los socios.

Respondiendo al propósito de perfeccionar y completar progresivamente los servicios de la Cooperativa, "El Hogar Obrero", instituyó a mediados de 1923, una

"El Hogar Obrero"

Su origen.- Desarrollo.- Nuevos progresos.



Frente de la nueva casa colectiva de "El Hogar Obrero", situada en la calle Cangallo, 2072, que acaba de ser oficialmente inaugurada.

Caja de Ahorros, destinada a procurar segura y provechosa custodia a los modestos ahorros de los socios. Para juzgar la marcha progresiva de esta nueva sección de la Cooperativa, bastarán estos datos: en el año 1923, los depósitos llegaron a \$ 146.129.— moneda nacional, mientras que en el año 1926, han llegado a pesos 434.560.53 moneda nacional.

La Cooperativa acaba de dar otro paso más hacia adelante, con la construcción de la nueva vivienda colectiva, situada en un paraje muy céntrico: Cangallo 2072. Esta vivienda consta de 24 espléndidos departamentos, de 3 piezas baño y cocina distribuidos en 3 pisos y superpuestos en cuatro torres aisladas una de otra, circunstancia que le asegura el aire y la luz a verdadera profusión.

El precio del alquiler para los socios de estos departamentos, de los cuales algunos tienen frente a la calle Cangallo, y su alquiler oscila entre pesos 100 y 150 mensuales. En la parte superior de cada una de las cuatro torres, que forman el edificio, se han dispuesto amplias y cómodas terrazas, con todo lo necesario para lavar y tender la ropa, y espacio reservado para solarium. En la planta baja de la nueva vivienda colectiva, "El Hogar Obrero", instalará una sucursal central, que comprenderá secciones de sombrerería, zapatería, bonetería, camisería, mercería, sastrería, almacén, menaje y papelería. La sección bancaria (Fondo de Acciones y Caja de Ahorros), dispondrá de una instalación especial.

Tal es, reseñada a grandes rasgos, la historia de esta auténtica Cooperativa de trabajadores, recientemente inaugurada, con la presencia del Ministro de Justicia e Instrucción Pública, el Intendente Municipal, y un grupo de Legisladores Nacionales y de numerosos socios.

CARTAS DE AUSENCIA

Después de una espera en verdad angustiosa, tu carta ha llegado a mi mano nerviosa.

Y al ver que la ausencia no mata el cariño sentí en mí la inmensa alegría de un niño.

¿Si vuelvo muy pronto? No dudes: en breve, que lejos el alma se cubre de nieve.

Tu carta me trajo recuerdos remotos de aquellas primeras promesas y votos.

De aquellos momentos, que nunca más bellas, miramos al cielo brillar las estrellas.

De cuando en las noches tan sabia tu mano tu alma ponía en las teclas del piano.

Tendrás, no lo dudes, muy pronto, cuál antes, mis besos premiando tus bellos andantes.

Y en tanto te anuncio y preparo el regreso, mi verso acaricie tu labio en un beso.

Héctor Anganuzzi.

Un árbol en un sombrero.

Hace 200 años no había en Europa un solo ejemplar de cedro del Líbano. Un célebre botánico, Bernardo de Jussien, visitó Palestina en 1737, y maravillado por la magnificencia de los árboles del Líbano, llevóse un pequeño vástago.

Como carecía de recipiente, llenó su sombrero con tierra y plantó en él el arbolito. Los viajes eran muy lentos en aquellos tiempos. El barco fué azotado por la tempestad. Escaseó el agua de beber, y la preciosa planta hubiera muerto si el botánico no hubiese compartido con ella su ración de agua. Fué colocada en el jardín de plantas, de París, donde vivió más de un siglo y llegó a adquirir 25 metros de altura.

Damasco, la florida ciudad de Tierra Santa

Ninguna ciudad ha ejercido en la imaginación de los orientales magia tan sugestiva como Damasco. Ninguna ciudad fué más cantada por los poetas árabes, más glorificada por los coros místicos del Islam, más deseada por los conquistadores.

Sin embargo se dice que el profeta Mahoma, que fué en su juventud gran camellero y en su edad madura emérito aviador, jinete en su famoso caballo, no había ido jamás a Damasco.

Interrogado a este propósito, respondió:

—Solo es permitido al creyente un paraíso: el del cielo o el de la tierra. Yo he optado por los eternos jardines de Alá.

Por esto, habiendo una noche de luna contemplado a Beit-Edén (la casa del Edén) en la cima del Monte Kassioun, no quiso entrar en ella.

Pero la fama de la rival del paraíso se remonta a más antigua fecha. Tiénesela por una de las más viejas ciudades del mundo. Los musulmanes sitúan sobre este Monte Kassioun la muerte de Abel, atribuyendo al bíblico hecho el color rojizo de la montaña y el nombre la ciudad: *Damisque*, de sangre regada. El faraón Tutmosis III celebra la toma de Damisco en una inscripción tebana. Eleazar, el criado de Abraham que lleva la gentil Rebeca al hijo de su amo, es natural de Damasco. Acab, el marido de la orgullosa Jezabel, pactó una alianza con el rey Behadad, autorizándole para construir calles en Damasco, en el barrio judío actual.

Conocido es su esplendor bajo los califas Omeyas. Situada en el desierto, en el camino que atraviesa Asiria de Norte a Sur y que sirve al tráfico entre Mesopotamia y Arabia, el Golfo Pérsico y el mar de Egipto, Damasco llegó a ser la capital del mundo, no solamente por la opulencia de sus mercaderes y la magnificencia de sus monumentos, sino también por sus escuelas, sus bibliotecas, sus admirables artes decorativas, tejidos, cerámica, vidrios grabados, esmaltes y aceros damasquinados. Damasco fué la primera en establecer las relaciones postales, ya por medio de torres de fuego, los menderáh (de donde la palabra alminar), ya por medio de palomas mensajeras (hoy todavía las familias importantes de Damasco tienen su palomar), ya por medio de caballos de posta.

Se sabe igualmente la formidable resistencia que Damasco opuso a los cruzados.

Bajo los sultanes mamelucos se estableció una nueva ciudad, Salehije, al pie del Monte Kassioun, separada de la antigua por vastos campos de rosas.

Dos veces invadida, saqueada e incendiada por los terribles conquistadores tártaros, Damasco fué desposeída de sus famosos artesanos. Desde entonces sus damasquinadas labores se fabricaron en Samarcanda, y Damasco olvidó has-

ta el secreto de sus lozas persianas. No obstante, la ciudad renacía de sus cenizas gracias a su situación maravillosa, gracias a su Barada, el antiguo río de oro, el Chrysorroas, cuyas siete ramas benditas seguían dando al viento su canto rumoroso desde los vergeles en flor.

Caída bajo el yugo turco, con los sultanes, Selim el Feroz y Solimán el Magnífico, se cubre de nuevas fundaciones piadosas (entre otras la adora-

ble Tekkié, verdadero sueño de proporciones y de poesía) y torna a ser la ciudadela del Islam, hacia la cual, de todas las Asias acuden los peregrinos para reunirse en Bawabat Alá, el portal de Dios, de donde parte la ruta sagrada de la Meca.

Pero estos peregrinos no se sentían todos inflamados de piedad. Avisados comerciantes llevaban a Damasco los productos de su país: piedras preciosas, tapices, muselinas, marfil, especies, porcelanas de China.

Cierto que en su gran turbante de *hodj* o en su bastón de *fanir*, llevaban todavía ofrenda a los jardines encantados, el grano de árboles exóticos: cinamomo, clavo, nuez de la India o *sauce púdico*, pero estas esencias se desvanecían en los oasis de Damasco. A su vuelta de la Meca, muchos peregrinos no podían evitar la sugestión de quedarse en la rival del Paratso. Y en ella se quedaban. Así, la ciudad, con

sus vergeles, llegó a ser una especie de mosaico de todos los pueblos de Islam, desde los malayos y afganistanos hasta los albaneses y los kurdos.

Y de este modo, durante siglos, *Beit-Edén* vivió en una mística voluptuosidad entre el murmullo de sus fuentes.

Ni europeos, ni turistas. Había cristianos en Damasco, pero cristianos sirios, asimilados a los judíos y que seguían los usos y costumbres del país, mas sin derecho a las campanas, a las armanas ni a los caballos.

Cuenta una vieja crónica que antes de las matanzas de 1860, el *bachibousouk* concedía permisos para las inhumaciones en los siguientes términos: "Se da autorización para enterrar al perro cristiano..."

Estas matanzas, comenzadas, como se sabe, en el Líbano, terminaron en Damasco y costaron la vida a 6.000 cristianos, cifra que se hubiera triplicado sin la generosa y



No. 1) AROS A RESORTE

Oro 18 K. y Platino, 2 Brill. finos, 8 Diamantes
6 Perlitas finas, Perlas "Nacarfine", \$ 150 — 125 —
95 — 85, con piedra imt. oro 18 K. \$ 35.

No. 2) AROS A RESORTE

Oro 18 K. y Platino, 2 Brillantes finos 4 Dia-
mantas finos \$ 125 — 95 — 75 — 50, con piedra
imt. oro 18 K. \$ 25.

No. 3) A SISTEMA O TORNILLO

Oro 18 K. y Platino, con Perlas "Nacarfine", 6

Diamantes finos, \$ 95 — 85 — 75 — 65, Piedra
imt. oro 18 K. \$ 25.

No. 4) A SISTEMA O TORNILLO

Oro 18 K. y Platino, 4 Diamantes grandes, 10 dia-
mantas chicos, Perla "Nacarine" \$ 115 — 95 —
75 — 65, Piedras imt. oro 18 K. \$ 30.

No. 5) COLLAR PERLAS "NACARINE", con rico

Broche plata fina, piedra fantasía \$ 50 — 40 —
30 — 25. Con Broche oro 18 K. y platino, diamantes
finos desde \$ 200 hasta \$ 75.

Pidan Collarcito para Nena \$ 10 son los más chic.

Las perlas "Nacarfine" son las que usan las damas más elegantes que saben comprar. Las perlas "Nacarfine" son las únicas que se confunden con las perlas finas, por su oriente perfecto y duración. Pídalas únicamente a la

Casa "Scarinci" - Florida 142

Privda. RELOJERIA LONGINES — Buenos Aires

Al efectuar su pedido cite *Fray Mocho* y tendrá el 10 o/o de Descuento. Los pedidos del Interior, sea por carta o por telegrama, son atendidos en el día. A los clientes del Interior concedemos el derecho de cambiar, si el artículo no fuera a satisfacción.

heroica intervención del Gran Emir Abd-el Kader y de sus argellanos.

Pero el castigo no se hizo esperar. Fonad pacha, no queriendo dar al ejército de ocupación, enviado por Bonaparte, un pretexto para penetrar en la ciudad santa, hizo sacrificar a mayor número de revoltosos que hubo de víctimas.

Este San Bartolomé musulmán puso aparentemente fin al fanatismo de Damasco. Comenzaron entonces a instalarse consulados extranjeros — aunque no en la ciudad islámica — y se abrieron hoteles para dar cabida a los europeos que afluyen en gran número. Los cristianos sirios levantaron la cabeza, pero sin osar hasta nuestros días, levantar la voz, temblando al menor incidente por su vida y por sus bienes.

El ferrocarril del Hedjaz, la visita del emperador de Alemania, el reinado de Chemal pacha, la guerra mundial, acabaron por transformar a Damasco, por banalizar tristemente esta gran ciudad de 400.000 habitantes, que posee tranvías y luz eléctrica, taxímetros, cinematógrafos, todo un barrio llamado europeo, edificios de construcción moderna y los demás elementos que caracterizan a las modernas ciudades.

Se concibe la decepción experimentada por los que, al nombre mágico de la capital de los Omeyas, esperan hallar, tras la encantadora cenefa de los oasis, encerrada por sus áridas montañas rojas, la blanca ciudad islámica o la altiva ciudad gris amurallada, guardadora de tantos tesoros y de tantos ensueños.

Lo más asombroso, es ver a esta vieja reina del Oriente sin fosos ni murallas, sin fuertes, sin ningún medio de defensa, en suma.

Una de las plazas más importan-

es Bal Cherki, la antigua Puerta del Sol, de donde arrancaba la calle Derecha, que atravesaba toda la ciudad y desembocaba en la Puerta de Luna, cerca del templo de Astarté y el barrio de cortesanías sagradas, que han venido a convertirse en el de las cortesanas simplemente.

Esta famosa calle Derecha del Evangelio — que fué trazada por los romanos — cambia de nombre en un largo trecho que se denomina "zoca Tawil", centro comercial de Damasco, a donde desemboca por innumerables tentáculos la vida más animada, más pintoresca y más oriental.

Nada de bellezas arquitectónicas, de encantados misterios como en los zocos de Túnez o de Jerusalén. Pero ¡cuánta diversidad de gentes y animales, qué de movimientos y gestos y gritos!

La gran mezquita de los Omeyades se encuentra al final del largo zoco Hamedieh, que se ha incendiado varias veces. Impresiona el ánimo por sus proporciones gigantescas, las mismas de la basilica cristiana del emperador Teodosio.

Pero hablemos de las casas damascenas, las casas antiguas, naturalmente, agrupadas en los viejos barrios, ocultas en el fondo de las tortuosas callejas, antecámaras tan tenebrosas, que atraen ya a causa de este misterio al par que nos oprimen de angustia el corazón.

Pero penetremos en ellas y sentiremos un encanto tan raro, una sensación tan dulce, de tan suave melancolía al atravesar sus patios cerrados, sus cautivos jardines, que más que a su contemplación, cerraremos los ojos y nos entregaremos al ensueño, mientras los surtidores de las fuentes nos acariciarán los oídos con su perdurable canción de cristal.

ARABESCOS FILOSÓFICOS

—No hay dinero en el mundo con qué pagar la sonrisa de una mujer; sobre todo de una hermosa. Es como si quisérais pagar una aurora, un celaje, un crepúsculo o un arco iris.

—Las hospitalidad en un país está, no en lo que os dan, sino en la manera de dároslo: no en lo que os sirven, sino en la manera de servirlos.

—Nada hay tan contagioso como el optimismo. Vivir con un amigo optimista es encontrar la clave de la felicidad.

—Cuidad de que aquella a quien amáis no se fastidie nunca. La miseria, los disgustos, el desamor, los celos, son pruebas de las que puede triunfar, de las que triunfa de hecho, a cada paso, una mujer amante. Del fastidio casi no triunfa ninguna.

Amado Nervo.

Cantan las estrellas

Duerme la montaña su sueño de siglos.
Los valles insomnes de cantos se pueblan.
Y allá en el profundo cielo tachonado
el himno del Orbe cantan las estrellas.

¿Oyes cómo cantan? ¿Escuchas el himno?
Como un gran silencio sorprende a la tierra.
Son ritmos de luces las voces que bajan...
¡Cantan las estrellas! ¡Cantan las estrellas!

¿Las ves cómo tiemblan? ¿Percibes el coro?
Jamás de sus notas sabrá nuestra ciencia.
Nunca los mortales darán con la clave
del verso que en lo alto cantan las estrellas.

¡Ah, si las palabras repetir los tonos,
Traducir las rimas o el verso pudieran...
verías cual cambia la fiera del mundo
Cuando en la gran noche cantan las estrellas!

¿Oyes cómo cantan? ¿Comprendes el himno?
Nada lo interrumpe. Sorprende a la tierra...
Son ritmos de luces las voces que bajan...
¡Cantan las estrellas! ¡Cantan las estrellas!

Allá; una pareja se dice mentiras...;
cerca, dos amantes se besan, se besan;
y desde el profundo cielo tachonado,
como bendiciendo, cantan las estrellas.

Aquí los malvados hunden el cuchillo;
lejos, con la sombra la traición se mezcla;
y desde el profundo cielo misterioso,
como condenando, cantan las estrellas.

Pía en los ramajes sonámbula el ave;
croan los batracios dentro las acequias;
y desde el profundo cielo diamantino,
como silenciando, cantan las estrellas.

Juegan los teclados de pianos armónicos;
en esparcimiento vibran finas cuerdas;
y desde el profundo cielo constelado,
como sonriendo... cantan las estrellas.

¿Oyes cómo entonan? ¿Comprendes el himno?
Como un gran silencio sorprende a la tierra.
Son ritmos de luces las voces que bajan...
¡Cantan las estrellas! ¡Cantan las estrellas!

Alberto G. de Ocampo.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre... \$ 2.50	Trimestre... \$ 3.00	Trimestre \$ oro 3.00
Semestre... .. 5.00	Semestre... .. 6.00	Semestre... .. 6.00
Año... .. 9.00	Año... .. 11.00	Año... .. 9.00
N.º suelto... 20 cts.	N.º suelto... 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande... cada tomo	\$ 12.-	3.75
" " " chico... " "	8.-	3.-
Tapas sueltas " " grande... " "	9.-	2.-
" " " chico... " "	6.-	1.50



«El Cántaro y el Alfarero», por Germán Félix de Amador

Fernán Félix de Amador, publica con éste, su sexto libro de versos. Es una labor profícua y que evidencia una fuerte vocación poética, a través de diez y siete años de áspera lucha interior. Pues, en el poeta de *El Cántaro y El Alfarero* hay más, que todo, un poeta íntimo, que sabe dar voz armoniosa a sus pensamientos. Libro a libro, Fernán Félix de Amador se perfecciona. Y no sólo en la técnica que lo era desde que apareció su primer libro, puede decirse, ya que en todo poeta verdadero, ella es una expresión natural, sino en su esencia. Y esto es lo muy importante. Fernán Félix de Amador va posesionándose de sí mismo, desenvolviéndose, admirándose de sus autodescubrimientos. Y su poesía que pudo ser amarga en libros anteriores, ha perdido su tono de desaliento y va adquiriendo un timbre de ingenuidad exultante que le cuadra admirablemente bien a su diáfana pureza de espíritu.

Su fervor lírico se hace más cálido. El poeta se halla por encima de los dolores de su propia vida. Hay en él, un arrebatado que los vence, hasta hacerlos ese verso dulce al parecer, pero borbollante de calor humano que nos da en su último libro.

«Mi copa de Cristal», por Jose Murga

La sinceridad es la parte tónica de este librito de versos, de forma clásica y bien rimados.

No encontraremos en la factura poética del Sr. Murga, sonoridad ni originalidad, nada nuevo nos dice, pero hay discreción y emotividad en sus versos, siempre correctos y elegidos.

Es poeta de su obra, espontáneamente, sin ninguna pretensión, por ley de su alma que siente el ansia de cantar.

Esto, por cierto, es simpático, porque no ha buscado el pórtico de una firma consagrada, como hacen muchos, quizá creyendo dar más valor a sus versos, los cuales deben imponerse por sí solos.

En síntesis, es este libro discreto y encierra cosas bellas, que nacen de muy cerca del corazón.

«A cien años de Beethoven», por J. Salas Subirat

Acaba de aparecer el volumen 7 de la colección de «Exposición y Crítica», que viene publicando la Editorial Tor, con un ensayo de J. Salas Subirat, titulado «A cien años de Beethoven». Este ensayo viene íntimamente ligado al que al mismo autor publicó en el número 3 de la misma colección con motivo de la visita de Marinetti, pues

PAPEL Y TINTA

en él se hace una esquema de la situación en que se halla el arte musical y en general las actividades artísticas de la intelectualidad de vanguardia al cumplirse el primer centenario de la muerte de Beethoven.

Podría decirse casi, que el ensayo, más que un estudio de la personalidad de Beethoven, constituye una crítica y un comentario a las nuevas tendencias musicales y artísticas, ya que apenas se ha tocado la figura que le sirve de marco para su exposición, y que a decir verdad, indudablemente exigiría un volumen de mayores dimensiones, aparte de que ya al respecto han sido escritos libros valiosísimos y completos, imposibles de condensar en una obra de conmemoración u homenaje. Aparte de esto, dicha colección está destinada a la exposición y crítica de problemas y acontecimientos de actualidad, como lo son las actividades artísticas y musicales de estos últimos tiempos y circunscribirse al solo aspecto de la figura de Beethoven intrínsecamente sería desvirtuar ese propósito.

«El cinturón de castidad» por Pitigrilli

Entre los modernos novelistas italianos, indiscutiblemente, es Pitigrilli el que más positivos éxitos ha obtenido. Sus obras, livianas, amenas y saturadas de una gracia que no escasos han intentado imitar, aunque infructuosamente, son, en realidad, una acertada síntesis de la vida moderna, con sus inquietudes pasionales sus tragedias casi siempre grotescas y, también, sus vicios. Todo esto, es lo que Pitigrilli traslada a las páginas de sus novelas, condimentándolo con reflexiones acertadísimas y en las cuales en forma siempre agradable, derrama su fino humorismo.

EN EL CINTURON DE CASTIDAD Y OTROS CUENTOS que fielmente ha sido vertido al castellano y que ahora acaba de aparecer en uno de los últimos volúmenes de la Colección Afrodita, el novelista italiano torna a presentarnos una serie de lances amorosos y llenos de espiritualidad. El concepto que el autor tiene del amor conyugal, descontento está decirlo, es, con respecto a los esposos, harto pesimista: pero por lo mismo, esta que llamáramos su actitud filosófica, es la que le lleva a escribir las más jocosas historietas en las que actúan tipos copiados fielmente de la realidad y en los cuales, antes que caricaturista, Pitigrilli, revélase un fidelísimo retratista.

«Las sinfonías de Beethoven», por E. Ramirez Angel

Nada más oportuno que la llegada de este libro que nos enseña a fondo la parte musical de la obra del maestro, cuya vida tan admirablemente nos ha descrito Romain Rolland en su obra «Vida de Beethoven».

Grandes discusiones han provocado sus Sinfonías, pero mayores han sido los éxitos obtenidos, aunque en su mayor parte no fueran comprendidos por sus contemporáneos.

En la música de Beethoven todo es noble, enérgico y fiero: En la segunda sinfonía la introducción es una obra maestra en donde se suceden sin interrupción y siempre de un modo inesperado, los más hermosos efectos. El canto es de una solemnidad conmovedora que desde los primeros compases, impone respeto y prepara la emoción y es el ritmo donde aparece más audaz, siendo la orquestación más rica, sonora y variada.

La sexta sinfonía es un himno gozoso, una página escrita de rodillas, con el corazón atento a todos los murmullos del campo, bajo la luz del amanecer; no un liviano trozo de música descriptiva. Es que Beethoven era un gran amante de la Naturaleza y el murmurio del arroyuelo y el canto de las aves suministran elementos a su música maravillosa.

La novena sinfonía, inspirada sin duda en «El Himno a la alegría» de Schiller que venía seduciendo al maestro desde los primeros años de la juventud, canta al gozo humano, a la alegría del mundo, resultando una obra estupenda que ha sido como a modo de coronación a su vasta labor.

«La vida de Beethoven», por Romain Rolland.

Romain Rolland, espíritu inquieto y enamorado de todo lo que es belleza, necesariamente, después de su «Juan Cristóbal», tenía que escribir una biografía de Beethoven, el más grande de los genios musicales que ha conocido la humanidad. Y, esto, precisamente, es lo que ha hecho, derramando en las páginas de su trabajo, todo el amor, toda la emoción y toda la comprensión de que es capaz su mente altiva y exquisita. Una vida ejemplar, por muchos conceptos, fué la del gran músico cuyo centenario debemos conmemorar en estos días; un magistral biógrafo, a la vez, ha sido éste que ya, en otras oportunidades, trazara otras páginas inolvidables dedicadas a otros dos genios dilectos: Miguel Angel y Tolstoi.

Una biografía completa y un juicio crítico que no poco ha de orientar la opinión de aquellos que acudan a esta vida del gran músico, cuya correcta versión al castellano acaba de realizarse, acrecentando sus méritos con prólogos y detalles anecdóticos que así, a la satisfacción que procura una obra de arte, agregan la seducción de la amenidad.

Realmente, puede considerarse esta edición de la «Vida de Beethoven» como un homenaje argentino al genial compositor; obra educadora, obra artística y, digámoslo también, obra democrática, puesto que jamás se ha puesto al alcance del público una edición tan completa, acomodada y bella como ésta que origina nuestro comentario.

La vida de Beethoven por sí misma ha sido un ejemplo de rara tenacidad y energía, pues nadie ignora que sus mejores obras las escribió estando completamente sordo, y toda su ambición quedó colmada en esta frase que copiamos de su álbum: «Hacer todo el bien que sea posible, amar la libertad por encima de todo, y aun cuando fuera por encima de un trono, no traicionar nunca a la Verdad».

«Noticias Literarias»

Próximamente aparecerá una nueva obra de nuestro colaborador, señor José María Braña, titulada «Los malaventurados». (Cuentos de amor, de dolor y de muerte). El libro que nos ocupa, digno hermano de su antecesor «El Señor Destino», también será editado por la casa Espasa-Calpe, de Madrid, y no es aventurado predecir que Braña, poeta y escritor de méritos propios, obtendrá un nuevo éxito con la producción a que hacemos referencia, tanto aquí como en España, donde «El Señor Destino» alcanzó una singular aceptación.

«Catálogo Harrods»

Bajo una artística y delicada carátula en color, la casa Harrods acaba de editar su catálogo general, correspondiente a la temporada Otoño-Invierno de 1927.

Como de costumbre, las páginas del citado volumen, reflejan las últimas novedades creadas en los centros de la elegancia mundial, para la indumentaria de ambos sexos, registrando los más destacados modelos y figurines impuestos por la moda imperante.

Además, contiene extensa relación de las numerosas mercaderías generales que componen las diversas secciones de este importantísimo establecimiento comercial, cuyo vasto stock de artículos se ha distinguido siempre por la inmejorable calidad y condición que en ellos se advierte.

En cuanto a la edición del catálogo que nos ocupa, constituye un verdadero esfuerzo gráfico, tanto por la nitidez de sus grabados como por la perfección y buen gusto con que se halla impreso.

«GUIA X»

Editada por el establecimiento «La Bolsa de Café», de los señores R. Pensado y Cía., ha sido puesta en circulación la «Guía X», conteniendo las calles de Buenos Aires, recorridos de tranvías, reparticiones nacionales, direcciones de establecimientos públicos, tablas de valores, y otras numerosas informaciones de interés. Dicha guía, que es una de las más completas, la reparte gratuitamente el establecimiento mencionado entre las personas de su clientela, y es un regalo de verdadera utilidad práctica, por cuanto, constituye un eficaz manual de consulta en muchos casos.



¿Dónde está Luciana? Se la busca para ha- cerla millonaria.

Según despachos de Hartford (Connecticut), los notarios de dicha ciudad están buscando a través de ambos continentes a una niña de ocho años llamada Luciana Elena Nolan, a la cual un pariente suyo, que acaba de morir, ha dejado una fortuna de cinco millones de dólares.

Hace algún tiempo dicha niña estaba en Suiza al cuidado de un hermano; pero éste ha muerto, y no se sabe el paradero de la chica.

La madre de ella, que se divorció hace tiempo y que la abandonó, se ha puesto ahora a buscarla. Los notarios de Hartford han acordado poner anuncios en los periódicos de Alemania, de Inglaterra y de Francia.

En ellos ofrecerán una suma considerable a quienes indiquen el paradero de la pequeña Luciana.

Rapidez extraordinaria. Del carnero al gabán de abrigo.

Hace algún tiempo, un diario canadiense acusó a la industria de tejidos de lana del Dominio, de usar procedimientos poco rápidos.

Esta acusación causó indignación profunda entre los fabricantes canadienses de dicho ramo, y acordaron responder a ella de un modo tal que no dejara lugar a dudas.

Y he aquí lo que han logrado hacer:

A las cinco de la mañana, cuatro carneros fueron esquilados en una granja de Brantford. En menos de media hora, la lana obtenida así fué limpiada y puesta en una cuba llena de tinte. Pasados treinta minutos, la cardaron, la hilaron y la tejieron. Al mediodía, la tela así lograda fué entregada a un sastre, que a las cuatro de la tarde había hecho con ella un gabán de abrigo.

Este gabán, transportado por un aeroplano, fue ofrecido a las seis y cuarenta y cinco de la tarde al teniente gobernador de Canadá. Mr. Perodeau, cuando visitaba los terrenos donde va a ser levantada la futura Exposición Nacional, en Quebec.

El periódico que lanzó la acusación, confiesa que se había equivocado.

Se descubre la luz invisible. Los experimentos de un doctor escocés.

Mister Baird, el joven ingeniero escocés tan famoso por sus trabajos sobre la televisión, acaba de hacer un descubrimiento interesantísimo.

Se trata nada menos que de la luz invisible.

Una persona envuelta en la oscuridad más completa, puede encontrarse sin quererlo en un haz de radiaciones absolutamente invisibles, y sus menores movimientos serán reproducidos sobre un telón blanco en una habitación vecina.

Para llegar a este resultado, Mister Baird ha utilizado las propiedades de los rayos infrarrojos del espectro solar, a los cuales el ojo es insensible, pero que poseen de todos modos una acción física y química muy enérgica.

En sus primeros ensayos de televisión, el ingeniero colocaba el objeto o sujeto, cuya imagen deseaba obtener bajo un haz de luz cegadora. Luego estudió el medio de reducir esta iluminación poniendo

La venganza de Julia. Secuestra a su marido durante tres años.

Ha ingresado en la Cárcel de Coblentz una mujer llamada Julia Mess, acusada de un delito verdaderamente extraordinario.

En 1919 Julia Mess se había casado con un obrero llamado Hugo Presser. Al poco tiempo hubo en el matrimonio grandes disensiones, porque el marido, borracho y perezoso, no trabajaba casi nunca y quería vivir a costa de la esposa.

de idlotez. El cabello le llegaba a la cintura, y la barba, al vientre, y sus uñas tenían ocho centímetros de longitud.

Julia declaró entonces que, desesperada, encerró una noche en el granero a su esposo después de emborracharlo, y que desde entonces lo tenía allí, sin cuidarse de él más que para darle un jarro de agua y una cazuela de sopas cada veinticuatro horas.

Unos desalmados que- man viva a una mujer joven. Porque "hacia mal de ojo" al ga- nado.

Los periódicos de Haldern (Westfalia) dan cuenta de un suceso que es comentadísimo, porque prueba la superstición y la ignorancia que reinan todavía entre la gente del campo.

Hace algún tiempo una epidemia causó grandes estragos entre el ganado de dicho distrito.

Los campesinos más damnificados por la plaga, en vez de recurrir a los veterinarios, llamaron a una gitana echadora de cartas.

Esta dijo que la culpa de lo que ocurría era de una joven de veinticinco años de edad llamada Margarita, recién casada, y que había hecho "mal de ojo" a todos los animales domésticos.

Resultó que, efectivamente, había en Haldern una joven de esa edad y de ese nombre que acababa de casarse.

En vista de ello se reunieron en consejo los más ancianos y acordaron hacer morir entre torturas a la pobre muchacha.

Llamaron al esposo y al suegro de ella y les dijeron lo que habían decidido, y ambos, en vez de oponerse, se encargaron de la tortura.

Se llevaron con engaños a un bosque a la infeliz, la desnudaron, la colgaron de un árbol por la cintura y encendieron debajo una hoguera.

Y luego comenzaron a pincharla con palos aguzados.

Los gritos desgarradores de la desdichada atrajeron a los guardas forestales, los cuales acudieron, con sus carabinas y dispararon éstas varias veces contra los torturadores.

Estos huyeron, y entonces la desgraciada Margarita fué descolgada del árbol.

La llevaron a Haldern y el médico de la localidad intentó curarla; pero todo fué inútil, y murió aquella misma noche.

Los ancianos que acordaron la tortura y el suegro y el esposo de la torturada han ingresado en la cárcel.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
E. ERMEI ADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 1382, Av. 1

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATENCIÓN ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPTALMOLÓGICO "SANTA LUCÍA"
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4728, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 210
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIANORTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oidos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (Paris)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1975 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA
DE SEÑORAS
B. MITRE, 1260. U. T. 422, Adrogue
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. Chacrita 2612

Hace tres años, Julia, una mañana, se presentó a todos sus conocidos llorando amargamente, y dijo que Hugo la había abandonado y se había ido a Berlín.

Todos la compadecieron y la aconsejaron que entablara demanda de divorcio.

Así lo hizo ella, y los tribunales la declararon libre.

Pero, hace pocos días, unos raterillos que penetraron en el granero de la casa de Julia, situada en las afueras de la población, con intención de robar, salieron dando gritos de espanto y diciendo que en dicho granero había un espectro.

Acudieron otras personas y descubrieron que el espectro en cuestión era Hugo Presser, que llevaba allí encerrado tres años.

Estaba tendido sobre un montón de paja, casi desnudo y en estado

delante del origen de la luz, filtros que eliminaban algunas de las radiaciones. Alentado por los primeros resultados obtenidos, se atrevió a ocultar completamente en apariencia el origen de la luz que empleaba, y vió que el aparato seguía funcionando igual. Acababa de descubrir la luz invisible.

Las radiaciones infrarrojas, proyectadas por un reflector sobre el objeto o la persona de que se quiere tener la imagen, son recogidas por una línea convergente, lo mismo que las radiaciones luminosas, y actúan sobre la célula fotoeléctrica que el inventor utiliza para la transmisión de las imágenes.

Dos redactores del "Daily Mail" han hecho en el laboratorio de Mr. Baird, una experiencia concluyente. Uno de ellos se ha encerrado en una habitación absolutamente oscura, y a algunos metros de distancia, en otra pieza, su colega le ha visto sobre la pantalla, reír, abrir la boca, hacer gestos, levantar los brazos y marchar.

"TODO UN HOMBRE", EN EL SAN MARTIN

La reaparición de la compañía Rivera-De Rosas después de sus sonados éxitos en España e Italia, había despertado intensa expectativa en el público, explicándose así el lleno del San Martín la noche del debut y la clase de público que acudió a la función, en la que se advirtió la presencia del presidente de la Nación con su esposa y algunos ministros.

Favorablemente predispuesto quedó el público, a raíz del discurso del Sr. Allende Iragorri, que en nombre de la asociación artística La Peña, hizo una salutación al Sr. De Rosas y aludió a la obra literaria de don Miguel de Unamuno, autor de la pieza elegida para el debut, siendo también muy bien recibidas las breves y sentidas palabras pronunciadas por el actor De Rosas contestando al obsequiante y refiriéndose a su jira por el extranjero.

Estos buenos auspicios se acentuaron según se fué representando "Todo un hombre", realización escénica de Julio de Hoyos de la novela del famoso escritor vascuense, en cuyo personaje protagónico reafirmó sus aptitudes artísticas ya conocidas, el actor De Rosas y permitió comprobar los progresos de la Sra. Rivera en su interpretación.

No obstante tratarse de una obra tomada de un relato novelesco, "Todo un hombre" es una verdadera pieza teatral, afirmación que es el mejor elogio que puede hacerse del adaptador. Gran colorido humano ofrecen sus dos personajes principales, Alejandro Gómez, sobre todo, tipo cuya psicología se mantiene firme a través de los cinco breves actos de que consta la obra. Gómez es "todo un hombre", calificación acertadísima si la varonía depende más que nada del carácter. Es, sin duda, todo un carácter, rudo en ciertos momentos pero sólido, inquebrantable. Ha triunfado en la vida por esa condición, que le dió fuerzas para labrarse una fortuna mediante el trabajo y ha conquistado, con su nobleza a la más bella moza del pueblo. Pero, ¿la ama? Esto es lo que quiere ella saber y sólo lo sabe al fin del drama, cuando Alejandro, incapaz de vencer la muerte que le ha arrebatado a su compañera, se desangra, oponiendo así su sacrificio de amor en la única forma que le parece posible demostrar su entrañable afecto.

Final un poco melodramático, sin duda, pero que consulta la psicología del protagonista.

De Rosas, encarnándolo, dió fe una vez más de su comprensión artística, rivalizando un bello esfuerzo y puede decirse lo mismo de la señora Rivera, actuando correctamente los demás actores.

CON GRAN EXITO DE HILARIDAD DEBUTO PARRAVICINI

Como todos los años, el debut de Parravicini fué el acontecimiento teatral más esperado de esta temporada, a cuya inauguración concurrió el presidente y muchas personalidades de nuestro mundo social, político y artístico.

El notable bufo iniciaba esta vez su labor con el estreno de una pieza de García Velloso, popular autor que proporcionó al cómico, durante muchas temporadas, la obra del debut, y siempre con fortuna. También ahora se repitió el caso.

TEATROS

"Una cura de reposo", comedia con vistas al vodevil, es una de esas obras en que el autor, conocedor de las modalidades artísticas del que va a interpretarla, descuenta de antemano, puede decirse, el éxito. Divertida, ágil en sus escenas, con muchas incidencias risueñas de las que sacan partido, autor y bufo, la pieza se impuso desde el primer acto y el público rió casi constantemente durante su desarrollo, celebrando la vis cómica siempre fresca de Parravicini, su gracia loca, descacharrante, irresistible, siempre renovada, que no fatiga nunca, cualquiera que sea el tipo que encarne.

En "Una cura de reposo" importa poco el argumento como en toda obra que interpreta Parra, lo cual, no obsta para dejar constancia de que en ella, García Velloso reverdece sus condiciones de habilísimo forjador de escenas movidas y pintorescas y diálogos agradables, a veces ingeniosos.

El público tributó una excelente acogida a la pieza, al autor e intérpretes, subrayando su aprobación para Parra y la actriz debutante, Paulina Singerman, una clara promesa.

"LA SUERTE DEL PIBE ERNESTO"

Inspirada en la novela de Dostoyevsky, "Crimen y castigo", los Sres. Hicken y R. Cappenberg estrenaron con la compañía de Blanca Podestá, una pieza intitulada como el epígrafe. Se refiere a las desventuras de un hombre perseguido por su propia conciencia, que le reprocha un delito que nadie le cree y que termina por asesinar a su compañera para purgar en la cárcel ambos hechos.

Es esta obra una extraña producción, de escasa teatralidad, donde las figuras principales aparecen un tanto oscuras en su psicología. La forma en que ha sido desarrollada, tampoco favorece la comprensión de la idea que presidió el trabajo escénico. El público la recibió con reservas, pero aplaudió a Blanca Podestá y al actor Juan Bono, a cargo de los papeles más importantes.

LOS DOS ESTRENOS DEL APOLO

El debut de la compañía Ratti en el Apolo, dió lugar a un espectáculo en el que se evidenció la gran simpatía de que goza el trío Ratti-Ratti-Chela Cordero.

Se estrenaron en esa oportunidad dos piezas: "Yo quiero un marido criollo" de Domingo Parra y "Buenos Aires la reina del Plata" de Manuel Romero.

La primera de dichas obras es un gracioso sainete que da margen a los citados actores para lucir sus respectivas cualidades con toda amplitud. La fábula es sencilla, pero no exenta de filosofía y de fina sátira social. Tiene también su moraleja, pero esta fluye sin cursilería ni esfuerzo mental, por la lógica natural de los acontecimientos. El diálogo es gracioso y por momentos muy feliz, manteniendo el interés o suscitando la hilaridad del público a través de las incidencias de la trama.

En cuanto a "Buenos Aires la reina del Plata", cuyo título de vals cursi nos da una idea del contenido, es una de esas piezas que responden al molde de su autor, y que a veces le han proporcionado éxitos de boletería. El mal gusto campea por toda la obra, así como la burda sátira contra determinadas clases sociales, que por lo visto el autor no conoce bien. Pasiones subalternas, vicio, crímenes, egoísmos y vilezas, constituyen los ingredientes con que está confeccionado este estofado teatral, que fué salvado del fracaso por la labor personal de los actores.

En ambas obras César y Pepe Ratti, trabajaron con su acostumbrado acierto, encarnando papeles muy diversos, ya que en la pieza de Parra hacen de alemanes acorralados y en la que firma Romero, encarnan personajes de nuestro bajo fondo porteño. Chela Cordero tiene papel preponderante en las dos obras, distinguiéndose más en la mejor. Los demás componentes del elenco, contribuyeron con una labor correcta a la buena fortuna alcanzada en el debut.

Acompañó en el cartel de presentación a las citadas obras, la pieza horística de Francisco Collazo, titulada "Mi mujer, mi suegra y yo", para la que el público tuvo muchos aplausos como en la temporada anterior, en que fué dada a conocer en el Smart por el mismo conjunto.

ESTRENO EN EL NUEVO

Para reemplazar en el cartel a "Las desencantadas", que no resultó lo que se esperaba, debió estrenarse en el Nuevo, el sábado último una pieza francesa con música de Moretti, adaptada a nuestra escena con el título de "Tres chicas desnudas". Por referencias sabemos que es una obra risueña y ligera, cuyos números de música se han popularizado en París, igual que los de "Un buen muchacho", que continúa en el cartel.

Si se ha cumplido la promesa del estreno, nos ocuparemos de él en la próxima edición.

VAPOR REZAGADO

Desde hace tiempo venía navegando lentamente, con dirección al teatro Nacional, la última pieza de Martínez Cuitiño. No sabemos si habrá corrido algún temporal o si traerá mucha carga, lo que dificultaría las operaciones de atraque. Lo cierto es que se vino anunciando la entrada a puerto de esa nave y que hasta el viernes último no se tenía mayor seguridad de que apareciera "La proa".

Nos reservamos de hacer un anuncio definitivo, en vista de lo accidentado del viaje a escena de dicha obra.

NOVEDADES EN EL MAYO

Se anuncian en este teatro, varias reposiciones para en breve, tales como "La tempranica" y "Una vieja". Como novedades se darán "Blanca flor", pieza en tres actos que alcanzó gran éxito en España y "La cruz del querer", en un acto, con música del maestro Carretero.

YA SABEMOS ALGO

Aunque no se anuncia nada concreto, hemos podido averiguar que en el próximo estreno del Liceo, hará Casaux un papel de catalán. Mientras tanto, ocupa el cartel con éxito "La familia Pickarpak".

DEBUTO CON EXITO LA COMPAÑIA DEL MAIPO

Con un gran éxito se presentó la compañía del Maipo, ofreciendo el estreno de la revista "Esto es Buenos Aires" y la reposición de "La mejor revista" corregida y aumentada. El lujo y el buen gusto que han caracterizado siempre las representaciones de esta sala, se mantienen en las dos obras con que ha comenzado su temporada este año.

"TONGUITA", EN LA COMEDIA

Renovó en parte su cartel la compañía de Franco, estrenando la pieza del epígrafe, escrita en colaboración por los Sres. Eduardo Tronqué y Juan Fernández.

Es una comedieta sentimental, con muchos pasajes cómicos, forjada sobre la base de una fábula simple y de escasa importancia, que de suyo no daba más de lo que han aprovechado los autores. En estas condiciones no podía esperarse mucho y por cierto que los esfuerzos de la interpretación, no lograron elevar los reducidos quilates de la obra, sencilla y candorosa, como para público de colegiales recién egresados...

Unos números de música de relleno, contribuyeron a la amable aceptación del público, que no tuvo ocasión, como lo viene esperando, de admirar la actriz Eva Franco en un papel que le permitía demostrar lo mucho que vale esta joven comedianta. Es curioso el caso de una artista que por falta de obras no puede revelarse.

MUÑO EN EL BUENOS AIRES

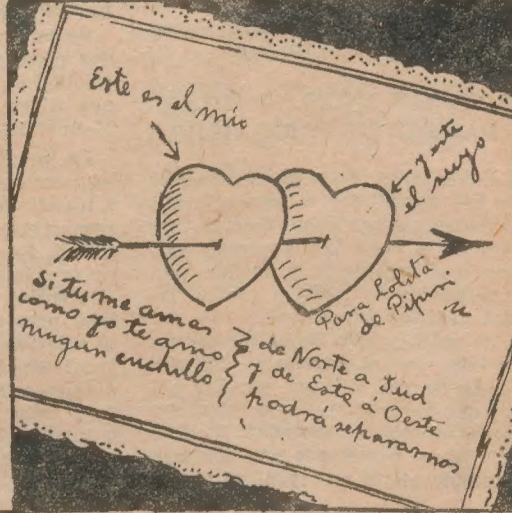
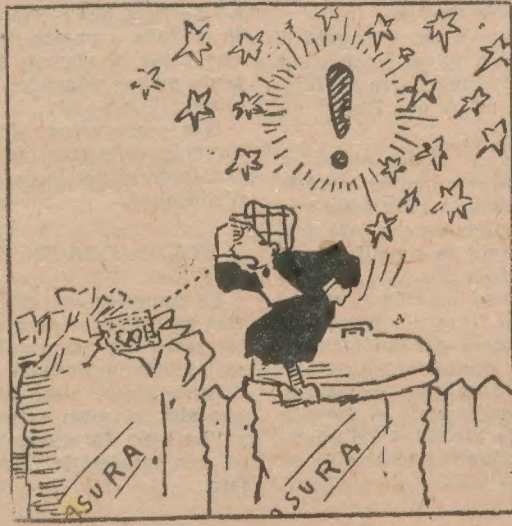
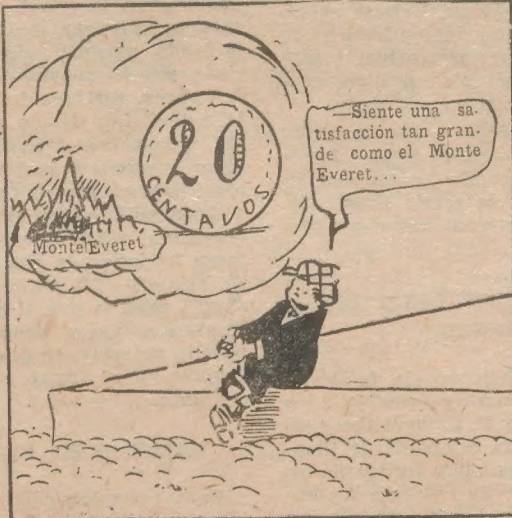
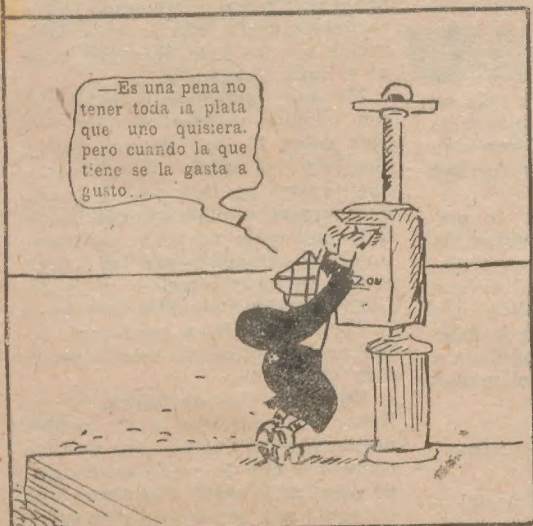
La temporada del popular actor, parece insinuarse este año con idéntica fortuna que el anterior. Los dos piezas estrenadas, "Hay que conservar la línea" y "Arbol que nace torcido", gustan decididamente y se vienen repitiendo ante salas muy bien concurridas. Ello no obsta para que se preparen novedades para en breve.

CINES

GRAND SPLENDID.—Con los primeros fríos de abril, las funciones de esta regia sala consagrada al espectáculo cinematográfico se han visto sumamente concurridas, adquiriendo los mismos contornos de las veladas de invierno. Notables películas se pasarán en estos días y han de originar llenos totales.

CAPITOL.—Nutridas de público selecto, hemos visto en la semana anterior, esta bella sala que goza de sólido prestigio entre las familias. Para dentro de pocos días se anuncian grandes estrenos de cintas notables.

CINE PARC.—Este bonito cine de Palermo, sigue siendo el favorito del vecindario distinguido de Las Heras. Sus funciones son verdaderos "rendez vous" sociales, por el sello de distinción de los concurrentes que van a admirar las notables películas que se exhiben.



ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. — Modelo Félix Dupouy. — Trajecito de crespón de China estampado en varios tonos sobre fondo gris y adornado con crespón de China liso de tono azul ultramar. — 2. Modelo Berthe Hermance. Traje para la tarde de crespón Tiflis negro con incrustaciones de plieguecitos nervadura y botones milaneses; vueltas y cuello de cuero de dos tonos sobrepuestos: azul claro y rosa, con florecillas bordadas. La corbata se compone de cintas de seda azul claro y rosa. — 3. Modelo Berthe Hermance. Traje para la tarde, confeccionado en crespón de China tono "madera de rosa", guarnecido con raso de seda de color más sostenido.

ROPA DE CUERO

LA MEJOR Y MAS DURADERA
IMPERMEABILIDAD Y ABRIGO



TALABARTERIA - CURTIEMBRE

ARTICULOS DE VIAJE Y SPORT

Casimiro Gomez

Bdo de Trigo 165
BUENOS AIRES

San Martin 1150
ROSARIO

SACOS, BRECHES, CHALECOS, PATICALOTES, BOMBACHAS, SOBRECODOS, COVERCOACS, CAPADOS PARA SEÑORAS
TIÑOS, GUANTES, CORRAS Y SOMBREROS